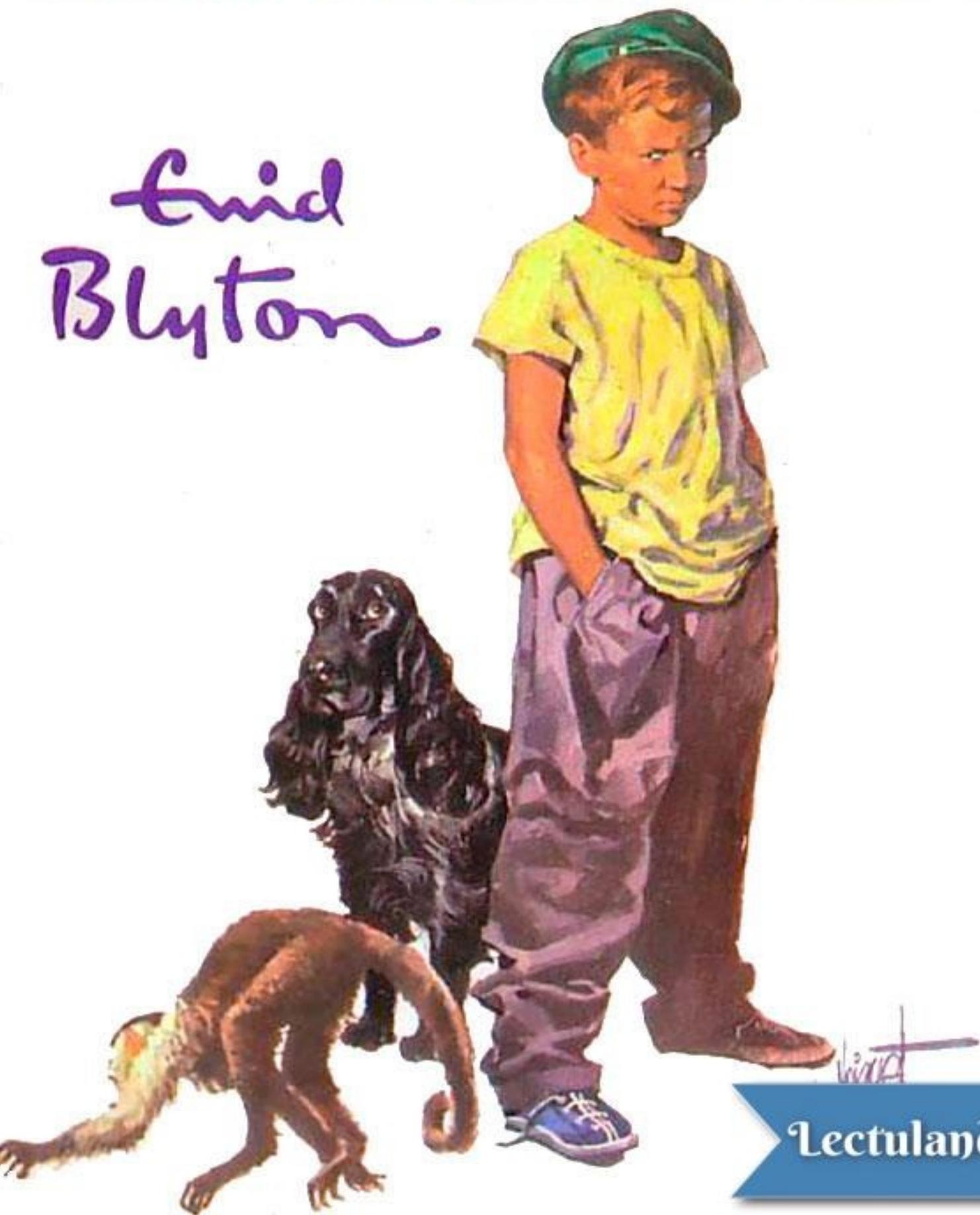


# MISTERIO DEL VAGABUNDO

*Enid  
Blyton*



*Wick*  
Lectulandia

En el primer libro de la serie, Bernabé era un muchacho de circo. Cuando su madre murió, le dijo que su padre al que el niño nunca había conocido, vivía aún y le pidió que intentara encontrarlo.

Bernabé, pues, se dedicó a buscarlo a lo largo de sus viajes y aventuras, de un circo a otro. Conoció a Diana, a Roger y a Chatín con su perro «Ciclón», y todos se hicieron grandes amigos. En el libro titulado «Misterio en Tantán», Bernabé encuentra a su padre y se va a vivir con él. Ahora tiene, al fin, una familia propia..., pero sigue siendo el más cordial amigo de los niños que le brindaron su amistad cuando vivía solo y sin amparo. En este nuevo libro de misterio, una vez más, encontraréis reunidos a los cuatro amigos.

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **Misterio del vagabundo**

**Misterios de Barney - 06**

ePub r1.1

Gand 09.09.14

Título original: *The Rat-a-tat Mystery*

Enid Blyton, 1956

Traducción: Teresa Branyas

Ilustraciones: Gilbert Dunlop

Editor digital: Gand

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Este libro está dedicado a los muchos niños galeses que me Pidieron que escribiera una novela de misterio situada en Gales. Aquí la tenéis, queridos... escrita para vosotros.

## **Prefacio**

Éste es el sexto libro en que aparecen Roger y Diana, Chatín y su perro «Ciclón», y Bernabé y su monita «Miranda». Los otros libros de la serie son:

**Misterio en Rockingdown**

**Misterio en la feria**

**Misterio en la aldea**

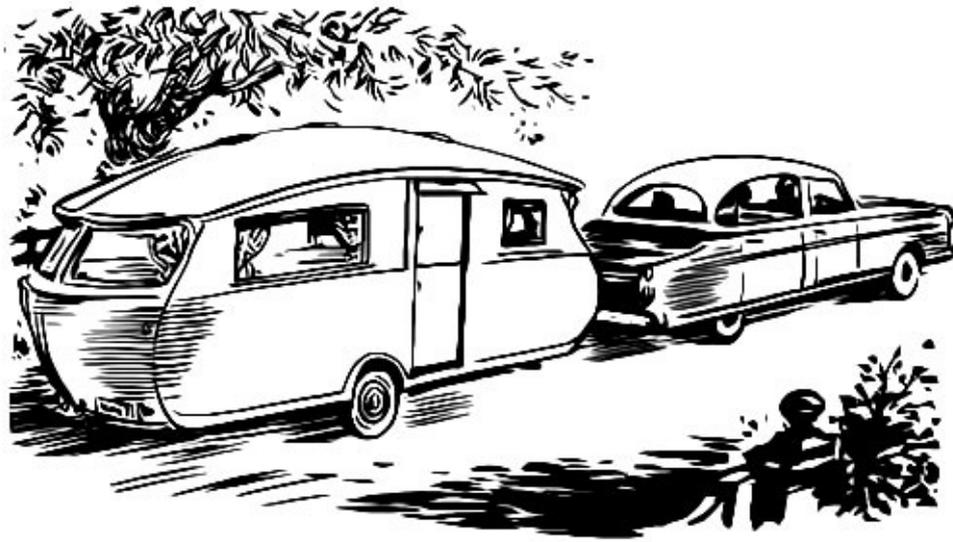
**Misterio en Tantán**

**Misterio en Villa Rat-a-Tat**

En todos ellos aparecen los mismos personajes que en éste, pero cada libro es una obra completa. El perro «Ciclón», es mi propio perro «Laddie».

Debo decir unas palabras acerca de Bernabé en este prefacio. En el primer libro de la serie ya mencionada, Bernabé era un muchacho de circo. Cuando su madre murió, le dijo que su padre al que el niño nunca había conocido, vivía aún y le pidió que intentara encontrarlo. Bernabé, pues, se dedicó a buscarlo a lo largo de sus viajes y aventuras, de un circo a otro. Conoció a Diana, a Roger y a Chatín con su perro «Ciclón», y todos se hicieron grandes amigos. En el libro titulado «Misterio en Tantán», Bernabé encuentra a su padre y se va a vivir con él. Ahora tiene, al fin, una familia propia..., pero sigue siendo el más cordial amigo de los niños que le brindaron su amistad cuando vivía solo y sin amparo. Deseo que os agrade este nuevo libro de misterio en el que, una vez más, encontraréis reunidos a los cuatro amigos. Saludos cordiales de

**Enid Blyton**



## Capítulo I

### De vacaciones en una «roulotte»

—¡Éstas van a ser las vacaciones más divertidas que hemos disfrutado en la vida! —dijo Roger bajando una maleta y una bolsa de viaje hasta la puerta delantera—. Diana, tráete aquel montón de libros antes que los olvidemos, ¿quieres?

Diana los cogió todos y bajó corriendo la escalera de la terraza. Frente a la casa estaba la «roulotte». Diana se quedó mirándolo extasiada por centésima vez.

—¡Qué feliz idea tuvo papá de comprarnos una «roulotte»! —dijo—. ¡Y qué lástima que él no pueda venir con nosotros!

—¡Sí, es una pena, y después de todas las cosas que habíamos planeado juntos, además! —dijo Roger—. Pero aun así, es una suerte que mamá no haya renunciado al viaje a última hora, cuando supo que papá tenía que marcharse a América. ¡Tenía tantísimo miedo que lo hiciera...! ¡Te aseguro que tenía el corazón en un puño!

—Lo mismo que yo —dijo Diana ordenando los libros en una estantería de la «roulotte»—. Supongo que estará aquí el libro sobre los pájaros..., veremos muchos pájaros durante las vacaciones, y tendré que estudiarlos muy de cerca, porque el trabajo escolar que tendré que hacer es un ensayo o estudio escrito sobre «Los pájaros que he visto».

—Bien, entonces no te olvides de los binóculos de campaña —dijo Roger—. Están colgados en el vestíbulo. Y..., oye, ¿qué opinas de la compañía de la señorita Pimienta? Ya sabes que mamá la ha invitado a acompañarnos ahora que papá ha tenido que marcharse tan de improviso.

La señorita Pimienta, a la que para abreviar llamaremos señorita Pi era la antigua aya de su madre y una excelente amiga. Los niños la querían sinceramente, pero... Roger tenía sus dudas acerca de si sería conveniente y satisfactorio llevarla de vacaciones con ellos... en una «roulotte».

—Verás, no tengo nada que objetar de ella «en una casa» —explicó Roger—, pero en una «roulotte» tan chiquita y con tan poco sitio, ¿no crees que se pondrá un poco nerviosa? Nos pasaremos la mitad del tiempo tropezando unos con otros.

—Bueno, pero... mamá necesita ir con alguien que sepa conducir el coche también y que pueda relevarla de vez en cuando. Llevar un coche con «roulotte» resulta bastante fatigoso, ya sabes —dijo Diana—. Además, le hará compañía, es muy animada y simpática... cuando se olvida de su manía por la limpieza y de recordarnos por lo menos una docena de veces al día que nos lavemos las manos y las rodillas, y...

—¿De qué estáis hablando los dos? —preguntó su madre acercándose a la «roulotte» cargada con un montón de cosas más—. Si queremos salir a las once tendremos que darnos prisa. Ya sabéis que la señorita Pi nos espera a las dos... y esto significa que tendremos que ir a unas treinta millas por hora si no salimos puntuales. ¡Francamente, preferiría ir a menos velocidad llevando la «roulotte»!

—¡Cómo desearía que papá pudiese venir con nosotros! —dijo Diana mientras ayudaba a su madre a instalar las cosas—. No es que me disguste que venga la señorita Pi, pero ¡papá resulta tan divertido cuando estamos de vacaciones!

—Sí, es una verdadera lástima —dijo mamá—, ¡pero por lo menos no tendremos que llevarnos a Chatín otra vez!

—¡Cielos, no! Chatín y «Ciclón» metidos en esta «roulotte» hubiera sido el límite —dijo Roger—. ¿Dónde está pasando las vacaciones este verano?

Chatín era un primo de los niños, un muchacho pelirrojo, con pecas y una nariz respingona. No tenía padres y pasaba sus vacaciones con alguno de sus numerosos tíos o tías. Chatín solo, sin estimulante de ninguna clase, ya constituía un problema bastante serio, pero en compañía de su alocado perro «Ciclón», un hermoso «spaniel» negro, era capaz de acabar con la paciencia de un santo.

—Creo que está en casa de tía Pat —dijo Diana—. ¿No es cierto, mamá? Supongo que a estas horas la pobre estará a punto de volverse loca. La última vez que estuvo allí, «Ciclón» se aficionó a los zuecos de jardín, y se llevó todos los que había en el armario del vestíbulo y los ocultaba debajo de los rododendros...

—Y cuando el jardinero vio tantos zuecos reunidos allí creía estar soñando, y

llamó a Chatín para que los viera, y todo lo que se le ocurrió a Chatín fue preguntarle por qué había sembrado semillas de zuecos en medio de los rododendros —dijo Roger rompiendo a reír.

—¡El viejo y querido Chatín! Es una auténtica peste, ¡pero resulta tan divertido! —dijo Diana—. Estoy segura de que preferiría pasarse las vacaciones con nosotros y la «roulotte» si le dejaran escoger.

—Bien, pero a Dios gracias las pasará con tía Pat —dijo terminantemente su madre—. Dobla estas mantas y ponías en aquel rincón, Diana, y creo que con esto ya estará todo. Ahora voy a ver si hemos olvidado algo y nos pondremos en marcha en seguida.

Entró corriendo en la casa. Diana observaba complacida el interior de la «roulotte» preguntándose por cuánto tiempo se conservaría así de limpia, coquetona y ordenada. Ella, su madre y la señorita Pi dormirían allí por las noches, y Roger dormiría en el asiento trasero del coche. ¡Qué divertido y emocionante viajar por el país sin rumbo fijo, siguiendo cualquier carretera a la buena de Dios..., sin saber dónde dormirían por la noche..., levantándose cuando quisieran por la mañana..., comiendo al aire libre, a pleno sol, en los lugares más hermosos que pudieran encontrar! ¡Sí, éstas iban a ser en verdad unas vacaciones maravillosas!



—Sólo hay una cosa que desearía de veras —le dijo Diana a Roger cuando entraban para despedirse de la cocinera y de la asistente que iba todos los días a

ayudar en la limpieza—. ¡Quisiera de veras, muy de veras que el viejo y querido Bernabé pudiera venir con nosotros!

—¡Y yo! —dijo Roger—. ¡Y con Miranda, su graciosa monita...! ¡Cuánto tiempo hace que no vemos a la pequeña y querida «Miranda»!

—Bueno, es que Bernabé ha estado viajando con su padre estos últimos tiempos —dijo Diana—. Me pregunto a veces si se acuerda Nabé de cómo viajaba antes..., ya sabes, cuando era pequeño y no sabía quién era su padre, y seguía siempre a esa gente del circo de una feria a otra. Ya de muy chiquitín había viajado muchísimo, ¿no crees?

—Sí, pero ahora no se cambiaría por aquella vida errante. Ha encontrado al fin a su padre y a su familia —dijo Roger—, y ya no es un pobre chiquillo de circo sin nadie en el mundo. Y «Miranda» tampoco es ya aquella pobre monita solitaria que le seguía por todas partes, pasando hambre y frío muchas veces..., sino una monita mimada y querida por toda la familia de Nabé. Y lo que más me gusta de Nabé es que ese cambio de fortuna no le ha cambiado en absoluto.

—No, todavía sigue siendo igual de cariñoso, fuerte y decidido —dijo Diana—. Oh, cuánto me gustaría que estuviera con nosotros durante las vacaciones... ¡Mamá...! ¡Mamá...! ¿Dónde estás...? Creo que debiéramos marcharnos ya.

—Voy al instante, queridos —dijo la madre bajando rápidamente la escalera—. Acabo de recordar la loción para las quemaduras de sol. Tenemos que llevarla por si nos tostamos demasiado con todo ese sol. Id a la cocina a despediros y nos marcharemos en seguida.

Roger y Diana se despidieron cariñosamente de la vieja cocinera que les entregó un paquete.

—Son unos cuantos de vuestros bizcochos preferidos, para esperar la hora de la comida —dijo sonriendo—. Divertíos mucho, queridos, y cuidado de vuestra madre. Está cansada después de tantos preparativos y tanto ajeteo.

Al fin estuvieron instalados en el coche y éste echó a andar lentamente hacia la verja de entrada al jardín arrastrando tras de sí la «roulotte». Afortunadamente el portalón era ancho y ni siquiera rozaron los Pilares de granito. Continuaron avanzando con precaución por la amplia avenida, seguidos dócilmente por la «roulotte» que sólo se balanceaba un poco cuando tropezaba con una Piedra. ¡Pronto llegaron a la carretera del Estado..., su viaje de vacaciones había empezado!

Se detuvieron un rato para comer en pleno campo y luego siguieron hacia la casa de la señorita Pi.

—Llegaremos con retraso, mamá —dijo Roger—. Pero no importa. ¡La señorita Pi sería la primera en sorprenderse si fuéramos puntuales!

—Eso creo yo también..., pero aun así, ya verás como estará dispuesta y esperándonos —dijo la madre—. Y yo me sentiré tan culpable y avergonzada como

cuando tenía diez años y la querida señorita Pi me cogía en falta.

La señorita Pi los esperaba, en efecto, dispuesta y con las maletas al lado, a la puerta de su casa. Era alta y delgada y sus ojos parpadeaban como de costumbre detrás de sus gafas, pero los acogió con una sonrisa cálida y afectuosa.

—Bien, aquí estáis todos. ¡Loado sea Dios! —dijo—. ¡Y maravilla de las maravillas...!, ¡con sólo quince minutos de retraso...! ¿Habéis comido ya?

—Sí, señorita Pi —dijeron todos a la vez, mientras Roger se acercaba corriendo para recoger sus maletas y guardarlas en la «roulotte».

—¡Oh, qué hermosa «roulotte»! —dijo la señorita Pi con aprobación—. Bien..., bien..., no se me había ocurrido nunca pensar que llegara un día en que dormiría en un chisme de esos..., pero estoy dispuesta a probarlo y casi me atrevo a decir que estoy impaciente por ver cómo paso la noche.

—Seguiré conduciendo un rato —dijo la madre de los niños—, y luego puedes tomar tú el volante sí quieres. Teníamos ganas de visitar, lo primero de todo, esa deliciosa laguna de Yesterley. Los niños querrán tomarse un baño esta tarde... Oh, Pi, ¿no crees que es una bendición que tengamos un tiempo tan maravilloso?

—Ciertamente que sí, querida —dijo la señorita Pi sentándose al lado de su amiga—. Pero ¿sabéis una cosa...? Me parece raro que Chatín no esté con nosotros, siempre acostumbra a venir con los niños cuando salimos de excursión.

—Está en casa de tía Pat..., y supongo que la estará volviendo completamente loca con sus excentricidades —dijo Diana—. Pero a pesar de todo, quisiera que Ciclón, su perro, estuviera con nosotros... ¡Ciclón es un auténtico torbellino, pero es un encanto de perro!

—¡Hum...! —dijo la señorita Pi no muy convencida—. ¡Yo también le quiero, naturalmente, pero no sé si lo querría tanto si tuviera que soportarlo durante todo un viaje de vacaciones en una «roulotte»...! No es lo que yo llamaría un perro «apacible»...

El viaje continuaba agradablemente a pleno sol, y con la perspectiva de tres semanas de ociosa libertad, de encantadoras sorpresas, comidas a campo abierto, baños, helados..., y tal vez pudiendo dormir al aire libre, bajo las estrellas, en lugar de hacerlo en la «roulotte». Roger se había propuesto pedirlo ya la primera noche, al menos para él y Diana.

El coche avanzaba más y más... ¿Dónde se detendrían para pasar la noche...? Nadie lo sabía y a nadie le importaba. La «roulotte» seguía rodando tras ellos sin el menor percance, pero para los niños constituía una novedad, y de vez en cuando miraban hacia atrás para asegurarse de que no la habían perdido.

—¡Cuánto vamos a divertirnos! —dijo Roger a Diana—. ¡Durante tres semanas enteras no haremos más que divertirnos a más y mejor!



## Capítulo II

### Una noticia inesperada

Durante cinco días Roger y Diana disfrutaron realmente de un tiempo maravilloso. Pasaron dos días a orillas del bellissimo lago de Yesterley, bañándose en sus deliciosas aguas y comiendo a pleno sol. La señorita Pi los sorprendió a todos apareciendo vestida con un traje de baño y echándose decididamente al agua..., pero lo que más les sorprendió fue comprobar que era una excelente nadadora.

—¡Cielos! —exclamó Diana tendiéndose sobre la blanca arena que rodeaba el lago y jadeando de cansancio—. ¡Oh, cielos...! ¡He querido hacer una carrera con la señorita Pi, desafiándonos a quien llegaba primero..., y ha ganado ella...! ¡Y mírala, todavía sigue en el agua, y nadando como si tal cosa...!, y yo ya no puedo más.

—Sí, nada estupendamente —dijo Roger—. Y también mamá. Daría algo para

mantenerme a flote tanto rato como ella. ¡Fíjate, permanece en el agua todo el rato que quiere..., y ni siquiera es agua salada...! Debe mover un poco las manos o algo así.

—Éstas son la clase de vacaciones que me entusiasman —dijo Diana—. ¿Verdad que fue divertido anoche, durmiendo en pleno campo...? ¿Oíste aquel mochuelo silbando casi a nuestro lado...? De momento casi me hizo brincar del susto.

—No oí absolutamente nada —dijo Roger—. No hice más que cerrar los ojos y quedarme dormido como una marmota. No me enteré de nada hasta que me has zarandeado esta mañana para despertarme... Oye, ¿cuánto tiempo Piensan quedarse en el agua mamá y la señorita Pi...? Tengo un hambre que me tumba.

En estos primeros cinco días todos parecían estar verdaderamente famélicos. Hasta la señorita Pi tuvo que confesar que se sentía avergonzada de comer tanto.

—Quisiera que no me mirarais los dos con esta cara de asombrados cuando repito por tercera vez de un plato —le dijo un día a Diana y Roger—. Me quedo con la impresión de que soy una glotona..., y de veras, lo único que sucede es que tengo mucho, muchísimo apetito.

—¡Señorita Pi, a Chatín le gustaría oírle decir esto! —dijo Diana riendo—. Cuando él repetía por tercera vez de un plato usted siempre solía decirle que no era que tuviese realmente mucha hambre, sino que lo hacía por «pura glotonería».

—Oh, ese querido Chatín —dijo la señorita Pi—. Me pregunto cómo estará pasando estas vacaciones. Veamos..., vuestra tía Pat no tiene niños, ¿no es cierto...?, de modo que el pobre Chatín no debe de tener con quién jugar —dijo un suspiro y añadió—: Bueno..., imagino que a estas horas ya debe de haberle ocasionado bastantes pequeños trastornos a vuestra tía Pat.

—¡Pequeños trastornos! —dijo Diana—. ¡Apuesto a que debe ser mucho más que esto! ¡Cuando Chatín se aburre se comporta como un arrebatado! ¡Piensa y hace las cosas más absurdas...! ¿Es que no se acuerda de aquel día que echaba humo la chimenea de casa y se empeñó en limpiarla...?

—¡Oh, no me habléis de aquel día! —dijo la madre con un gemido—. ¡No puedo soportar ni el recuerdo de todo lo que hizo Chatín! Vuestro padre se puso como un loco, y estuvo persiguiéndolo por todo el jardín con una escoba hasta que...

—¡Hasta que tropezó con Ciclón! —dijo Roger.

—A veces Pienso que resulta curioso el modo que tiene Ciclón de enzarzarse entre las Piernas de la gente que está enojada con Chatín —dijo Diana—. Hace lo que puede por ayudarle, pero casi siempre empeora las cosas. ¡Pero de todos modos Ciclón es un perro verdaderamente asombroso!

Cada noche a las nueve se sentaban los cuatro en los cómodos divanes-cama de la «roulotte» para escuchar las noticias que emitía la pequeña radio portátil. No habían visto ni un solo diario desde que empezaron las vacaciones, pero, como decía la

señorita Pi, no era conveniente perder por completo el contacto con el resto del mundo.

—Alguien puede haber aterrizado en la luna..., o puede haber empezado una nueva guerra..., o puede haber ocurrido un terremoto... —opinó la señorita Pi—. Será mejor que oigamos las noticias de la radio aunque sólo sea una vez al día.

En la quinta noche se hallaban, como de costumbre, sentados en la «roulotte» oyendo el diario de noticias de las nueve junto a la pequeña radio. Los niños sólo escuchaban a medias hasta que se anunciaba el boletín meteorológico. ¡Eso sí que era de veras importante! ¡Convenía enterarse de si continuaría el buen tiempo y seguiría brillando el sol!

Al fin terminó el diario hablado. Había sido aburrido a más no poder..., una nueva huelga..., un discurso interminable de cierto personaje muy importante..., pruebas de un nuevo tipo de avión..., y de pronto emitieron un mensaje que les dejó a todos atónitos.

La señorita Pi se disponía a cerrar la radio cuando el locutor dijo claramente:

—Atención, por favor. Tenemos un mensaje urgente para la señora Lynton, que está efectuando un viaje en una «roulotte» con sus hijos. Tengan la bondad de comunicar, por favor, a la señora Lynton que telefonee inmediatamente al número 62251 de Hillsley, donde su hermana se encuentra enferma. Repito el mensaje: Tengan la bondad de comunicar urgentemente a la señora Lynton...

Nadie habló durante unos minutos; ni siquiera se movieron mientras se repetía el mensaje. Luego Diana murmuró:

—¡Mamá, somos nosotros a quienes están buscando...! Tú eres la señora Lynton, y... oh, mamá, esto significa que... que...

—Significa que algo le ha ocurrido a tu tía Pat, querida —dijo la señorita Pi alzándose de pronto y dirigiéndose a su madre—. No te preocupes demasiado, querida..., iremos ahora mismo en busca del teléfono más próximo y en seguida sabremos lo que ha sucedido.

—¡Oh, Dios mío...! ¿Qué puede haber ocurrido? —dijo la señora Lynton con el rostro alterado—. Tendré que regresar sin falta..., tengo que estar con Pat y... y cuidarla. Oh, estoy completamente atontada.

Los niños también se sentían aturdidos por la noticia. ¿Por qué había de ocurrir una cosa tan terrible justamente al empezar estas vacaciones maravillosas...? ¡Pobre tía Pat...!, ¿qué podía haberle ocurrido...? «Gravemente enferma», decía el mensaje. Estas palabras sonaban verdaderamente alarmantes.

—Vosotros dos os quedaréis aquí en la «roulotte» —dijo decididamente la señorita Pi, haciéndose cargo de la situación con su eficiencia acostumbrada—. Llevaré a mamá en el coche hasta el pueblo más próximo y telefonaremos a Hillsley. Regresaremos lo antes posible. Vamos, ten serenidad, Diana..., no te quedes tan

trastornada, querida, tal vez no sea tan grave como dicen.



Diez minutos más tarde la señorita Pi conducía el coche fuera del prado donde habían aparcado para pasar la noche, y en dirección de la carretera general. A su lado iba la señora Lynton silenciosa y deprimida. Diana y Roger salieron de la «roulotte» y se sentaron en la hierba. Era una noche muy clara, y aunque no había luz bastante para leer, podían verse las caras. Diana estaba llorando.

—Seguramente será menos grave de lo que dicen —dijo Roger dándole una cariñosa palmada—. Pero de todos modos, mamá tendrá que marcharse en seguida. Y nosotros también, supongo.

—Pero ¿dónde iremos? —dijo Diana sin dejar de llorar—. La cocinera está fuera de vacaciones y la casa está cerrada. No encontraríamos a nadie allí.

—Es cierto. Lo había olvidado. ¿Y qué harán con Chatín? —dijo Roger—. No podrá quedarse en casa de tía Pat si está enferma..., o sí la han llevado a una clínica... ¿Qué será de él?

—¿Y qué será de nosotros? —dijo Diana—. Mamá tendrá que quedarse con tía Pat para cuidarla, ya sabes cuánto la quiere, y... ¡Oh, Roger, qué terrible que una cosa así haya venido a interrumpir estas vacaciones tan felices!

Les pareció que transcurría mucho tiempo antes que regresaran su madre y la señorita Pi, pero al fin oyeron cómo el coche se acercaba en la oscuridad y se pusieron en pie de un salto. Echaron a correr tan pronto como su madre se apeó del coche.

¡Pero no era su madre...! ¡Era la señorita Pi..., y no había regresado tampoco en su coche, sino en un taxi!

—¡Oh! ¿Qué ha sucedido...? ¿Dónde está mamá? —preguntó Diana, angustiada.

—Se ha marchado con el coche a casa de vuestra tía —dijo la señorita Pi mientras pagaba al taxista—. Pat se cayó de una escalera y se hirió en la cabeza, y los médicos

creyeron al principio que iba a morir. Pero ahora han podido darle a vuestra madre mejores noticias de su estado, de modo que no hay por qué inquietarse, queridos. Vuestra madre se ha marchado porque Pat la necesita y no cesa de llamarla.

—¡Oh, pobre mamá! —dijo Diana pensando en que su madre tendría que conducir el coche sola, a gran velocidad y sin dejar de pensar en su hermana enferma—. Señorita Pi, ¿cree usted que ti Pat podrá curarse?

—La opinión de los médicos después de su última consulta es bastante optimista. Sí, creo que sí, querida —dijo la señorita Pi en tono consolador—. De modo que no os alarméis innecesariamente. Es inútil intentar cruzar los puentes antes de llegar a ellos. Mamá os envía su cariño y me ha prometido que mañana nos telefonará para deciros cómo sigue Pat. Para ello tendré que llegarme hasta el pueblo, pero no queda lejos de aquí.

—¿Volverá mañana aquí para continuar nuestro viaje de vacaciones? —preguntó Roger.

—No. No, creo que esto queda definitivamente descartado —dijo la señorita Pi—. Estoy segura de que querrá quedarse con tía Pat hasta que esté completamente restablecida. No tuvimos tiempo de decidir lo que había que hacer..., ¡pero me temo que tendréis que conformaros con mi compañía durante bastantes días, queridos...! Le prometí a vuestra madre que me quedaré con vosotros hasta que pueda regresar a casa.

—¡Pero..., pero cómo podremos movernos de aquí! —dijo Roger desconcertado—. Tenemos la «roulotte», pero no tenemos coche para trasladarla de un sitio a otro... y nuestra casa está cerrada. ¿Es que vamos a dejar la «roulotte» aquí y marcharnos los tres a su casa, señorita Pi?

—No sé nada, querido Roger —dijo la señorita Pi—: ¿No crees que será mejor dejarlo hasta mañana, cuando haya hablado con vuestra madre...? Esas cosas suceden, ya sabéis, y no pueden evitarse. Y entonces es cuando descubrimos lo fuertes... o débiles que somos para soportarlas. Vuestra madre, no me cabe la menor



duda, se sentirá ahora más valerosa y animada. Al enterarse de la noticia estaba en extremo abatida y dispuesta a enfrentarse con lo peor, pero las últimas noticias de Pat son más bien alentadoras.

—¿Y qué hay del pobre Chatín? —dijo Diana—. Está en casa de tía Pat y... ¡Oh, señorita Pi...! ¡Supongo que tía Pat no... no se habrá caído por culpa de «Ciclón»...!

—No..., resbaló en una escalera del jardín —dijo la señorita Pi—. Y ahora..., traeré una botella de naranjada y unos bizcochos de chocolate, y lo que sobró de la comida... Y nos tomaremos una cena apetitosa, queridos.

Los dos niños se alegraron de tener con ellos a la señorita Pi. Era muy alegre y animada y les entretuvo contándolos chistes la mar de graciosos. Roger se sintió mucho mejor después de la cena, pero Diana continuaba intranquila y apenada.

—Roger, ¿te gustaría dormir hoy con nosotros, en la cama de tu madre? —preguntó la señorita Pi—. Creo que a Diana le gustaría que nos hicieras compañía esta noche.

—Sí, sí, me gustará más dormir aquí que en el coche —dijo Roger, y Diana sonrió satisfecha. Así podría hablar en voz baja con Roger si se despertaba durante la noche y se sentía triste y asustada a causa de tía Pat. ¡Qué confortador era tener un hermano como él cuando las cosas iban mal!

Pronto la «roulotte» quedó a oscuras mientras sus tres ocupantes procuraban conciliar el sueño. ¿Qué noticias recibirían a la mañana siguiente...? ¿Buenas... o malas...? ¿Y cómo acabarían estas vacaciones en las que tanto habían soñado?



## Capítulo III

### El querido y viejo Nabé

A la mañana siguiente la señorita Pi empezó a moverse activamente de un lado a otro y luego despertó a los niños.

—¡Arriba, queridos! —dijo—. Nos desayunaremos pronto porque luego quiero llegarme al pueblo para telefonar a vuestra madre. ¿Habéis dormido bien?

—Sí, dormí estupendamente —dijo Diana bastante sorprendida, pues estaba segura de que no podría cerrar los ojos en toda la noche.

Roger también había dormido de un tirón, y ambos se sentían mejor dispuestos para enfrentarse con las noticias buenas o malas que pudiera comunicarles su madre.

La señorita Pi hizo el té y Diana cortó el pan en finas rebanadas, y a los pocos minutos estaban los cuatro comiendo ricas lonchas de jamón y bebiendo té recién

hecho.

—¡Aunque... —protestó Roger— no me explico por qué no bebemos naranjada en un día tan caluroso como hoy, en lugar de este té hirviendo!

Inmediatamente después del desayuno la señorita Pi se dirigió a buen paso hacia el pueblo. Regresó al cabo de media hora, y los niños, que la estaban esperando con impaciencia, corrieron a su encuentro y sintieron un alivio inmediato al ver su rostro sonriente.

—¡Tenemos mejores noticias! —dijo al instante la señorita Pi—. Vuestra madre llegó sin novedad, y tía Pat estuvo tan contenta de verla... que casi en seguida pareció mejorar en su estado.

—¡Bien, bien, bien! —dijo Diana con efusión.

—Por lo visto, tía Pat se cayó de lo alto de una escalera donde se había subido para sujetar unos rosales trepadores sobre la tapia —dijo la señorita Pi—, y al caer dio con la cabeza contra las losas del sendero. ¡«Ciclón» no tuvo ni arte ni parte en el accidente...! Ahora Pat está en la clínica y vuestra madre esto con ella... Y me temo que tendrá que permanecer allí bastante tiempo, porque vuestro tío está solo en casa, sin nadie que le cuide..., de modo que mamá pasará parte del día en casa atendiendo a vuestro tío, y luego se quedará con Pat en la clínica.

—¡Oh...! Entonces, ¿qué es lo que haremos nosotros? —dijo Diana consternada.

—Bueno... supongo que lo único que puedo hacer es alquilar un coche que sea capaz de remolcar la «roulotte» hasta mi casa —dijo la señorita Pi—. Y me temo, queridos, que no tendréis más solución que quedaros conmigo, ya que vuestra casa está cerrada. ¡Oh, lo siento, lo siento muchísimo por vosotros...! ¡Es un final muy lamentable para estas deliciosas vacaciones que no habían hecho más que empezar y que prometían ser tan bellas y felices...! Pero de veras, no veo qué otra cosa podemos hacer.

—Yo tampoco —dijo Roger sombrío—. Y Pienso que es usted muy buena al preocuparse tanto por nosotros. Será una molestia alojarnos en su casa porque sé que no es muy grande... ¡Oh, cielos...!, ¡todo está tan embrollado!

—Diana podría venir conmigo al pueblo para buscar un coche adecuado —dijo la señorita Pi mientras ponía en orden la «roulotte» y arreglaba las camas—. Y tú, Roger, podrías quedarte aquí vigilando todo esto, ¿te parece bien, querido?

—Oh, sí, naturalmente —dijo Roger, y se quedó mirando cómo la señorita Pi y Diana partían de nuevo hacia el pueblo. ¡Qué contratiempo tan enojoso... y qué inesperado final a todos los regocijantes planes que habían meditado para las vacaciones...! La señorita Pi era todo lo buena y cariñosa y comprensiva que se podía desear..., pero la idea de pasarse tres semanas en su casita tan amplia y ordenada le llenaba de horror.

«¡Estaremos más aburridos que una marmota! —pensó, pero en seguida se

reprochó el ser tan poco agradecido. ¿Qué hubieran hecho ellos sin la señorita Pi?— ... Tal vez hubiéramos ido a casa de Bernabé... si a estas horas no estuviera viajando él también con su padre por Dios sabe dónde —reflexionó un rato en silencio y finalmente se dijo—: Oh, bueno..., supongo que tendremos que conformarnos con lo que sea».

La señorita Pi y Diana regresaron una hora más tarde con aspecto deprimido.

—No hemos podido encontrar ni un solo coche en el pueblo —dijo la señorita Pi—, de modo que hemos telefoneado a otro pueblo más cercano y nos han prometido hacer algo. ¡Confío que no nos enviarán una de esas carracas viejas que se caen a pedazos! Además, yo no soy del todo competente conduciendo coches que no conozco.

Habían apartado la «roulotte» en una suave loma cubierta de césped que había junto a una carretera vecinal, no lejos de una granja. El granjero les había dado permiso para quedarse allí, y les suministraba leche fresca y algunos productos de la granja. Hacia las tres de la tarde vieron que el granjero se encaminaba hacia ellos a buen paso.

—¡Oh, queridos, confío en que no vendrá para echarnos! —dijo la señorita Pi súbitamente alarmada.

El granjero, seguido de un hermoso perro que iba trotando a su lado, fue acercándose con el evidente propósito de hablarles.

—Buenas tardes, señorita —dijo con su voz calmada y agradable—. Aquí tengo un mensaje para usted que han dejado en la granja. Lo han traído el chico de correos. Es un telegrama.

Alargó un sobre anaranjado y la señorita Pi lo tomó con el rostro demudado. Después de abrirlo, lo leyó detenidamente, y a continuación contempló a los niños con expresión intrigada.

—Oídmeme bien —dijo—. El telegrama dice: «Esperad hasta que lleguemos esta noche. Bernabé».

—«¡Esperad hasta que lleguemos esta noche!» —repitió Diana con el rostro arrebolado y feliz—. Oh, señorita Pi, ¡Nabé y su padre deben haberse enterado del accidente ocurrido a tía Pat y de cómo mamá tuvo que marcharse dejándonos aquí solos...! ¡Y van a llegar esta misma noche...! ¡Oh, qué maravilloso!

—Sí, claro, debieron oír el mensaje radiado de anoche, lo mismo que nosotros —dijo Roger—. Luego habrán telefoneado a Hillsley y les han enterado de todo lo ocurrido. ¡Señorita Pi...! Todo se solucionará ahora. El padre de Nabé lo arreglará todo, hasta el asunto del coche. ¡Oh, gracias, Dios mío!

Diana dio un suspiro de inmenso alivio y su corazón se abrió de nuevo a la esperanza. Bernabé iba a llegar... y también su padre, tan cariñoso y comprensivo y eficiente en todo. Ahora todos sus problemas quedarían resueltos. Hasta era posible

que los llevara a casa de Bernabé.

—Muchas gracias —dijo la señorita Pi al granjero, y después de saludarlos, el buen hombre emprendió el camino de regreso con el perro Pisándole los talones.

—«Esperad hasta que lleguemos esta noche» —volvió a decir Diana, repitiendo el texto del telegrama—. Esto significa que se dirigen hacia aquí directamente. Debían encontrarse bastante lejos al oír el mensaje radiado, porque de lo contrario llegarían antes de la noche. ¡El querido Nabé...! Desde ahora ya no tendremos que preocuparnos de nada, señorita Pi.

—¿No creéis que os sentaría bien tomaros un baño en ese río de allí abajo? —dijo la señorita Pi—. Hace una tarde tan calurosa... Pero yo no iré con vosotros. Creo que es mejor que alguien se quede aquí por si llegara otro mensaje. Ea, en marcha, queridos, a tomar un baño..., creo que os sentará bien.

De modo que Roger y Diana bajaron al río sintiéndose considerablemente más felices a causa de las buenas noticias de Bernabé. ¡Qué bueno era tener amigos..., qué magnífico y consolador!

—Y veremos también a la pequeña «Miranda» —dijo alegremente Diana—. Lo mejor que tienen los animales es que no cambian como las personas. «Miranda» debe ser exactamente igual ahora que como era cuando tenía un año.

Tomaron un baño delicioso y se tendieron sobre la hierba para secarse. Traían un apetito excelente cuando regresaron a la «roulotte».

—¿Ninguna noticia de Bernabé todavía...? ¿O algún otro telegrama? —preguntó Roger.

La señorita Pi negó con la cabeza.

—No. Bernabé decía «esta noche» en su telegrama, ya sabéis. Tendremos que esperar pacientemente hasta entonces. Imagino que debían encontrarse por Cornwall, o en el norte de Escocia... o por las montañas de Gales, en algún lugar muy lejos de aquí.

—Yo no me acostaré hasta que hayan llegado —dijo con firmeza Roger.

—No, supongo que no podrías hacerlo —dijo la señorita Pi—. Pero confío en que lleguen antes de las doce.

Las horas fueron pasando y el sol comenzó a hundirse hacia el oeste. Cada vez



que se oía el rumor de un coche pasando por la distante carretera principal, los tres se incorporaban a medias para escuchar con más atención..., pero los coches se sucedían uno tras otro perdiéndose en la oscuridad, y ni uno solo se detenía o entraba por el camino vecinal donde estaban ellos aparcados.

De pronto, cuando ya fue noche cerrada, se oyó un coche que avanzaba lentamente por la pedregosa carretera que conducía a la granja.

—¡Éste debe ser Bernabé! —dijo Diana excitada mientras los demás escucharon ansiosos.

El coche se detuvo, y luego, unos minutos más tarde, oyeron que se ponía de nuevo en marcha en el silencio de la noche y que se iba acercando a ellos dando tumbos por los cantos rodados del viejo camino.

—¡Es Nabé...! ¡Tiene que ser él! —gritó Roger levantándose de un salto—. La gente del pueblo le habrá indicado el camino de la granja, y el granjero debe de haberles guiado para llegar aquí. ¡Nabé...! ¡Nabé...! ¡Nabé...!

—¡Eh...! ¡Aquí estamos...! ¡Pero vamos a paso de tortuga porque el camino es malo!

Al poco rato un gran coche vino a detenerse junto a la «roulotte» y un muchacho de elevada estatura se apeó rápidamente. Diana y Roger corrieron a su encuentro, porque el joven no era otro que su querido y gran amigo Bernabé, con la monita al hombro y hablando excitadamente.

—¡Hola, queridos! —dijo Nabé, abrazándolos a los dos—. ¡Sentimos haber tardado en llegar, pero estábamos en Escocia...! Oímos el mensaje por radio anoche, y naturalmente, telefoneamos tan pronto como nos fue posible a Hillsley para hablar con vuestra madre. ¿Cómo estáis todos?

—¡Oh, Nabé, es tan magnífico tenerte aquí! —dijo Diana—. Estábamos enteramente desorientados, sin saber qué hacer, porque ya sabrás que mamá tuvo que marcharse tan inesperadamente que no pudo disponer nada... ¡Oh, aquí está tu papá!

—Sí, y no tenéis que preocuparos de nada, de nada en absoluto. Él se encargará de todo, queridos —dijo Bernabé sin ocultar lo feliz que se sentía de encontrarse de nuevo con sus amigos—. ¡Tiene un plan maravilloso...! Buenas noches, señorita Pi, ¿qué opina de esta sorpresa?

—Lo celebro de veras —dijo la señorita Pi—. ¡Oh, aquí está tu padre...! Buenas noches, señor Martin. ¡Cuánto les agradezco que hayan venido!

—Pronto hablaremos de nuestros planes —dijo el padre de Nabé—. Siento de veras lo ocurrido, señorita Pi, pero entremos en la «roulotte» para hablar más cómodamente.

Entraron, pues, en la «roulotte» con «Miranda» cotorreando en voz alta y saltando de un hombro a otro de los niños y provocando alegres carcajadas de Diana y Roger. ¡El querido y viejo Nabé... y la querida y vieja «Miranda»..., era realmente

maravilloso tenerlos de nuevo a su lado!





## Capítulo IV

### Una idea maravillosa

La pequeña «roulotte» parecía estar enteramente llena hasta los topes. La señorita Pi encendió la lámpara y todos se miraron, parpadeando, al hacerse la luz. Los ojos azules de Nabé brillaban cuando pudo contemplarlos a todos a su sabor. Estaba atezado del sol, como de costumbre, y su sonrisa era también tan optimista como de costumbre.

Su padre habló a la señorita Pi.

—Telefoneé anoche a Hillsley para enterarme de cómo seguía la hermana de la señora Lynton. Se encontraba algo mejor, y... por supuesto, va camino de restablecerse del todo... aunque esto requiere tiempo, naturalmente.

—Gracias a Dios —dijo la señorita Pi—. Éstas son buenas noticias, señor Martin. ¡Fue tan inesperado y doloroso para todos oír la noticia por radio anoche...! Les estoy verdaderamente agradecida por haber venido..., estaba muy preocupada..., y hasta desorientada pensando qué sería mejor hacer en las presentes circunstancias.

—Bien, pues deseche sus preocupaciones y no Piense más en esto —dijo el señor Martin—. Lo que me propongo hacer es enganchar la «roulotte» a mi coche y...

—¿Y llevarnos a casa? —preguntó Roger—. ¡Pero nuestra casa está cerrada, señor Martin!

—Sí, lo sé —dijo el padre de Bernabé—. Y sé también que os causaría una gran desilusión no poder continuar vuestras tres semanas de vacaciones, de modo que he pensado que si os juntáis con Bernabé..., o dejáis que Bernabé se junte a vosotros, esto solucionaría las dificultades.

—¿Quiere decir con esto que podríamos servirnos de su coche para poder continuar nuestro viaje? —preguntó la señorita Pi, aturdida—. Oh, señor Martin..., si he de ser yo la que conduzca el coche me temo que no podré hacerlo..., de veras, me siento enteramente incapaz de llevar un coche tan grande y...

—No, no, no pretendo esto —dijo el señor Martin—. Me explicaré. Bernabé y yo estábamos pasando una semana de vacaciones que casi han terminado, y debo regresar a casa sin pérdida de tiempo. Lo que yo propongo es enganchar la «roulotte» a mi coche y echar a andar mañana temprano hasta que encontremos un lugar realmente agradable donde yo pueda dejarlos con toda comodidad. Algún lugar que quede cerca de una posada o mesón, para que usted y Diana puedan dormir en una habitación bien acondicionada, y así los chicos podrán hacerlo en la «roulotte», y...

—¡Oh, qué idea tan «maravillosa»! —exclamó Diana con alegre excitación—. Tal vez un sitio junto al mar, ¿no?

—Veremos —dijo el señor Martin sonriendo al ver su rostro radiante—. Si mañana podemos encontrar un lugar donde estén todos a gusto, les dejaré allí con la «roulotte» y regresaré a casa. Sé que la señorita Pi sabrá controlarlos debidamente. Luego, cuando hayan transcurrido vuestras tres semanas de vacaciones volveré con el coche para llevaros a casa. Bien, ¿qué pensáis de todo esto?

—Que me parece un sueño. ¡Demasiado hermoso para ser verdad! —dijo Diana—. Ya me había hecho a la idea de regresar a nuestra casa vacía y esperar a mamá arreglándonos como pudiéramos. Es verdaderamente estupendo, señor Martin... y claro está, esto soluciona todos nuestros problemas. Es decir, todos menos uno.

—¿Y qué problema es éste? —preguntó el señor Martin.

—Bueno..., queda Chatín —dijo Roger.

—¿Qué le sucede a Chatín?

—Estaba con tía Pat —dijo Diana—. Y si pudiera venir con nosotros... En la «roulotte» hay sitio de sobra para tres, o podría dormir en la fonda o posada donde

estemos la señorita Pi y yo.

—¡Cielos, es verdad...! ¡Me había olvidado de Chatín! —dijo el padre de Bernabé—. Claro que puede venir también. Con tu tía enferma supongo que se sentirá muy solo pobre muchacho. Telefonearemos a vuestra madre y le diremos que Chatín se ponga en camino para reunirse con vosotros tan pronto como hayamos decidido dónde queréis quedaros.

Diana suspiró aliviada.

—Estaba tan preocupada por todo —dijo—, y ahora todos nuestros problemas han quedado resueltos. No sé cómo podremos darle las gracias, señor Martin. ¡Y pensar que Nabé y «Miranda» estarán con nosotros todo ese tiempo...! «Miranda», ¿lo oyes...? ¡Vas a venir con nosotros de vacaciones!

Al oír su nombre, «Miranda» empezó a parlotear entusiasmada. Saltó al hombro de Diana y le tiró suavemente del pelo como si quisiera hablarle al oído.

—Oh, mi querida y chiquitina «Miranda» —dijo Diana arrullándola cariñosamente—. ¡Pensar que estaremos juntos tantos días...! ¡Qué divertidas van a ser estas vacaciones!

—¿Puedo ofrecerles una naranjada o chocolate? —dijo la señorita Pi algo indecisa—. Me temo que no tenemos gran cosa para cenar...

—Oh, casi lo había olvidado —dijo Nabé levantándose con presteza—. Tenemos provisiones en el coche. Teníamos tanta prisa por llegar cuanto antes, que decidimos no detenernos a comer en los hoteles en ruta, de modo que compramos pan, jamón, fruta y bebidas y tomábamos unos bocadillos de vez en cuando. Voy a buscar algunas cosas para cenar.

—¡Qué estupendo! —dijo Diana—. No sé por qué será, pero de pronto me ha entrado un apetito formidable.

—Es porque estás libre de preocupaciones, querida —dijo la señorita Pi—. Yo misma empiezo a sentir apetito también. Es realmente una gran bondad de su parte haber acudido en nuestra ayuda de este modo, señor Martin.

—Oh, no vale la pena mencionarlo, señorita Pi..., usted ha sido también muy bondadosa con Bernabé una infinidad de veces —dijo el señor Martin—. ¡Eh!, ¿qué se propone hacer esa monita traviesa?

—¡Oh, ha cogido mi esponja! —dijo Diana riendo alegremente—. Veamos, «Miranda», sé buena y dámela. ¡Oh, miren, quiere lavarse la cara con ella igual como me ha visto hacerlo docenas de veces...! «Miranda», no debes hacer eso. ¡Es «mi» esponja!

—Ahora quiere metérsela en la boca —dijo la señorita Pi—. ¡Es una tunantela...! ¡Supongo que no irá a comérsela, Diana!

Nabé le quitó la esponja y la regañó severamente, y «Miranda» se cubrió el rostro con las manos y fue a ocultarse en un rincón lloriqueando.

—No conseguirás engañarme con tus tretas —dijo Nabé disponiéndose a salir—. Sé que no te arrepientes en absoluto de lo que has hecho, y todos esos gemidos y lloriqueos no son más que pura comedia. Vuelvo al instante —dijo a todos los reunidos—. Diana, si no vigilas tu jabón, «Miranda» te lo cogerá.

Pronto regresó Bernabé con bolsas bien provistas y un buen surtido de conservas en lata, y en nada de tiempo estuvieron todos sentados en torno a la mesa ante una cena verdaderamente apetitosa: jamón, tomates, queso, ricas ciruelas y naranjada.

—¿Cómo Piensan arreglarse esta noche par adormir, señor Martin? —preguntó la señorita Pi—. Hace una noche tan hermosa que creo que los niños preferirán dormir al aire libre, como de costumbre, tendidos sobre una alfombra y envueltos en una manta. Pero imagino que usted preferirá una buena cama.

—Sí, me llegaré hasta el pueblo más próximo y dormiré en la posada —dijo el padre de Bernabé—. Por supuesto Nabé preferirá quedarse aquí con ustedes. Desde la posada telefonaré esta noche a la señora Lynton para darle buenas noticias de todos ustedes y para decirle que pueden enviar a Chatín tan pronto como estemos instalados. Mañana decidiremos dónde prefieren quedarse ustedes y se lo comunicaré a la señora Lynton para que Chatín se ponga inmediatamente en camino. Bien, creo que voy a marcharme. Diana está bostezando de sueño. ¡Buenas noches a todos y hasta mañana!

—Buenas noches, señor Martin —dijo Roger—, y mil gracias por todo. ¡Hasta mañana!

Todos se dirigieron al coche para despedir al señor Martin, y pronto pudieron ver cómo el coche bajaba lentamente el camino vecinal que iba hasta la granja saltando de un lado a otro como un enorme sapo.

—¡Y ahora a la cama todos! —dijo la señorita Pi terminantemente—. Palabra, me siento como rejuvenecida al ver que todas nuestras preocupaciones han quedado resueltas. Lo que siento de veras es que vuestra madre se haya perdido estas magníficas vacaciones, pero supongo que no le importará puesto que tía Pat parece hallarse ya fuera de peligro y en vías de recuperarse de este desdichado accidente.

Los dos muchachos fueron a buscarse un lugar donde la hierba fuera blanda y espesa y les ofreciera cómodo descanso.

—Mañana nos lavaremos en un pequeño arroyo que pasa por aquí cerca —dijo Roger ahogando un bostezo. Desdobló su manta y entregó otra a Bernabé—. Toma, creo que bastará para abrigaros a ti y a «Miranda».

La graciosa monita se acurrucó junto al cuello de Nabé sin cesar de parlotear al oído, pero Nabé tenía sueño y no le hizo caso, en vista de lo cual «Miranda» comenzó a tirarle del pelo.

—«Miranda», ¿quieres dejar de fastidiarme? —dijo Nabé apartándole los finos dedos de su cabello—. No Pienso consentir que me molestes cuando me estoy

cayendo de sueño. ¿Te enteras bien...? ¡Anda, acuéstate de una vez y déjame en paz!

Miranda se acurrucó silenciosamente a su lado apoyando su tostada carita contra su cuello. Bernabé le dio una palmada y se sonrió. ¡Qué chiquitina y graciosa era!



La señorita Pi y Diana durmieron en la «roulotte», dejando la puerta abierta para que entrara el aire. La señorita Pi lanzó un suspiro de satisfacción al cerrar los ojos. ¡Todo parecía haberse resuelto bien, mucho mejor de lo que nunca se hubiera atrevido a soñar!

Por la mañana temprano llegó el señor Martin para tomar con ellos el desayuno. Traía huevos, pan recién salido del horno y mantequilla y leche que compró en la granja.

—¡Oh, qué magníficas provisiones! —exclamó satisfecha la señorita Pi—. ¡«Miranda», deja de jugar con ese huevo!

—He estado consultando este mapa —dijo el señor Martin después del desayuno, y lo extendió sobre el césped donde se habían sentado todos para tomar el desayuno a pleno sol—. Lo primero que tenemos que decidir es hacia dónde queremos ir. ¿Se os ocurre alguna idea?

—Tal vez algún sitio junto al mar —dijo Roger en seguida—. Si continúa este calor nos gustará bañarnos.

—Pero no en un lugar concurrido y lleno de veraneantes —dijo la señorita Pi—. Creo que estaríamos mejor en un pueblecillo costero donde podamos sentirnos tranquilos y a nuestras anchas.

—Un lugar donde haya pájaros y donde pueda verlos de cerca —dijo Diana—. Tengo que hacer un trabajo escolar de vacaciones... sobre «Los pájaros que he visto».

—¡Oh, no empieces otra vez a darnos la lata con este dichoso ensayo sobre los pájaros! —dijo Roger—. Apostaría cualquier cosa a que no te acordarás de estudiar

ni un solo pájaro en todas las vacaciones.

Diana le miró con aire de reto, y la señorita Pi intervino apresuradamente diciendo:

—En todas partes hay pájaros, Diana..., no creo que para ello tengamos que ir a un lugar especial. Bernabé, ¿qué lugar preferirías tú?

—Pues, a decir verdad, me aburren soberanamente los lugares de veraneo que están de moda, donde acude la gente a montones —dijo francamente Nabé—. Sí pudiera escoger, me gustaría un lugar tranquilo donde pudiéramos hacer lo que nos acomode y vestir nuestras ropas viejas sin tener que preocuparnos de nada ni de nadie.

—Bien, creo que todos deseamos exactamente lo mismo —dijo la señorita Pi, complacida—, pero ¿dónde encontraremos lo que buscamos? ¡Es tan difícil hallar un pueblecillo pesquero que no esté invadido por los turistas, de pleno verano...! La mayoría de los pueblos costeros ya estarán atestados de gente.

—Creo que no estaría mal llegarnos hasta las costas de Gales —dijo el señor Martin trazando una ruta con su dedo índice—. Es un país realmente precioso, y sus montañas llegan casi hasta el mar. Sería conveniente emprender la marcha ahora mismo y viajar siguiendo la carretera del litoral hasta que encontremos un lugar tranquilo y a gusto de todos. ¡Arriba, muchachos...! ¡Empecemos a empaquetarlo todo y a disponer la marcha cuanto antes!



## Capítulo V

### Un alto para comprar helados

Al cabo de poco rato ya estaban en ruta. El coche del señor Martin era grande, y todos cabían holgadamente. La «roulotte» los seguía deslizándose suavemente sobre el asfalto de la carretera, pero el señor Martin tenía buen cuidado en recordar que llevaba un remolque enganchado al coche y nunca se excedía en la velocidad.

Continuaron avanzando hasta la hora de comer, y entonces se detuvieron junto a un bosquecillo para tomar unos bocadillos y fruta a la sombra de los árboles. Luego consultaron nuevamente el mapa.

—Pronto llegaremos a la costa —dijo el señor Martin señalando un punto en el mapa—, y una vez en la carretera del litoral, nos dedicaremos a buscar algún lugar adecuado. Creo que lo mejor será pasar sin detenernos por las poblaciones grandes o muy concurridas, y pasadas éstas conduciré más despacio para ver si entre todos encontramos algo que nos convenga.

—¡Qué divertido! —dijo Diana palmoteando alegremente—. ¡Oh, «Miranda», vas a ponerte mala...! ¡Mira, Nabé, ésta es la cuarta ciruela que se ha comido!

Nabé le quitó la ciruela y «Miranda» se puso furiosa. Se le subió por la espalda y empezó a tirarle de la oreja hasta que Nabé soltó un grito. Luego pareció arrepentirse

de su arrebató y quiso ocultar su carita debajo del cuello de la camisa de Nabé.

—Realmente, una no puede dejar de reírse con las monerías que hace esta traviesa «Miranda» —dijo la señorita PI—. Lo que me pregunto es, ¿qué será de nosotros cuando llegue Chatín con su perro loco, ese «Ciclón» que no para ni un instante con sus bribonadas? ¡No tendremos ni un día de paz!

—Bueno, todo lo que puedo decir es que estoy más que satisfecho de no llevarlos con nosotros en el coche —dijo el señor Martin doblando el mapa—. ¡Un perro loco, un muchacho bullicioso y una mona consentida es mucho más de lo que puede soportar cualquiera que tenga que conducir un coche por estas costas... y llevando por añadidura una «roulotte»!

Continuaron el viaje hasta llegar a una gran ciudad costera llena de confusión y algarabía y materialmente atestada de gente por todas partes.

—Pasaremos de largo, sin detenernos —dijo firmemente el señor Martin—. Y como la población siguiente es igual a ésta, haremos lo mismo. Luego sigue un largo trecho de costa muy solitaria, y mantendremos los ojos abiertos.

Atravesaron la primera ciudad, y al poco rato la segunda, sin detenerse, y dejando atrás este sector más poblado del litoral, llegaron por fin a una larga extensión de costa en la que sólo se veían calas desiertas, solitarias playas, idílicos pueblecitos recostados en las vertientes de los collados y típicas aldeas pesqueras. A ratos aparecían junto a la carretera impresionantes acantilados que parecían brotar del mismo mar que se estrellaba estrepitosamente contra sus rocosas laderas, y el coche tenía que seguir despacio por la sinuosa carretera para evitar que la «roulotte» sufriera desperfectos.

—Este paisaje parece exactamente lo que andamos buscando —dijo Diana asomándose a la ventanilla y contemplando extasiada el mar a un lado y las imponentes montañas al otro—. Señor Martin, ¿no podríamos detenernos en algún sitio para tomar un helado? ¡Tengo tanto calor y tanta sed, a pesar de llevar todas las ventanas abiertas!

—Es una buena idea —dijo el señor Martin—. Creo que a todos nos sentará bien un helado.

Se detuvo en el próximo pueblo, una aldea muy pequeñita que parecía adentrarse en el mar. ¡Pero no había allí ninguna tienda que vendiera helados!

—Sigán ustedes hasta Penrhyndendraith —les dijo amablemente la mujer a quien preguntaron—. Allí hay una buena tienda que venden helados. Y si los niños quieren bañarse, llévelos usted a la cala de Merlín..., es la mejor playa de todo el país.

—Esto suena muy tentador —dijo Roger, y de nuevo pusieron el coche en marcha.

Bordearon ahora la costa con las olas rompiendo mansamente sobre la playa, y al otro lado las altas montañas se sucedían una tras otra hasta perderse en lontananza.

Porque el paisaje había cambiado bastante ahora, y lo que al principio del viaje eran suaves lomas y colinas, se iban convirtiendo en abruptas montañas que elevaban sus rocosos Picachos hacia el cielo.

—¡Hermoso país! —dijo el señor Martin—. Ahora veremos por dónde está ese pueblecillo llamado Penny... denny... draith... Ah, parece ser aquel de enfrente; mirad, está recostado en la ladera de la montaña.

Llegaron a Penrhyndendraith. Era en verdad un hermoso lugar, un Pintoresco pueblecillo con una docena de casas situadas a lo largo de la playa, y otras que parecían trepar graciosamente por la colina.

Por encima de estas últimas asomaba la silueta de un viejo castillo con curiosos torreones y almenas. Estaba apoyado sobre una peña escarpada, y su aspecto era tan viejo y ruinoso que parecía a punto de desplomarse, y sus paredes daban la impresión de que lo único que mantenía unidas sus viejas Piedras, era la hiedra que las cubría.

Había un letrero sobre la gran puerta de entrada, pero estaba demasiado lejos para que los niños pudieran leer lo que decía. Diana estaba, de momento, más interesada en comprarse un helado que en admirar el ruinoso castillo que se veía sobre la colina. Tocó suavemente el brazo del señor Martin para decirle:

—Mire, ¿será aquella la tienda donde venden helados? —y señalaba, al decirlo, una de las casas que miraban al mar.

El señor Martin paró el coche cuando estuvo más cerca.

—Bueno, lo cierto es que entre esta hilera de casas sólo hay una que tenga aspecto de tienda, la que ha señalado Diana —dijo—. Sí, mirad lo que dice el letrero de encima de la puerta. «Myfanwy Jones. Mercería y Comestibles».

—¡Y miren, dice también «Helados»! —dijo Roger—. Allí, en un rincón del escaparate, ¿lo ven? ¡Vamos, salgamos del coche pronto!

Conque se apearon todos y entraron en la pequeña tienda. ¡Qué lugar tan curioso era aquél! El interior estaba casi a oscuras, y había muy poco sitio para tanta gente a causa de los centenares de artículos que se vendían allí. Las mercancías estaban apiladas en el suelo, colgaban de las paredes, pedían del techo...

—¡Deben vender absolutamente de todo lo que hay en el mundo! —dijo Diana sin salir de su asombro—. Fijaos, comestibles, bebidas, porcelana, sartenes y cazuelas, redes para pescar, cubos, patatas, palas, herramientas... ¡Cielos, señorita Pi, parece exactamente igual que una de esas tiendas de los cuentos de hadas!

—Y aquí está la bruja —dijo Roger en voz baja, mientras una mujer muy, muy vieja acudía detrás del mostrador. Su rostro estaba sembrado de arrugas, y su pelo blanco como la nieve estaba pulcramente peinado y cubierto con una redecilla de tul negro. Pero aun siendo tan viejecita, sus ojillos eran penetrantes y vivaces y parecían observarlo todo con rara sagacidad.



Les hablaba en galés y no entendieron ni una palabra de lo que decía. Diana le señaló con un dedo el letrero que decía «Helados», y la anciana afirmó repetidamente con una sonrisa amable.

—¿Dos...? ¿Tres...? ¿Cuatro...? —preguntó en inglés.

—¡Oh, por lo menos veinte! —dijo prontamente Roger, provocando la risa de todos, incluso de la viejecita.

—¿Cómo son de grandes sus helados? —preguntó Diana.

La vieja tendera alzó la tapa de la nevera y cortó un gran trozo de helado que adornó con unos barquillos.

—¡Oh, creo que dos helados para cada niño será suficiente! —dijo la señorita Pi—, y uno para los mayores. ¿Tomará uno «Miranda», Bernabé?

—Sí, sólo uno —dijo Nabé—. Aunque lo más seguro es que se lo ponga en la cabeza para refrescarse, tiene mucho calor.

—Ahí fuera encontrarán lugar donde sentarse —dijo la tendera cuando hubo servido los helados a todos.

Los niños no se lo hicieron repetir, y pronto estuvieron instalados en un viejo banco de madera saboreando sus helados.

—No es que sean muy sabrosos, pero no les han escatimado la leche y son deliciosamente frescos —dijo Nabé—. «Miranda», por favor, quítate de mi lado y procura estarte quieta. No me gusta en absoluto que dejes gotear tu helado por mi cuello. Y tampoco me gusta que lo tengas pegado a mi oreja. ¡Siéntate en el suelo!

La monita se deslizó hacia el suelo sin dejar de cotorrear, sosteniendo fuertemente el helado en sus afilados dedos. La anciana tendera, que estaba muy interesada en todo cuanto hacía «Miranda», salió a la calle para verla.

—Es una mona muy graciosa —dijo con su típico acento galés—. ¿Vienen ustedes de muy lejos?

—Sí, de bastante lejos —dijo Nabé.

—¿Y van muy lejos? —volvió a preguntar la viejecita.

—No lo sabemos exactamente. Estamos buscando un lugar tranquilo donde pasar unos días —dijo Bernabé—. Algún lugar que no esté lejos de aquí tal vez. ¡Es tan hermoso todo esto! Pero no queremos una población grande llena de hoteles atestados de gente..., preferiríamos más bien una posada tranquila, poco concurrida, y...

—Oh, entonces lo mejor que podrían hacer es ir allí —dijo la anciana, y señaló el viejo castillo que todos habían visto al llegar—. Es un lugar tranquilo, muy tranquilo, y la comida es buena, es muy buena..., es excelente. No encontrarán otro sitio como éste, tan hermoso, con ese mar tan azul, con la arena tan blanca y limpia... y...

—Pero ¿es que está habitado el castillo? —preguntó el señor Martin, asombrado—. Al verlo pensé que estaba completamente en ruinas.

—No, no, mi hijo vive allí —dijo con orgullo la anciana—. Es una posada, señor, ¿comprende...? ¡Y qué comida! ¡Viene aquí muy importante, señor, gente muy famosa y conocida..., y todos dicen que la comida es buena, muy buena!

Todos se resistían a creer que aquella gente tan famosa e importante quisiera permanecer en un lugar medio en ruinas. La tendera debió darse cuenta de que no lo creían, y se acercó más al señor Martin tocándolo en el brazo.

—Le digo la verdad, señor —dijo con vehemencia—. Esos caballeros que vienen a la posada de mi hijo son «sir» Ricardo Ballinor y el profesor Hollinan, y...

Casualmente el señor Martin conocía muy bien esos nombres.

—Uno es un famoso botánico y el otro es un célebre ornitólogo, un hombre que se dedica al estudio de los pájaros —explicó a los asombrados niños.

Se volvió a la viejecita.

—Por lo que dice, he de suponer que habrá por esos contornos muchas plantas y flores raras, ¿no? —dijo—. Y también pájaros poco corrientes.

—Sí, muchos, muchos..., arriba en las montañas..., y también en las calas y ensenadas de la costa, y en lo alto de los acantilados —explicó la mujer moviendo vigorosamente la cabeza—. Gente muy famosa viene aquí a estudiarlos, señor, tal como le he dicho. Mi hijo los conoce a todos. Su buena cocina le gusta también, señor, es buena, muy, muy buena. ¿No les gustaría quedarse también, señor...? Ahora la posada está casi vacía, señor, y estarían muy tranquilos. Y la comida es muy buena, es excelente, señor.

—Bien, no perderemos nada con llegarnos hasta allí y echar una ojeada al lugar

—decidió el señor Martin pagando los helados—. Muchas gracias, señora Jones, nos han gustado mucho sus helados. ¿Hay carretera para subir hasta la posada?

—Sí, hay carretera, señor, pero es muy mala. Tendrán que ir muy despacio —dijo la anciana, y su rostro se ensanchó con una sonrisa radiante al pensar que todos ellos iban a visitar la posada de su hijo—. La comida es buena, señor, muy, muy buena.

Subieron todos al coche.

—Tiene la buena comida metida en el cerebro —dijo Roger—. Me pregunto qué aspecto tendrá la posada vista de cerca. Sería divertido quedarnos aquí..., tiene todo lo que deseamos, en realidad, paz, sol, baños de mar...

—Maravillosos paseos también, supongo —dijo Nabé a quien le entusiasmaba andar—. Y unas vistas encantadoras.

—Pesca también, por lo que veo —dijo Roger señalando un barco en la bahía con sus velas desplegadas al viento.

—No tendremos gente inoportuna a nuestro alrededor —apuntó la señorita Pi.

—¡Y habrá gran cantidad de pájaros para mí! —dijo Diana alegremente.

—¡Oh! ¡Tú y tus pájaros! —dijo Roger burlándose de su hermana, y Diana le dio un codazo.

—¡Bien, a la posada todos! —dijo el señor Martin, y a los pocos minutos emprendían lentamente la ascensión dejando, de momento, la «roulotte» estacionada frente a la playa—. ¡Me pregunto qué es lo que encontraremos allí!



## Capítulo VI

### La posada de Penrhendendraith

El coche trepaba por la colina siguiendo un camino en zigzag. Cuanto más subían, más hermoso era el panorama que se extendía antes sus ojos.

Diana se entusiasmó cuando vio a sus pies la maravillosa playa y el inmenso mar tendido a lejos.

—¡Oh, mirad! —dijo—. ¡Qué afortunados son los que viven en esta vieja posada y pueden ver todos los días este hermoso paisaje! ¡Y mire también este otro lado, señorita Pi, qué encanto de montañas! ¡Y siempre hay otra detrás de cada una!

—¡Sí, es muy hermoso en verdad! —dijo la señorita Pi—. ¿Y has visto nunca una

tierra más roja? ¡Las colinas parecen de fuego! ¡Oh, cuánto desearía que la posada fuese lo bastante aceptable para quedarnos aquí! ¡Nunca en mí vida había visto panoramas tan bellos!

Llegaron por fin a la vieja posada. Su aspecto era, realmente, el de un viejo castillo medio en ruinas y hubiera podido creerse que estaba abandonado a no ser por el gran letrero que pendía sobre la puerta abierta, y que decía:

POSADA DE PENRHYNDENDRAITH

—¡Dios sabrá cómo se pronuncia esto! —dijo Diana— Y, ¡oh, qué oscuro está ahí dentro! ¿Qué haremos? ¿Llamar con la campanilla?

—¡Sí, si hubiera una campanilla, pero no veo ninguna! —dijo Roger, buscando en torno a la puerta—. Tampoco hay Picaporte. ¿Qué podemos hacer? ¿Llamar a voces?

—¿«Hay alguien aquí»? —gritó Nabé, y todos dieron un respingo al oír su vozarrón.

Un niño pequeño, con el pelo enmarañado, llegó corriendo de la parte trasera del edificio, seguido de un enorme ganso gris. Les gritó algo en galés y desapareció en el interior de la posada seguido del ganso.

—Bien, según imagino, habrá ido en busca del dueño de la posada —dijo la señorita Pi—. ¡Oh, ahí viene alguien!

Una mujercita vivaracha avanzaba apresuradamente por el ancho vestíbulo hacia la puerta, seguida del niño y el ganso, que balanceaba su enorme corpachón para no quedar rezagado.

—Buenas tardes —dijo amablemente el señor Martin—. Una señora llamada Jones, que vive en el pueblo nos ha hablado de esta posada y...

La mujer sonrió satisfecha y contestó inmediatamente con una exuberancia y una locuacidad asombrosas.

—Oh, sí, señor, sí, señor, ésta es mi madre política, señor. Ella conoce bien este lugar y sabe que nuestra posada es excelente, puede estar seguro de ello, señor. Aquí viene mucha gente importante, no tiene más que echar una mirada a nuestro libro de visitantes, señor. ¡Oh, los nombres famosos que verá usted allí...! Y mi esposo Luis es el mejor cocinero del mundo, señor, él estuvo en Londres para aprender de cocina, señor, en uno de los mejores hoteles de la capital. Cocina muy bien, señor, muy, muy bien, y...

—Pues..., lo que deseaba preguntarle —dijo el señor Martin temiendo que la locuacidad de la rechoncha mujer no iba a tener fin—, lo que quería preguntarle...

—Oh, sí, señor, pregunte usted lo que quiera —dijo ella sonriendo amablemente—. Entren, por favor, y verán qué maravilloso lugar es éste, y..., ¡oh, la cocina, señor...! Bueno, creo que desde aquí pueden oler lo que se está guisando, ¿no es cierto...? Es él, mi esposo, señor.

Esto sonaba como si fuera el esposo el que se estaba cocinando, y Diana no pudo

contener la risa. Todos siguieron a la afable mujer a un gran vestíbulo sumido en la oscuridad, donde entró también el niño con el ganso. Les mostró un enorme comedor que tenía el mismo aspecto ruinoso que el resto de la casa y luego los acompañó, por una amplia escalera de Piedra sin alfombrar, hacia los dormitorios del Piso de arriba.

—Las camas son confortables, señor, y la vista es preciosa; mire usted, señor, ¿ha visto nunca un panorama semejante?

Ciertamente, el panorama era maravilloso, y todos se agolparon a las ventanas para verlo.

—Y los precios no son nada caros, señor —continuó la incansable mujer—. Quédense aquí, señor, si desean permanecer por estos contornos; no encontrarán un lugar más tranquilo y mejor situado, y la comida es excelente, señor, puede creerme; es muy, muy buena.

«Miranda», la traviesa monita, detuvo la verbosidad de la mujer saltando de improviso sobre el cuello del ganso. El ganso se quedó, de pronto, enormemente asombrado, y luego empezó a graznar tan escandalosamente que todos dieron un resPingo. El chiquillo corrió a libertar al ganso, y «Miranda» le saltó entonces sobre el hombro. El niño pegó un gran chillido, y «Miranda», asustada, trepó por la espalda de Bernabé.

—Lo siento —dijo éste a la sorprendida mujer—. Es sólo que «Miranda» quería ver qué clase de animal era ese ganso. No creo que haya visto ninguno hasta hoy. ¿Es..., es de fiar el ganso?

El pajarraco avanzaba hacia él batiendo amenazadoramente sus grandes alas y graznando sin cesar a voz en cuello.

—Llévate ahora mismo a «Patoso» —dijo la mujer, enojada, al chiquillo—. Ya sabes que no debe entrar en la casa para nada. Siempre te estoy diciendo lo mismo —se volvió hacia los demás, pero antes de que se lanzara a otro de sus interminables discursos, el señor Martín dijo con firmeza:

—Éste es mi hijo y estos niños son unos amigos suyos. La dama es la señorita Pi que se quedará aquí con ellos. Creo que mañana llegará otro amigo de los niños con un perro. ¿Podría usted servirles las comidas aquí...? La señorita Pi y Diana ocuparán un dormitorio con dos camas, pero los demás dormirán en una «roulotte» que traemos y que, de momento, hemos dejado en el pueblo. En cuanto a mí, deberé marcharme esta misma tarde.

—¡Oh, señor, será un honor...! ¡Será un verdadero placer hospedarles en casa! —dijo la expansiva mujer—. Mi nombre es Jones, señor, y soy la esposa de Luis Jones, el dueño de la posada. Y ciertamente puede usted marcharse tranquilo, señor, que aquí nada ha de faltarles. Estarán atendidos y bien alimentados, señor, puedo asegurarle que comerán de todo lo mejor. Podrán salir de pesca con los pescadores del pueblo y hacer excursiones por estos hermosos montes..., y bañarse..., ¡y sobre

todo, la comida será buena, muy buena, señor!

—Bien, gracias —dijo el señor Martin, y volviéndose a la señorita Pi, añadió—: ¿Le gusta quedarse aquí, señorita? Veo que a los niños les entusiasma.

—Sí, señor Martin, creo que esto es justamente lo que todos estábamos deseando —dijo la señorita Pi—. Yo me contentaré con admirar el paisaje y dar cortos paseos por los alrededores..., y en cuanto a los niños, sí pueden salir de pesca, y bañarse y explorar esos contornos, creo que no pedirían más. Sí, decididamente, creo que a todos nos encantará quedarnos.

—¡Bueno, bueno, bueno! —dijo Diana, y le dio un achuchón tan apretado a la señorita Pi que casi le cortó la respiración—. Y Chatín también se entusiasmará al ver todo esto, lo sé... ¿Cuándo llegará, señor Martin?

—Telefonaré a tu madre tan pronto como pueda, y nos pondremos de acuerdo para que venga mañana mismo, si es posible —dijo el señor Martin—. Podría venir en tren hasta la estación de ferrocarril más próxima, y luego tomar un taxi que le traiga hasta aquí. Y confiemos todos en que «Ciclón» se lleve bien con ese ganso... ¿Cuál es su nombre? ¡Ah sí!, «Patoso».

—Bueno, supongo que con el perro «Ciclón», la monita «Miranda» y el ganso «Patoso» nos esperan unos días bastante movidos, si no accidentados —dijo la señorita Pi riendo—. Pero he tenido que habérmelas con Chatín y «Ciclón» antes de ahora... ¡y sé cómo manejarlos!

—¿Piensa marcharse ahora, señor? ¿Regresará en seguida a su casa? —preguntó solícitamente la señora Jones—. ¿No desea quedarse a cenar para probar nuestra excelente comida, señor?

—No, creo que no —dijo el señor Martin—. Ahora bajaré hasta el pueblo para traer la «roulotte» y dejarla aquí arriba, ya que todos están de acuerdo en quedarse con ustedes. Pero tal vez podría tomar una taza de té antes de marcharme.

—¡Oh, naturalmente señor...! ¡Cuando regrese, tendré preparado el té con nuestros excelentes «scones»! —dijo la señora Jones, y bajó volando la escalera como si de pronto hubiese oído que los «scones» se estaban quemando en el horno.

—¡Uf! ¡Vaya una cotorra! —dijo Roger—. Estoy viendo que nos esperan unas charlas interminables en las que nadie podrá meter baza.

—¡Bah, eso no importa! Me gusta la señora Jones —dijo Diana—. Habla y habla sin parar como si fuese una fuente que mana continuamente, pero resulta muy interesante. Y además me siento tan feliz al pensar que nos quedaremos aquí... Venga, señorita Pi, respire este aire tan limpio y penetrante. ¿No es cierto que huele a montañas y a bosques? No sé qué dirá Chatín, pero estoy segura de que le entusiasmará todo esto.

—Roger, tú y Bernabé vendréis conmigo para ayudarme a enganchar la «roulotte» al coche —dijo el señor Martin—. Nos resultará algo difícil subirla hasta

aquí con estas curvas tan pronunciadas... Sería preferible que fuerais vosotros dos en la «roulotte» y me echarais un grifo si tomo las curvas demasiado cerradas.

—Bien, señor —dijeron los dos muchachos y bajaron la escalera con el señor Martin, subieron al coche y un instante más tarde partían en busca de la «roulotte» acompañados de «Miranda» que se había subido al cuello de Nabé.

La señorita Pi y Diana aprovecharon la ocasión para echar un vistazo al resto de los dormitorios.

—Se parecen bastante a las celdas de los conventos con estos muros de piedra y el suelo enlosado tan rústicamente —dijo Diana—. Quedémonos con el que tenga mejores vistas, señorita Pi.

Después de una detenida visita, decidieron quedarse con un dormitorio que tenía dos ventanas, una de ellas mirando al mar, y la segunda con vistas a las montañas que iban sucediéndose unas tras otras durante millas. Había en la habitación dos camas gemelas, y los muros de piedra quedaban ocultos en parte por gruesas cortinas que le daban un aspecto más acogedor. Una gran arca o cofre de madera adornaba una de las paredes, y la señorita Pi la observó con interés.



—Esta arca debe ser muy antigua —dijo—. La poca ropa que llevamos casi se perderá ahí dentro. Y mira la chimenea, Diana..., ¡casi cabría una de las camas en ese hogar!

Diana se acercó a la chimenea y metió la cabeza dentro.

—¡Oh, puedo ver el cielo desde aquí! —dijo—. ¡Es una chimenea enorme!

Una voz habló cortésmente desde la puerta. Era la señora Jones con su expansiva sonrisa.

—Les enseñaré una habitación mejor que ésta —dijo—. Ésta no resulta tan confortable como las otras.

—Pero nos encanta la vista que tiene —dijo la señorita Pi sonriendo también—. Y en realidad parece muy confortable.

—No, no es la mejor habitación, señorita —insistió la mujer—. Quiero darles nuestro mejor dormitorio. Tengan la bondad de venir a verlo, se lo enseñaré.

Las acompañó, pues, a otro dormitorio más grande y mejor amueblado, pero las

vistas no eran tan bonitas.

—No, prefiero la otra habitación — dijo la señorita Pi con firmeza—. Nos gusta más por el paisaje, ¿comprende?

La plácida señora Jones se puso, de pronto, terca y obstinada.

—No me gusta que se queden allí — dijo—, no es la mejor habitación. Deben quedarse en ésta.

Pero a la señorita Pi no le gustaba las imposiciones, así es que negó categóricamente con la cabeza, y sin dejar de sonreír, dijo amablemente:

—No. Me quedo con la otra habitación. Y ahora vamos a bajar para ver si ha llegado el señor Martín con el equipaje.

Al llegar a la amplia puerta de entrada se encontraron con el señor Martín y los chicos que acababan de sacar las maletas del coche y las habían dejado en los gastados peldaños de la escalera de Piedra.

—¿Está dispuesto el té? —preguntó el señor Martín sonriendo a la señora Jones que había bajado también—. Luego hablaremos de los precios del hospedaje y demás cosas. Deseo marcharme cuanto antes.

—Oh, ciertamente, señor. Podrán tomarlo en seguida. ¡Un rico té y unos riquísimos «scones»! —dijo la mujer, y desapareció corriendo por un oscuro pasillo que sin duda llevaba a la cocina—. ¡En seguida, señor, se lo traeré al instante...! La comida aquí es...

—¡Muy, muy buena! —exclamaron todos a la vez, y el señor Martín se rió cordialmente.

—¡Qué mujer! Apostaría a que hasta habla en sueños y probablemente toda la noche, ¿no lo creéis así?





## Capítulo VII

### ¡La comida es buena, muy, muy buena!

Cuando el señor Martin puso el coche en marcha, los tres niños le despidieron con locas muestras de entusiasmo, y hasta «Miranda» no cesaba de saltar de un lado a otro llena de exuberancia. Al perderse el coche de vista, Roger se puso las manos sobre el estómago.

—¡Uf! ¡Vaya un té el que nos ha dado la señora Jones! No había probado en mi vida unos «scones» tan maravillosos. ¡He comido seis!

—¡La comida es buena, muy buena! —dijo Diana—. «Miranda» también se ha entusiasmado con los «scones» y ha comido dos. Bien, ¿qué hora es...? ¿Sólo las cinco y media...? No está mal. ¿Qué podríamos hacer?

—Deberíamos abrir las maletas y poner nuestras cosas en orden —dijo prontamente la señorita Pi—. Y también asearnos un poco. Veo que tu padre ha dejado la «roulotte» al lado de la casa Bernabé, en ese pequeño prado. Tiene un poco de pendiente, ¿creéis que estará segura allí...? Tal vez convendría asegurarla un poco.

—Sí, pondremos unas piedras grandes junto a las ruedas —dijo Nabé —por si a este chiquillo se le ocurre alguna trastada. ¡Tiene todo el aspecto de un monito! Vamos, Roger, ayúdame a buscar esas piedras.

Mientras los dos chicos se ocupaban de asegurar la «roulotte» para que no se deslizara por la pendiente, la señorita Pi y Diana subieron a su habitación. Estaban seguras de encontrar sus maletas en la habitación de las dos ventanas que habían escogido previamente, ¡pero no estaban allí!

—¡Bueno, no me digas que esa mujer ha puesto nuestras maletas en la otra habitación, en ese dormitorio más grande donde quería instalarnos a la fuerza! —dijo la señorita Pi, contrariada—. No pienso tolerarlo. Ve allí a echar un vistazo, Diana.

Diana se encaminó prestamente hacia el dormitorio que la señora Jones llamaba pomposamente la mejor habitación de la casa, y regresó a los pocos minutos.

—¡Sí, están allí! —dijo—. ¡Qué obstinada es! ¡Sabe perfectamente que escogimos ésta!

—Bien, sólo nos queda ir a buscar las maletas y traerlas aquí —dijo la señorita Pi dispuesta a no dejarse atropellar y a demostrarle firmemente a la señora Jones que debía limitarse a hacer lo que sus huéspedes le pedían.

Dos minutos más tarde las maletas estaban en el dormitorio de las dos ventanas y Diana ayudaba diligentemente a la señorita Pi a sacar y ordenar sus ropas y utensilios. El arca estaba provista de cajones, y en ellos guardaron apresuradamente su pequeño ajuar.

Cuando estaban ultimando su tarea se oyó una llamada a la puerta.

—Adelante —dijo la señorita Pi en voz alta y resuelta. Entró un hombre de elevada estatura, muy delgado, con una mata de cabello espeso y mal peinado, gafas y una mirada entre resentida y atribulada.

—Buenas tardes —dijo—. Soy el señor Jones, el dueño de la posada. Se han equivocado ustedes de habitación. Tengan la bondad de seguirme y las acompañaré a nuestra mejor habitación, la de los huéspedes distinguidos.

—Escogimos ésta al llegar y hemos decidido quedarnos aquí —dijo la señorita Pi—. He comprobado que no está ocupada, y por lo tanto puede instalarse en ella el primero en llegar, ¿no es eso? Además, la preferimos por las vistas que tiene.

—Señorita, no le gustará esta habitación —dijo el hombre con aspecto aún más resentido.

—Oh, por favor, no se ponga tan misterioso —dijo la señorita Pi, pensando para sus adentros que, por muy buen cocinero que fuese el señor Jones, su aspecto no le

gustaba nada—. ¿Por qué no ha de gustarnos la habitación?

—Algunas veces se oyeron ruidos por la noche— dijo el señor Jones en tono solemne.

—¡Ooooh! ¡Qué estupendo! ¡Qué clase de ruidos! —preguntó Diana, regocijada—. ¿Graznidos..., chillidos..., gemidos..., o qué?

—Puede reírse cuanto quiera, señorita —dijo el hombre irritado—, pero no se reirá a medianoche cuando la despierten esos ruidos.

—Bien, nos quedaremos para averiguar qué clase de ruidos son —dijo categóricamente la señorita Pi cerrando de golpe el cajón del arca—. Y entonces sabremos si es cosa de risa o no. Por otra parte, si lo que pretende decirnos es que el cuarto está encantado o algo por el estilo, está perdiendo el tiempo. No creo absolutamente en ninguna de esas estupideces.

El señor Jones salió de la habitación sin decir más, y la señorita Pi miró a Diana sonriendo.

—Bueno, si yo no fuese también una mujer muy obstinada, tal vez hubiera consentido en cambiar de habitación —dijo—. Pero éste es un cuarto para huéspedes y no está ocupado, por lo tanto, no veo ninguna razón que nos impida quedarnos aquí si queremos. Fíjate, incluso las camas están ya hechas y a punto de usarse.

Cuando ya tuvieron todas sus ropas y útiles de aseo colocados convenientemente, bajaron para ver qué estarían haciendo los chicos. Se asomaron al interior de la «roulotte» y la señorita PI quedó realmente asombrada y complacida al verlo todo tan limpio y ordenado.

Mientras permanecían allí hablando los cuatro reunidos, el enorme ganso dobló la esquina cloqueando ruidosamente, y tras él seguía el sucio chiquillo con las manos en los bolsillos.

Se encaminó directamente hacia la «roulotte» y metió la cabeza dentro. El ganso miró también y quiso entrar.

—Oh, no, de ningún modo —dijo Roger apartándolo a un lado—. A los gansos no les está permitida la entrada.

El ganso resoplaba y batía las alas con aire amenazador. El pequeño le pasó las manos por el cuello para calmarlo. Luego clavó sus grandes ojos negros en Roger y se quedó mirándolo sin pestañear.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Roger divertido.

—Dafydd —dijo el niño.

—Ése debe ser David —dijo Diana—. Ven, acércate, te enseñaré el interior de la «roulotte». ¿No habías visto nunca ninguna?

David no entendía lo que le decía, pero se dejó coger de la mano para entrar. Lo tocaba todo con sus manos sucias, y finalmente cogió un peine y se lo metió en el bolsillo.

—No, David, no —dijo Nabé—. Este peine es mío. Anda, ponlo otra vez donde estaba.

Pero Dafydd negó solemnemente con la cabeza y alargó la mano para apoderarse de un tubo de pasta dentífrica. Lo examinó con interés. Luego sintió que alguien hurgaba en su bolsillo y miró quién sería. Era «Miranda», que había deslizado una de sus manitas en su bolsillo para recuperar el peine de su amo. ¡No pensaba permitir de ningún modo que alguien robara las cosas de Nabé!

Saltó luego sobre su hombro hablando excitadamente y empezó a peinarle el cabello. Dafydd la observaba mudo de estupor y bastante asustado. Dijo algo en galés, algo bastante rudo, y amenazó con el puño cerrado a «Miranda» que en respuesta le llenó de improperios sin dejar de saltar sobre el hombro de Nabé, irritada en extremo.

Entretanto, el ganso cloqueaba de impaciencia a la puerta de la «roulotte» y batía ruidosamente las alas. «Miranda» debió pensar que el gran pajarraco también la estaba insultando, y sin pensarlo ni un segundo, bajó con presteza y se lanzó contra el ganso, agarrándose con fuerza a su cuello y chillándole junto al oído.



El ganso se sintió tan aterrado que echó a correr al instante silbando como doce serpientes juntas y llevándose la monita al cuello. Nabé se reía a mandíbula batiente,

y el pequeño Dafydd le golpeaba frenéticamente con los puños al ver que se burlaba de su querido ganso.

—Bueno, ya está bien —dijo Nabé aprisionándole los dos puños en una mano—. ¡Basta de genialidades! La monita no le hará nada a «Patoso». Anda, ve a buscarlo y yo llamaré a «Miranda». Y escucha bien. «No» entres en la «roulotte» si nosotros no estamos aquí, ¿me has entendido?

Dafydd dijo algo que nadie entendió, le largó a Nabé una patada en la canilla, se libró de él de un tirón, y salió de la «roulotte» corriendo a saltos y llamando a «Patoso» a todo pulmón.

—Bien, ¿qué pensáis de todo esto? —dijo Nabé a los demás—. Yo voto para que tengamos siempre la «roulotte» cerrada con llave cuando tengamos que ausentarnos. ¡Vaya un bribonzuelo!

—Su madre debiera tenerlo mejor enseñado —opinó la señorita Pi—. Unos cuantos bofetones bien aplicados le harían un bien inmenso. ¡Llevarse el peine ante nuestras propias narices...! Haremos bien en cerrar nuestra habitación con llave también, Diana, cada vez que salgamos. Oh, aquí llega «Miranda», con el aspecto de estar muy satisfecha de sí misma.

Y en efecto, «Miranda» estaba más que satisfecha de sí misma. ¡Le había hecho morder el polvo a aquel ganso escandaloso y entrometido...! No se despegó de él ni un milímetro mientras «Patoso» enfilaba, corriendo como una furia, el sendero que conducía al establo de las vacas, bastante arriba de la colina, y sólo lo dejó cuando el ganso estuvo enteramente agotado de tanto correr y chillar.

—Tendrás que reportarte en lo sucesivo, «Miranda» —dijo Diana—, o de lo contrario David la tomará contigo. ¡Él y su precioso ganso! ¡Vaya una pareja!

—Lo que sí es seguro —dijo Bernabé—, es que este ganso tendrá que andarse con cuidado cuando lleguen Chatín y «Ciclón». No creo que ni uno ni otro aguanten por mucho tiempo las intemperancias de David y de «Patoso», sí éstos no procuran mantenerse a distancia y comportarse como es debido.

—Creo que vosotros dos, muchachos, estaréis cómodos en la «roulotte» por las noches —dijo la señorita Pi—. Los divanes son realmente muy confortables. Diana y yo hemos conseguido el dormitorio que deseábamos..., el de las dos ventanas con esas vistas tan maravillosas... El señor Jones trató de asustarnos diciendo que por la noche se oían ruidos extraños, pero ni Diana ni yo nos hemos dejado impresionar.

—Oh, ¿han visto al señor Jones? —dijo Bernabé—. Tiene un aspecto raro, ¿no creen...? Por lo menos no es lo que podría llamarse un hombre optimista y alegre. Roger y yo estuvimos hablando de él y hemos llegado a la conclusión de que debe de tener alguna pena secreta o algo así, ¡parece tan abatido y sombrío...! Pero no tiene ningún derecho a asustarlas con esas historias de miedo, o de ruidos en la noche, señorita Pi.

—Bueno, creo que la causa de todo es porque él y su esposa están muy orgullosos de ese otro dormitorio que llaman pomposamente «el cuarto de respeto» o algo parecido —dijo la señorita Pi—, y debió pensar que con sólo mencionar esa historia tonta de los ruidos en la noche, nos apresuraríamos a cambiar de habitación, pero no ha sido así. ¡Dudo que haya notado nunca las maravillosas vistas que tiene ese cuarto!

—Bueno, no pienso preocuparme lo más mínimo de ruidos misteriosos, ni de gansos chillones, ni de chiquillos ladronzuelos y mal criados mientras no nos falte «Buena comida. Muy, muy buena comida» —dijo Diana riendo—. Pronto veremos qué tal está la cena.

La cena resultó verdaderamente «maravillosa». La señorita Pi se quedó atónita ante la mesa tan perfectamente dispuesta y llena de exquisitas viandas. Empezó la cena con un caldo de gallina, y seguidamente les sirvieron enormes bistecs de ternera a la plancha adornados con montañas de patatas asadas, guisantes y las primeras judías verdes de la estación. De postre, un pastel helado rodeado de apetitosos bizcochos y un gran surtido de galletas variadas.

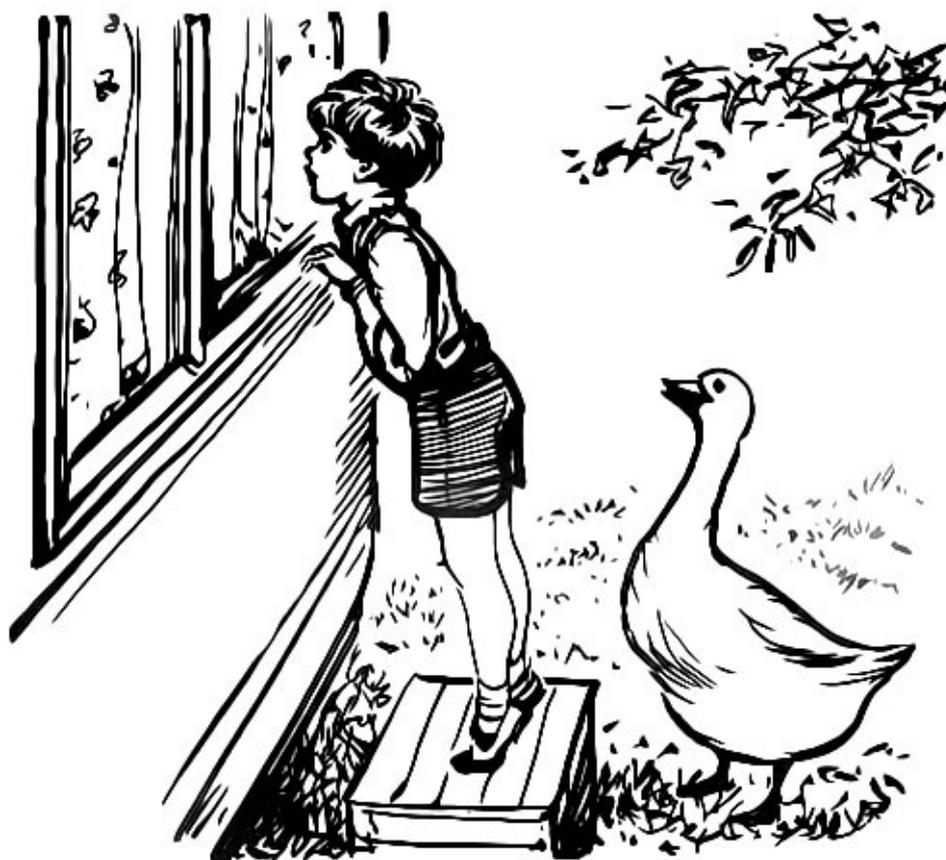
—¡Canastos! ¡Ésta es mi mejor comida desde que papá nos llevó a comer en aquel gran hotel de Londres! —dijo Roger—. Fijaos bien en este pastel helado..., hay aquí raciones para más de una docena de personas. No sé si lo habrán puesto para que nos lo acabemos todo, ¿qué cree usted, señorita Pi?

—Bueno..., lo que yo crea o deje de creer es cosa aparte, pero de lo que sí estoy segura es de que no dejaréis un mendrugo de nada —dijo la señorita Pi, y así fue en verdad.

«Miranda» se quedó con el último bizcocho y se aposentó en el hombro de Nabé para comérselo tranquilamente, mientras la solícita señora Jones acudía a despejar la mesa.

—¿Han comido a gusto? —preguntó y rompió a reír cuando oyó el coro de alabanzas que todos le prodigaron.

¡Realmente las comidas eran buenas, muy buenas!



## Capítulo VIII

### ¡Hola, Chatín!

Después de tan opípara cena les entró sueño a todos y empezaban a bostezar sin recato cuando entró la señora Jones llevando una bandeja de plata con las tazas de café que dejó sobre la mesa.

—¡Dios nos asista! —dijo la señorita Pi asombrada al ver la plata centelleante y percibir el rico aroma del café recién hecho—. ¡Cómo podía imaginarme que en un pueblecito como éste tuvieran tan excelente servicio...! ¡Ahora ya no me cabe la menor duda de que, de vez en cuando debe venir por aquí esa «Gente tan importante y famosa» que mencionó la señora Jones! —añadió cuando la mujer hubo salido—. ¿Tomará café alguno de vosotros?

—Tomaría cualquier cosa con tal de mantenerme despierto —dijo Nabé con un tremendo bostezo—. «Miranda», esos terrones de azúcar no son para ti. Dale un cachete, Diana, por favor. Veo que se le han contagiado las maneras de David, para apropiarse de lo ajeno.

De las tinieblas del enorme vestíbulo llegó a oídos de los niños el sonido de un timbre.

—El teléfono —dijo la señorita Pi—. Confío en que serán noticias de mamá diciendo que vuestra tía Pat está mejor.

La buena señora Jones apareció en el quicio de la puerta.

—Alguien desea hablar por teléfono con usted, señorita —dijo, y la señorita Pi la siguió esperanzada.

Regresó al poco rato.

—Era vuestro tío —dijo a Roger y Diana—. El papá de Bernabé tuvo que detenerse por varios asuntos y calculó que no podría recorrer la distancia hasta Hillesley esta noche, de modo que decidió telefonar a vuestro tío para decirle que nos envíe a Chatín en el primer tren de la mañana. ¡Dice que Chatín está loco de contento, y no hablemos de «Ciclón»!

Todos se rieron de buena gana, y Roger se frotó las manos de contento.

—¡El viejo y querido Chatín...! Es algo que no llego a explicarme, porque Chatín es una auténtica peste, pero ¿no os habéis fijado en la alegría que nos causa siempre su llegada...? Debe de ser porque cuando Chatín y «Ciclón» están con nosotros siempre ocurren cosas. ¿A qué hora llegarán?

—Probablemente en el tren que llega a las once y media a Dilcarmock, que dista unas cinco millas de aquí —dijo la señorita Pi—. Es un buen tren. Telefonaré a Dilcarmock para que un taxi vaya a esperarle a la estación y lo traiga aquí. Tía Pat está mejor, se está recuperando mucho mejor de lo que esperaba, de modo que vuestro tío estaba muy animado y satisfecho.

—Más satisfecho estará mañana cuando se haya librado de Chatín —dijo Roger—. La última vez que estuvo con ellos se le metió en la cabeza imitar a los cantantes negros acompañándose de un banjo, y se pasaba todo el día tocando el banjo con inusitado entusiasmo. ¡Los tíos estaban como locos!

La señorita Pi suspiró resignadamente, recordando las vacaciones que habían pasado en Rudadub, en las que Chatín tuvo la chifladura de tocar toda clase de instrumentos además del banjo.

—¡Sólo confío en que no se le ocurrirá traerse el banjo aquí! —dijo—. ¿Quiere alguno de vosotros más café?

Nadie lo quiso. Uno no pudo reprimir una sonrisa.

—Bien, a la cama todos —dijo—. Son casi las nueve y hemos tenido un día agitado. Bernabé y Roger..., la «roulotte» os espera. Buenas noches. Nos veremos a

la hora del desayuno. Me ha dicho la señora Jones que lo sirven a las ocho y media, de modo que si alguno de vosotros quiere tomarse un baño antes, tiene tiempo de sobra.

—Me estoy cayendo de sueño —dijo Roger levantándose. Se acercó a la señorita Pi y le dio un abrazo tan efusivo e inesperado que ésta le miró asombrada—. ¡Quiero darle las gracias por lo buena que ha sido usted al quedarse con nosotros, para que podamos continuar estas vacaciones que esperábamos con tanta ilusión! —dijo—. ¡Y deseo que ningún ruido las despierte durante la noche!

—Bueno, si oímos algo, nos asomaremos a la ventana para llamaros —dijo la señorita Pi, complacida con la cariñosa despedida de Roger.

—Aprovechad bien la noche —dijo Diana riendo—, será la última noche que podréis dormir en paz. ¡A partir de mañana tendréis con vosotros a Chatín y a ese perro loco de «Ciclón», y entonces seréis vosotros los que oiréis ruidos toda la noche!

Los dos muchachos se marcharon y la señorita Pi y Diana se encaminaron hacia la escalera, donde encontraron a la señora Jones que acababa de bajar.

—Una cena realmente exquisita, señora Jones —dijo la señorita Pi—. No cabe duda de que su esposo es un excelente cocinero.

—Oh, sí —repuso la efusiva señora Jones con orgullo—; Fue en la capital, en Londres, donde aprendió el oficio, señorita, y en un gran hotel de los más importantes. Éramos muy felices allí. Yo trabajaba de doncella y él de segundo «chef», los dos en el mismo hotel. A decir verdad, yo hubiera preferido quedarme allí para siempre, pero no..., el señor Jones quiso regresar aquí, al pueblo donde había nacido. Pero aquí no ha perdido sus aptitudes, señorita. ¡Lo mismo en Londres que aquí, él sigue cocinando bien, muy bien!

La señorita Pi prefirió no alargar el tema y después de afirmar con una sonrisa, le dio las buenas noches. Subió la escalera con Diana con el secreto temor de encontrarse con que todas sus ropas y efectos habrían sido trasladados a la habitación que el matrimonio Jones tenía tanto empeño en darles, pero no fue así. Al abrir la puerta vio que las maletas estaban todavía donde las habían dejado. También observó muy complacida por cierto, que la señora Jones había puesto una llave a la puerta.

—Así podremos cerrarla con llave cuando salgamos —le dijo a Diana—, y tendremos por lo menos la seguridad de que durante nuestra ausencia ese entrometido de David no se mete aquí con su antipático ganso y se embolsa todo lo que le cae en gracia.

Poco rato después estaban las dos acostadas y no tardaron en conciliar el sueño. ¿Hubo «Ruidos Misteriosos» durante la noche...? Es muy posible que los hubiera, aunque no fueran más que los gemidos del viento en la gran chimenea, ¡pero aunque hubiese estallado una tempestad, la señorita Pi y Diana no hubieran oído absolutamente nada...! Las camas eran mullidas y confortables, la habitación estaba

bien ventilada, y era tanto su cansancio que las dos durmieron profundamente hasta que la señora Jones las despertó a la mañana siguiente llamando a la puerta. Les traía dos grandes jarras de agua caliente para lavarse.

El desayuno fue tan apetitoso y abundante como lo había sido la cena del día anterior. Jamón, huevos escalfados, tostadas con mermelada hecha en casa, exquisita mantequilla y aromático café recién hecho. La señorita Pi contempló la mesa limpia y bien puesta y sonrió complacida.

—A Chatín le encantará estar aquí —dijo Roger, sirviéndose otro huevo escalfado—. ¿Ha pensado en telefonar Pidiendo un taxi, señorita PI?

—No, todavía no. Queda tiempo más que suficiente después del desayuno —dijo la señorita Pi—. ¿Os habéis bañado tú y Bernabé...? A juzgar por vuestro apetito, yo diría que sí.

—Bueno, aunque me duela decirlo..., ¡no lo hemos hecho! —dijo Roger sonriendo—. Hemos dormido como troncos..., y todavía estaríamos durmiendo si ese pequeño David no hubiese asomado la cabeza por la ventana de la «roulotte». Hizo un poco de ruido y despertó a «Miranda», y ésta se lanzó en persecución del ganso «Patoso» hasta que los chillidos de David y el cloqueo del ganso nos despertaron. ¿Por qué no da alguien una buena zurra a ese tunantuelo de David?

—¡Alguien se la dará muy pronto si no se anda con cuidado! —dijo Nabé, irritado.

Después de desayunarse, la señorita Pi fue al teléfono para pedir un taxi para Chatín.

—He pedido que el coche venga aquí a las once y media —dijo al regresar—, pues di por supuesto que los tres querríais ir a recibir a Chatín a la llegada del tren. Por lo visto es el único taxi que hay en el pueblo, y me imagino que debe ser una verdadera ruina.

—¡Estupendo! —exclamó Nabé ante la perspectiva de ir a esperar a Chatín a la estación—. Y de momento nos queda tiempo para tomarnos un baño en la playa. ¿Venís todos...? He oído decir que la cala de Merlín es la mejor playa de esos contornos.

La señora Jones, que acababa de entrar para quitar la mesa, les afirmó que en efecto la cala de Merlín era la playa más famosa de muchas leguas a la redonda. David y «Patoso» la seguían, y el ganso cogió rápidamente con el Pico un trozo de tostada que había quedado en uno de los platos. La señora Jones no dijo ni una palabra..., ¡pero «Miranda» no pensaba tolerar tales desmanes! Se acercó a «Patoso» arrebatándole la tostada antes de que pudiera engullirla, y luego le dio un fuerte tirón a las plumas de la cola haciéndole chillar como un condenado.

Dafydd dio un rudo empujón a la monita, y Bernabé se le acercó al instante para cogerle fuertemente las manos.

—¡No...! No hagas esto, ¿es que quieres que te muerda...? «Miranda» tiene unos dientes muy afilados —dijo—. Te los voy a enseñar. ¡«Miranda», ven aquí!

David observó los afilados dientes de «Miranda» y se marchó mascullando unas palabras en galés.

—Dice que no debe usted permitir que el mono le haga daño a su ganso —explicó plácidamente la señora Jones poniendo los cubiertos usados en una bandeja—. Dafydd, márchate ya, ¿quieres? Te he dicho más de cien veces que no debes entrar con «Patoso» cuando haya huéspedes en el comedor.

David salió de mala gana, con aspecto de estar muy resentido, y seguido del ganso que iba trotando a su lado.

—«Patoso» no era más grande que un polluelo cuando se lo dimos a Dafydd —explicó la señora Jones—. De muy chiquitín se le rompió una patita y Dafydd se la curó..., le puso un palito sujeto con una venda y al poco tiempo la patita quedó curada y pudo andar de nuevo como antes. Desde entonces le tomó tanto cariño a Dafydd que no lo deja a sol ni a sombra, y le sigue constantemente por todas partes, ¡y le aseguro, señorita, que no es poco el trajín y los problemas que tengo entre los dos...! ¡Puede creerme, señorita, se lo digo sinceramente, todo el día rondando por la casa sin que me sirva de nada reñirlos, castigarlos ni enfadarme...! Dafydd es un niño que sólo escucha lo que él quiere escuchar, y sólo hace lo que él quiere hacer, y aunque el mundo se hundiera, no haría más que su voluntad por más que le digan, y...

La señora Jones parecía dispuesta a lanzarse a uno de sus interminables monólogos, y para evitarlo la señorita Pi la interrumpió suavemente, pero al mismo tiempo con firmeza.

—Preferiríamos que David y el ganso no entren para nada en el comedor cuando estamos nosotros, y por supuesto, tampoco en nuestro dormitorio —dijo.

—Pero ¿cómo puedo impedirlo, señorita? —dijo la señora Jones en tono quejoso, mientras doblaba el mantel del desayuno—. Puede estar segura de que mis advertencias no sirven de nada, van donde quieren, hacen lo que quieren y...

—¡Pero no lo harán mientras nosotros estemos aquí! —dijo la señorita Pi en tono tajante—. Y en cuanto a no poder controlarlos, no creo que sea yo la más indicada para decírselo, señora Jones..., pero..., ¿no ha probado alguna vez a darles una buena sacudida a los dos?

—¡Una sacudida...! Querrá decir una paliza, ¿no...? Pues bien, una soberana paliza tampoco serviría de nada para pararle los pies a ese bribonzuelo —dijo la señora Jones—. ¡Y esto, suponiendo que pudiese acercarme a él lo suficiente para echarle las manos encima...! Porque es como una anguila, señorita Pi, ¡le aseguro que se me escurre como si lo fuese cada vez que estoy a punto de pillarlo...! Y en cuanto a «Patoso», ¡es tan malo o peor que él...! Créame, es una tribulación

constante ver cómo se meten por todas partes, y para colmo de males ese ganso pega unos chillidos que me sacan de quicio, y cloquea cuando quiere cloquear, y husmea donde quiere husmear, y...

¡Pero nadie la escuchaba ya! La habitación había quedado desierta porque los muchachos se habían dirigido hacia la «roulotte» en busca de sus cosas para bañarse en la playa, Diana salió unos minutos más tarde sin ser vista, y finalmente la señorita Pi optó por seguir su ejemplo saliendo del comedor tan rápida y silenciosamente como le fue posible.

Ocupada en guardar algunas cosas en el aparador, la señora Jones continuó hablando y hablando sin darse cuenta de que estaba sola, pero esto no la desconcertó en absoluto. Continuó hablando mientras colocaba los platos en la bandeja y no cesó de hacerlo ni cuando se internó por el oscuro pasillo que iba a la cocina.

Entretanto los chicos estaban buscando sus trajes de baño por todos los rincones de la «roulotte», y como no los encontraban y el tiempo apremiaba, armaron una auténtica tremolina.

—¡Señorita Pi...! ¡¡Señorita Pi!! —gritaron.

Ésta se asomó apresuradamente a la ventana para enterarse de lo que ocurría.

—¡Oh, señorita Pi...! ¿Quiere preguntarle a Diana si tenemos nuestros trajes de baño metidos ahí con el suyo, por favor? —gritó Nabé—. Los hemos buscado por todas partes. Es seguro, segurísimo, que ahora no están en la «roulotte».

Diana buscó apresuradamente en los cajones donde había guardado su ropa, y al final encontró los dos trajes de baño doblados con las toallas. Se asomó corriendo a la ventana y echó primero las toallas y luego los trajes de baño, pero uno de éstos se quedó prendido en la tupida hiedra que crecía junto a la pared.

—¡Borríca! —gritó Roger, exasperado—. ¡Ahora tendré que ir en busca de una escalera y perderemos lo menos media hora...! ¿Cuándo aprenderéis, las chicas, a tirar una cosa como es debido?

—Oh, queridos..., si no se dan prisa, no tendrán tiempo de bañarse. ¡El taxi llegará de un momento a otro! —dijo la señorita Pi consultando su relojito de pulsera. Se acercó a la ventana para hablar a los chicos—. Creo que sería preferible que no os bañaseis esta mañana, después de todo... —dijo—. Se os hará tarde y no llegaréis a tiempo a la estación para recibir a Chatín.

Y de pronto... ¡Oh, qué sorpresa...! ¡Una voz alegre, muy conocida de todos llegó a sus asombrados oídos...! ¡Seguro, segurísimo que se trataba de Chatín!

—«¡Hola, buenos días a todos...! ¡Aquí estoy!»

Y una figura subió corriendo por la escalera de la colina hacia la posada... La figura de un niño extraordinariamente sucio y desastrado con briznas de paja pegadas por todo el cuerpo y en el pelo, al que seguía, jadeando, un «spaniel» negro que iba pisándole los talones.

—¡Chatín...! ¡Estábamos a punto de ir a buscarte a la estación! —chilló Roger—. ¿Cómo te las has arreglado para llegar hasta aquí...? ¡Tu tren tenía que llegar a las doce y media...! ¡Y qué «horrible» aspecto tienes...! ¿Qué demonios has estado haciendo, y de dónde sales?





## Capítulo IX

### Un baño caliente para Chatín

Chatín se acercó a Roger y Nabé con todo su rostro pecoso ensanchado por una sonrisa feliz. ¡Sus amigos no salían de su asombro al ver su pelo rojo enmarañado, lleno de polvo y de briznas de paja!

La señorita Pi y Diana bajaron corriendo la escalera completamente aturdidas por la sorpresa. ¡Era tan propio de Chatín llegar así de improviso, sin avisar a nadie!

—¿Les ha sorprendido mi llegada? —preguntó el niño después de saludar efusivamente a todos—. ¡Me lo imaginaba!

—Pero, Chatín, ¿cómo has llegado tan pronto...? Y, ¿cómo es que llegas en ese estado indescriptible de... de suciedad? —preguntó la señorita Pi enteramente

desconcertada—. ¡Hola, «Ciclón»...! ¡Oh, Dios nos asista...!, ¡también tú pareces haber estado durmiendo en la paja!

—Todo tiene su explicación —dijo Chatín frotándose la sucia cara con un pañuelo más sucio todavía—. En primer lugar, tío me dio el billete para el tren y me acompañó a la estación, pero una vez allí me enteré de que era un tren que hacía muchas paradas y era más lento que una tortuga. Me dijeron también que unos minutos más tarde salía otro tren más rápido, de modo que decidí coger éste. Lo consulté con tío, pero el pobre estaba ya tan harto de mí, que no le importaba nada con tal de que me marchara de una vez. Bueno, me subí al tren y llegué a Dilcarmock hace por lo menos dos o tres horas, pero no sabía cómo arreglármelas para llegar hasta aquí. De pronto vi pasar un carro cargado de paja hasta los topes viniendo en esta dirección, y le pedí al carretero si podría traerme hasta Penrhyndendraith o como sea que se llame este pueblo. Me subí a la paja y aquí me tenéis. ¡Pero, cielos!, creí que no llegábamos nunca, ¡y cómo picaba esa endemoniada paja!

—Chatín, estás verdaderamente horrible —dijo Diana—. ¡De veras, nunca había visto un mendigo tan desarrapado y andrajoso!

—Bueno, yo creí que estaríais contentos de verme cuanto antes —dijo Chatín resentido—. Además, ya no podía quedarme con tío ni un día más. Habíamos llegado a una situación en que ya no se tomaba el trabajo de reñirme o enfadarse. Se limitaba a mirarme y a mirarme sin decir nada, hasta que yo me sentía casi tan pequeño como un gusano. Oh, querida «Miranda», ¿estas contenta de verme?

La monita le saltó al hombro y le rodeó el cuello con ambos brazos hablándole suavemente. ¡Sí, estaba contenta de ver a Chatín otra vez..., y a «Ciclón» también!

«Ciclón» corría alocadamente de un lado hacia otro husmeándolo todo y sin dejar trasto por remover. Ya había lamido las manos de todos los reunidos como para expresarles su contento, y ahora se entretenía en descubrir cosas nuevas. ¡Y entonces, de pronto vio avanzar hacia él un ser espantable y extraordinario, que batía ruidosamente las alas y silbaba como una docena de serpientes!

Era «Patoso», naturalmente. ¡Aquel ganso patoso que detestaba a los perros y gatos y a los monos...! «Patoso» consideraba que la posada entera le pertenecía a él y a nadie más, y que todos ellos eran unos intrusos. ¡Pobre del que se atreviera a olisquear por los rincones de sus dominios!

«Ciclón» echó una mirada aviesa a «Patoso» y retrocedió a escape. ¿Qué clase de criatura podía ser ésta...? ¿Un gran pájaro...? ¿Un animal...? ¿Una serpiente...? Su cabeza y cuello y aquellos siniestros silbidos parecían ser los de una serpiente, pero ¿y las alas...? Sin pensarlo dos veces, «Ciclón» lanzó un largo gemido de terror y corrió a refugiarse junto a Chatín.

—¡No seas pollino, «Ciclón»! —dijo Chatín—. ¡No es más que un ganso! —Pero de pronto él mismo tuvo que ponerse a salvo corriendo a más no poder, porque

«Patoso» avanzaba hacia él cloqueando, silbando y aleteando como si intentara agredirle.

Sin embargo, la pequeña «Miranda» no pensaba consentir que nadie asustara así a sus amigos, ¡y se lanzó al ataque con verdadera furia! Saltó sobre la espalda de «Patoso» y lo agarró por el cuello como había hecho ya otras veces, y empezó a chillarle al oído hasta desgañitarse.

Entonces le llegó el turno a «Patoso» de correr despavorido en busca de asilo o protección, y se metió de rondón en la posada corriendo como ningún ganso había corrido en su vida, cloqueando como si la casa estuviera ardiendo. ¡«Miranda» se mantenía aferrada a su cuello como una lapa y «Patoso» se veía y se deseaba para quitársela de encima!

Al ver todo esto, «Ciclón» recobró su coraje, y se lanzó en su persecución ladrando como un loco. Pero quiso la casualidad que al señor Jones se le ocurriera, en aquel momento, asomarse a la puerta del vestíbulo para averiguar la causa de tanto barullo, y después de tropezar con el ganso y «Miranda», ¡fue embestido por «Ciclón» que avanzaba como un bólido, y cayó instantáneamente al suelo cuan largo era!

La señorita Pi se cubrió el rostro con las manos y lanzó un gemido. ¿Por qué habían de ocurrir siempre estas cosas tan pronto como llegaba Chatín...? ¡No tenía más que llegar donde fuera, y el mundo entero parecía desquiciarse...! Y ahora, allí estaba el señor Jones, alto y delgado y... y apabullado, poniéndose lentamente en pie y frotándose el cuerpo con una expresión rencorosa y ofendida.

—¡Oh, señor Jones..., espero que no se habrá hecho daño! —dijo la señorita Pi corriendo a su encuentro—. El ganso asustó al perro, y entonces «Miranda» asustó al ganso, y el perro se lanzó tras ellos y... y...

—¡Y la vaca saltó sobre la luna! —dijo Chatín riendo a mandíbula batiente.

El señor Jones le echó una mirada y dijo, alzando la voz:

—¡Márchate de aquí inmediatamente, mendigo desastrado...! ¡Vuélvete de donde has venido, a tu inmunda pocilga...! ¡Y no te atrevas a acercarte a esta posada donde



sólo viven personas decentes!

Hubo un rato de silencio mientras todos miraban indecisos al señor Jones primero, y luego a Chatín. Éste contempló su traje arrugado y sucio, sus zapatos cubiertos de polvo, sus rodillas y manos llenas de mugre, y luego miró a la señorita Pi como pidiéndole que intercediera a su favor.

—Verá..., señor Jones, este niño es primo de Diana y Roger Lynton —dijo con acento firme la señorita Pi—. Es el niño que esperábamos, el niño del que le habló el señor Martin antes de marcharse. Ha tenido un largo viaje..., sí, un viaje largo y... y sucio. Necesita tomarse un baño caliente cuanto antes.

El señor Jones los miró a todos con sus ojillos penetrantes y su acostumbrada expresión de agudo resentimiento, y se internó por el oscuro vestíbulo sin añadir ni una palabra más. La señorita Pi decidió hacerse cargo de Chatín inmediatamente.

—Vas a tomarte un baño caliente ahora mismo —dijo categóricamente—. Y vas a frotarte de la cabeza a los pies. ¡Realmente, Chatín, no puedo llegar a comprender cómo puede, un ser humano, ensuciarse tan por completo como tú!

—¿Por dónde se ha escapado ese ganso tan escandaloso? —preguntó Chatín fingiendo no haberla oído—. Tendré que quedarme aquí por si vuelve a asomar la cabeza. Sin mí, «Ciclón» es capaz de armar una pelotera de miedo.

—No te preocupes de «Ciclón», se meterá en el primer rincón que encuentre tan pronto como vuelva a este ganso a plantarle cara —dijo con firmeza la señorita Pi sin soltarlo del brazo y obligándole a entrar en la posada—. De momento, y demos gracias a Dios por ello, «Patoso» ha desaparecido de la circulación, y «Miranda» está bastante más calmada. —Miró más detenidamente a Chatín y se estremeció—. ¡De veras, querido, hubiera sido preferible que cogieras el tren de las doce y media y nos hubieses ahorrado este bochorno...! No quisiera que nos echaran de aquí. Hasta ahora hemos gozado de una relativa tranquilidad, y la comida es...

—¡Es muy, muy buena! —terminó Bernabé riendo. Pasó un brazo por la espalda de Chatín y añadió—. ¡Vamos, alégrate, querido...! ¿Dónde está tu equipaje...? Anda, saca pronto tu traje de baño y vente a la playa con nosotros... Verás lo limpio que quedas con solo meterte en esas deliciosas aguas en la cala de Merlín.

—¡No! —dijo categóricamente la señorita Pi—. ¡Dejaría el agua del mar completamente negra...! ¿Es ése todo el equipaje que has traído, Chatín...? ¿Sólo esta maleta tan pequeña...? Pero, querido, ¿en qué estabas pensando...?

—Bueno, tenía tanta prisa por venir que cogí un revoltijo de cosas y las embuté en la maleta a toda prisa. Pensé que Roger podría dejarme las cosas que yo me haya olvidado —explicó Chatín amablemente, entrando en la posada—. ¡Cielos, qué cansado me siento ahora...! ¡Sigue, «Ciclón»...! ¿No encontraríamos alguna pizca de algo para comer, señorita Pi...? Me siento con el estómago tan vacío como si no hubiese comido en tres semanas... ¡Oh, qué estupendo, qué lugar tan magnífico es

éste...! De lejos pensé que no era más que una ruina, hasta que el hombre que me condujo en su carro de paja me explicó que ésta era, precisamente, la posada que yo andaba buscando, la única del pueblo. Y dígame, señorita Pi, ¿no podría dormir en la «roulotte» con Roger y Nabé? Preferiría esto a tener que dormir en una habitación de la posada, porque yo...

—¡Oh, Chatín! —dijo la señorita exasperada—. ¿No podrías parar de hablar un minuto...? Tengo que pedir agua caliente para bañarte. Espérame aquí mientras voy a la cocina. Y no te atrevas a moverte de aquí hasta que vuelva, porque si el señor Jones tropieza otra vez contigo o con «Ciclón», sería capaz de arrojarte de casa y tirarte al mar..., ¡y lo que es más, no le censuraría por ello!

—Bueno, he de reconocer que nunca la había visto tan irritada y agresiva como esta mañana, querida señorita Pi —dijo Chatín bastante alicaído—, y tenía tantas ganas de verla otra vez que yo..., yo nunca...

Pero la señorita Pi ya se había marchado, adentrándose rápidamente por el oscuro pasillo y metiéndose de rondón en la no menos oscura cocina, la cual resultó ser una pieza enorme y destartada. La señora Jones se encontraba allí lavando cuidadosamente la colada en un lavadero de grandes dimensiones.

—Oh, señora Jones..., ¿podría usted proporcionarme dos cubos muy grandes de agua caliente? —preguntó la señorita Pi—. El primo de los niños acaba de llegar, y... realmente, está todo lo sucio que es capaz de estar un niño que... Bueno, está muy sucio.

—Se la subiré en seguida, señorita, ciertamente, que sí. No tardaré ni dos minutos —dijo la complaciente señora Jones cogiendo de un rincón un par de recipientes enormes—. Se los dejaré en el cuarto de baño. Antes de dos minutos los tendrá allí.

La señorita Pi suspiró aliviada al ver que la señora Jones no se lanzaba a uno de sus interminables monólogos de costumbre, y salió en busca de Chatín dispuesta a no dejarle escapar.

—¡Oh, pequeño cochino, cuánta suciedad llevas encima...! ¡Oh...! —gimió la señorita Pi al verlo esperándola pacientemente en el mismo lugar donde le había dejado, y con «Ciclón» esperando resignadamente a su lado—. ¡Tienes todo el aspecto de un deshollinador después de haber limpiado una chimenea...! No he conocido nunca a nadie que pudiera...

—Ensuciarse tanto, haga lo que haga, y vaya donde vaya —acabó Chatín con su contagiosa sonrisa—. ¡Ya he perdido la cuenta de las veces que nos ha dicho esto a cada uno de nosotros, señorita Pi! ¿Dónde está el agua caliente?

Poco rato más tarde Chatín estaba tan limpio que su piel brillaba. Se había restregado todo el cuerpo con un cepillo y jabón, y al salir del baño hubo de someterse a la severa inspección de la señorita Pi, que le revisó las orejas, las manos y los pies, codos y rodillas. «Ciclón» observaba esta operación sentado junto al

taburete, mudo de asombro y bastante alarmado, pensando que después de Chatín le tocaría el turno a él.

—Si ya estás seco, frótate un poco con agua de colonia, mientras voy a ver si te encuentro algo de comer —dijo la señorita Pi—. ¡Oh, cielos! ¡Mira cómo ha quedado el agua...! ¡Qué calamidad...! ¡Tendrás que fregar de firme para dejar la bañera como estaba!

Chatín suspiró al quedarse solo. Era duro, pensó, que todo cuanto hiciera tuviese que acarrearle problemas y causar un sinfín de trastornos a todos los demás. Se frotó enérgicamente mientras hablaba con «Ciclón», que le escuchaba con las orejas enhiestas y sus ojos comprensivos.



—¡Me llamó deshollinador...! ¡Y mendigo...! Bueno, ¿qué piensas de esto, «Ciclón»...? A mí me parecería horroroso si a continuación no nos hubiese prometido que íbamos a comer algo... ¡Mendigo...! Bueno, y ahora, ¿qué es lo que tengo que ponerme...? Oh, supongo que será este montón de ropa limpia. ¡Veamos..., mi propia ropa interior, los «shorts» de Roger..., y esto que parece una camisa de Bernabé y que seguro me llegará hasta las rodillas...! «Ciclón», no sabes lo afortunado que eres por haber nacido perro y poder llevar toda tu vida los mismos pelos que tenías cuando naciste. Prueba ponerte esta camisa y verás la facha que tienes.

«Ciclón» retrocedió hasta la puerta y comenzó a rasparla y a gruñir temiendo que a Chatín se le ocurriese la idea de meterlo en la bañera.

—No arañes la puerta que todavía no he terminado de vestirme, «Ciclón» —dijo Chatín. Luego echó un vistazo a la bañera, en la que el agua sucia había dejado una línea negra todo alrededor—. ¡Acércate, «Ciclón», y fíjate bien en esto...! ¡La señorita Pi ha dicho que tengo que limpiar esta bañera y dejarla tan limpia como estaba...! ¡Tardaré horas en hacerlo!

«Ciclón» apoyó las patas delanteras al borde de la bañera y agitó la cola. No le importaba mirar lo que fuese con tal de que no le metieran dentro. Por mucho que lo pensara, nunca llegaba a comprender por qué se baña tanto la gente. Chatín empezó a oler y se inclinó hacia «Ciclón» aspirando más fuerte.

—¿Sabes lo que te digo, grandísimo perdulario...? ¡Que hueles a estercolero! —

dijo—. Y tampoco te iría mal un baño. Casi estoy tentado de meterte allí y darte un buen fregado. Ya verás como solamente es cuestión de un segundo, y...

Pero afortunadamente para el asustado «Ciclón», se oyó la voz de la señorita Pi llamando del otro lado de la puerta en aquel preciso instante.

—¡Chatín...! ¿Puedo saber qué es lo que estás haciendo ahora...? ¿Es que no te has vestido todavía...? Supongo que habrás limpiado la bañera, ¿no...? Anda, date prisa, abajo tienes unas empanadillas de carne, pan y queso.

Chatín se apresuró cuanto pudo. Vacío la bañera y la limpió rápidamente con la esponja que al efecto le había dado la señorita Pi, acabó de vestirse, y le guiñó un ojo a «Ciclón», mientras abría la puerta.

—«Ciclón» —dijo—, creo que nos encontraremos bien. ¡Y sospecho que nos esperan aventuras emocionantes!

Bien, Chatín no se equivocaba en esto. ¡Pero tal vez las aventuras iban a ser «demasiado» emocionantes!



## Capítulo X

### Chatín empieza a complicar las cosas

Chatín disfrutó enormemente de su primer día en Penrhyndendraith, y también todos los demás. Bajaron a la playa para bañarse aquella mañana, y lograron localizar la cala de Merlín. ¡Era, realmente, un lugar delicioso!

Tenía una arena casi blanca, y era tan fina y suave que daba gusto pasearse por ella. Cuando la marea estaba alta, el agua penetraba hacia el interior de las numerosas cuevas que rodeaban la caleta. Entre estas cuevas las había de escasa profundidad, pero otras tenían pasadizos y vericuetos que se adentraban profundamente en el alto acantilado, y a la entrada de dos de ellas había unos letreros que decían «Peligro».

—¡Oh, esto promete...! Entremos a ver qué es lo que tienen estas cuevas de

peligroso —dijo Chatín, asomándose a una de ellas. Pero Nabé le hizo retroceder cogiéndolo fuertemente del brazo.

—¡Cualquier imprudencia, Chatín, o cualquier acto de indisciplina, y te facturaremos directamente a casa de tu tío! —dijo severamente Nabé—. ¿Es que quieres que te caigan algunas piedras encima..., o quieres perderte para siempre en ese laberinto de pasadizos que nadie sabe hasta dónde llegan...? ¿Es que no piensas tener algún día un poco de sentido común, Chatín?

«Ciclón» se metió en la oscura caverna, y después de un rato de corretear de un lado a otro asomó la cabeza como si quisiera decirle a Chatín: «¡Anda, sígueme!», pero Chatín le llamó a gritos:

—¡Vuelve aquí al instante, pollino...! ¿Es que no piensas tener algún día un poco de sentido común?

Exploraron algunas de las otras cavernas, pero eran tan poco profundas que pronto dejaron de interesarse por ellas en vista de lo cual decidieron que lo mejor era bañarse y tomar el sol en la playa. «Miranda» odiaba el agua y no quería acercarse a ella, pero al fin se dejó persuadir por Nabé y consintió en bañarse también, chapoteando sin mucho entusiasmo en el rompiente de las olas aunque sin soltarse de la mano de Nabé.

«Ciclón» se tiró impetuosamente al agua salpicándolos a todos, y una vez hubo perdido pie y empezó a nadar vigorosamente, volvió la cabeza chorreando en dirección al grupo de bañistas como diciendo: «¡Bah! ¡Los monos son todos unos infelices...! ¡No saben más que chapotear en la playa!»

—Parece que se nos preparan unas vacaciones estupendas aquí —dijo Roger, perezosamente tendido en las arenas y apoyado sobre ambos codos—. ¡Mirad esa flotilla de barcos pesqueros que regresa a la playa...! ¿No os parecen estupendos...?

Y lo eran, en realidad. Llevaban todos grandes velas de un color castaño tostado hinchadas por el viento del este, y deslizaban majestuosamente sobre las olas en dirección a un pequeño muelle que se veía al otro extremo del pueblo. Los niños se incorporaron rápidamente para ver las maniobras de la pequeña flotilla al llegar a puerto. «Miranda» esperó a que «Ciclón» saliera del agua estornudando y sacudiéndose vigorosamente, y cuando pasó por su lado le saltó encima dándole palmadas para pedirle que le llevara a cuestras.

Era un viejo truco de «Miranda», un truco que «Ciclón» detestaba y procuraba evitar a toda costa. Echó a correr a una velocidad endiablada confiando en que la pequeña monita se caería al suelo y le dejaría en paz, pero «Miranda» le enroscó la cola en torno al cuerpo y se aferró a su cuello como si le fuera en ello la vida.

—¡«Ciclón», revuélcate por la arena, idiota! —le gritó Chatín—. ¿Es que ya has olvidado cómo tienes que hacer para sacudírtela de encima?

«Ciclón» empezó a dar tumbos en la arena, y «Miranda» tuvo que soltarse y

correr velozmente hacia Nabé antes de que el irritado «Ciclón» la pillara. Los niños se reían a más y mejor, y echaron a andar hacia el muelle. Llegaron a tiempo de ver cómo descargaban el pescado de las grandes barcas, y observaron, fascinados, la inmensa variedad de peces que se amontonaban sobre el muelle. Entre ellos había algunos grandes cangrejos y «Miranda» no pudo resistir la tentación de acercarse para ver su graciosa manera de andar.

Quiso tocar uno y estuvo a punto de dejar los dedos entre las potentes garras del irritado cangrejo. Después de esto, ella y «Ciclón» decidieron mantenerse a prudente distancia de estos solapados enemigos.

Cuando llegó la hora de comer, se sentían todos hambrientos, y después de atravesar el pequeño pueblo, subieron la vertiente de la colina hacia la posada. Al pasar frente a la tienda de la señora Jones, Chatín quiso entrar inmediatamente a comprarse un helado cuando se enteró de que el día anterior habían estado todos allí comiendo helados a destajo.

—¡No! Te quitaría las ganas de comer —dijo Nabé—. Anda, vámonos, tengo un hambre que me tumba.

La señorita Pi tuvo una mañana apacible excepto por los veinte minutos que se vio precisada a dedicar a la señora Jones. Cuando se aproximaba la hora de comer, decidió esperar a los niños paseando un rato al sol por el tranquilo jardín de la posada. Pero desgraciadamente fue vista por la señora Jones desde una de las ventanas, y se apresuró a bajar para obsequiarla con una de sus interminables charlas. Pasados veinte minutos, la señorita Pi la despidió con una sonrisa cansada, y decidió que en lo sucesivo preferiría bajar a la playa con los niños antes que correr el riesgo de ser vista otra vez en el jardín por la señora Jones.

También los niños habían pasado una mañana deliciosa en la playa, y estaban realmente encantados cuando se sentaron a la mesa para comer. Pero su alboroto se vio oscurecido por una ligera nube cuando cayeron en la cuenta de lo ocurrido a las ropas de Chatín... O mejor dicho, a la camisa que le había prestado Nabé y a los «shorts» de Roger.

Nabé descubrió de pronto que su estupenda camisa casi nueva tenía un roto en la espalda, y se puso furioso.

—¿Puedo saber qué demonios has hecho para dejar mi camisa en este estado? —preguntó rojo de cólera—. Es la mejor camisa que tengo y apenas si la había llevado un par de veces. No me importaba que la llevaras tú, hasta que te enviaran el resto de tus ropas, pero francamente creí que la tratarías con cuidado. Y..., ¡cielos...!, ¿qué has hecho con los «shorts» de Roger? ¿Es que te has sentado sobre una tinaja de aceite o algo por el estilo? ¡Estás hecho un pingajo y una porquería!

Chatín alargó el cuello hacia la espalda tratando de ver la mancha de sus pantalones.

—¡Ya decía yo! Hace rato que huelo a algo raro..., era un olor que parecía perseguirme a dondequiera que fuese..., ¡y por lo visto era esto! Bueno, que me aspen si sé... ¡Oye, Nabé, yo no recuerdo haberme sentado en una tinaja de aceite! ¡Bueno, todo lo que puedo decir es que lo siento, Roger, lo siento de veras! ¡Y también siento lo de tu camisa, Nabé!

—Lo peor del caso es que no sé cómo te las apañarás para conseguir más ropa limpia mañana —dijo Roger—. Pídele a Diana una falda prestada en todo caso, o haz lo que quieras, pero no cuentes conmigo, no pienso dejarte ni una pieza más.

La señorita Pi se sintió también muy deprimida cuando Chatín se le presentó para consultarle acerca de lo que podría hacerse con la mancha de aceite.

—¡Y pensar que te has restregado hasta no poder más en un baño caliente esta misma mañana! ¡Y, y... que ya vuelves a estar hecho un auténtico pordiosero! —gimió deprimida—. Bueno, no tendrás más remedio que quedarte en la cama mañana hasta que haya lavado y planchado tu propia ropa, la que traías al llegar.

—¡Oh, no! —gritó Chatín horrorizado—. ¿Cómo voy a pasarme todo un día en la cama? ¡Imposible! ¡No podría!

Pero la señorita Pi se mantuvo firme en su decisión, y al día siguiente Chatín tuvo que desayunarse sentado en su camita de la «roulotte», sin otra compañía que la de «Ciclón», que por más que observaba a su amo no podía llegar a comprender a qué se debían tantas innovaciones ni por qué estaba Chatín tan desazonado.

—Desde luego, no me atrevo a ponerme ni una sola prenda de Nabé o de Roger. ¡Pondrán el grito en el cielo! —gruñó Chatín encarándose con un «Ciclón» más comprensivo que de ordinario—. Y como sólo llevo encima la camisa y el pijama, no tengo ni la menor posibilidad de salir de aquí hasta que la señorita Pi me traiga el traje limpio.

Se tendió en la cama entregado a los más amargos pensamientos cuando de pronto una idea salvadora le cruzó por la mente. «¡La tienda de los helados!»

—Estoy seguro —dijo en voz alta a «Ciclón»—, que en esa tienda donde se vende de todo, debe de haber también ropa usada. Casi juraría que he visto algunas prendas colgadas junto a la puerta. «Ciclón», viejo amigo, ¿qué te parece si nos llegáramos hasta allí para comprar alguna pieza de ropa decente antes de que lleguen los otros...? No pienso quedarme aquí todo el día hecho un poltrón... Me enrollaré los pantalones del pijama hasta las rodillas para que parezcan unos «shorts», y me dejaré la camiseta puesta.

Al poco rato, una figura de aspecto bastante peculiar se deslizaba cautelosamente fuera de la «roulotte» y bajaba corriendo la colina en dirección al pueblo. Chatín se reía solo al verse con esta facha, y se preguntó qué cara pondría la vieja tendera cuando le viese en su tienda.

La anciana señora Jones estaba en la tienda haciendo calceta, con su cabello

blanco como la nieve cuidadosamente peinado en bandas y cubierto con una pulcra redecilla de tul negro. No demostró la menor sorpresa al ver entrar a un muchacho en camiseta y con los pantalones del pijama doblados sobre la rodilla.

—Tú debes ser uno de los niños que viven en la posada, ¿no es cierto? —preguntó parpadeando ligeramente y en su típico acento galés—. ¿Es un helado lo que deseas?

—Pues..., sí, entre otras cosas —dijo Chatín con aquella amplia sonrisa que hacía que todas las señoras ancianas sintieran por él una súbita simpatía—. Verá..., he tenido un percance con mis ropas y quisiera comprarle algunas. ¿Tendrá usted algo que me vaya a la medida? Algo de segunda mano, quiero decir.

—¡Oh, sí, ciertamente! Aquí tengo ese par de pantalones largos que están en muy buen estado —dijo la señora Jones señalando los que pendían de un gancho, de aspecto muy deteriorado—. Están muy limpios aunque parezcan sucios, porque los he lavado yo misma. Y aquí hay un jersey listado en rojo y amarillo, tan vistoso y alegre que no se puede pedir más, y todavía está en bastante buen estado.

—Un par de pantalones largos me irían de primera —dijo Chatín complacido, y se los puso encima del pijama—. Oye, «Ciclón», ¿qué aspecto tengo?

«Ciclón» ladró y agitó la cola.

—Dice que parezco un muchachote de dieciséis años en lugar de los doce que tengo —explicó sonriendo a la mujer—. Bien, veamos ahora el jersey... Palabra, es el más «estridente» que habré tenido en mi vida. ¿Está limpio? Porque si no lo está, la señorita Pi me lo arrancará de un tirón en cuanto le eche la vista encima.

—Está limpio, respondo de ello —afirmó la señora Jones—. Y ahora deberías comprarte una gorra también, una buena gorra para completar el conjunto. ¿Qué te parece ésta, con su brillante visera acharolada?

Chatín se la probó y se encontró a gusto.

—Muchas gracias —dijo—. ¿Cuánto le debo?

—Serán dos chelines por la gorra, cuatro por los pantalones y tres por el jersey... Nueve chelines en total... y el helado será de propina —dijo la señora Jones riéndose



al ver el pintoresco aspecto del niño.

—¿De veras me regala el helado? Oh, esto es muy amable por su parte —dijo Chatín pagando sus compras. Tomó el helado que le ofrecía la anciana y sonrió agradecido.

—El dueño de la posada donde vives es mi hijo —explicó la señora Jones—. ¡Es un excelente cocinero! Fue a Londres para aprender el oficio. ¡Ah, y pensar que un pobre chico como mi Llewellyn, sin más que un par de zapatos pudiera llegarse hasta Londres y aprender a cocinar...! ¡Y ahora la posada es suya! Siempre me había dicho lo mismo: «No descansaré hasta que aquella posada sea mía». ¡Cómo se reían de él...! «No tengo más que cinco libras esterlinas guardadas en una media vieja —le decía—, y he tardado diez años en ahorrarlas. ¿Cómo quieres comprar esta posada si no tienes ni un céntimo?»

—¿Ni un céntimo? ¡Cielos! ¿Cómo pudo comprarla, entonces? —preguntó Chatín saboreando el rico helado.

—Conoció a unos amigos en Londres —dijo con orgullo la anciana—. Unos amigos muy importantes, y ellos le dejaron el dinero para comprar esta posada que tanto ambicionaba desde niño. ¡Qué feliz es ahora mi Llewellyn!

Chatín recordó al hombre malcarado y de aspecto rencoroso que había visto el día anterior.

—No..., no me pareció que fuese muy feliz —dijo—. Bien, tengo que marcharme. La señorita Pi es capaz de enviar una patrulla de reconocimiento si no me encuentra en la «roulotte». ¡Adiós y muchas gracias!

Y se alejó corriendo con su extraña vestimenta. ¿Qué dirían los demás al verle?



## Capítulo XI

### Un suceso muy importante

A Chatín le acometieron ciertas dudas mientras subía la colina en dirección a la posada.

—Si me hacen burla, tomaré el portante y regresaré a casa de tía Pat —le explicó a «Ciclón», que agitó expresivamente la cola.

La primera persona que encontraron fue al pequeño David con su inseparable ganso. David soltó un chillido al verle y echó a correr seguido de «Patoso», aunque era bastante difícil adivinar si la causa de su terror era el aspecto de Chatín o la

proximidad de «Ciclón». Chatín se quedó mirándolos con el ceño fruncido. Si ésta era la reacción que la gente experimentaba al verle, las cosas podrían complicarse bastante.

En aquel preciso instante salieron de la posada Nabé, Diana y Roger. Habían estado buscando a Chatín por todas partes al ver que no estaba en la «roulotte», pero aunque le miraron con atención y llenos de curiosidad, de momento ninguno de ellos le reconoció. Lo único que les extrañaba enormemente era que «Ciclón», que nunca se separaba de su querido amo, anduviera en compañía de aquel andrajoso sujeto.

Chatín se había hundido la gorra casi hasta la nariz para que la visera le cubriese el rostro, y se rió complacido al ver que sus amigos no daban muestras de conocerle.

Avanzó hacia ellos a grandes zancadas, con las manos en los bolsillos, y habló con un marcado acento galés soltando palabras totalmente incomprensibles.

—¿Colly-ina-dooly-hector-sonkin-poppyll? —dijo con la gorra ocultándole todavía el rostro.

—¿Qué canastos estará diciendo este tipo? —dijo Roger asombrado—. Y, ¿por qué anda «Ciclón» pegado a él?

De pronto Diana lanzó un chillido y de un manotazo le quitó la gorra a Chatín.

—¡Es Chatín...! ¡«Chatín»...! ¿Dónde has estado? ¿Y de dónde has sacado esas ropas horribles?

—No son horribles. En realidad son estupendas y... y están limpias —dijo Chatín contoneándose para que todos pudieran admirarle a sus anchas—. Las compré en la tienda de los helados..., son..., son de segunda mano.

—No necesitas decirlo —dijo Roger—. Pero, Chatín, ¿cómo se te ha ocurrido comprar ropas usadas...? ¿Ropas que no sabes de dónde han salido, y que puede haber llevado un piojoso antes que tú?

—Y, ¿qué importa esto ahora? ¡Os digo que están limpias! ¡Las ha limpiado la propia señora Jones! —rugió Chatín exasperado—. ¡Oh, cielos! ¡«Cielos»! ¡Ahí viene la señorita Pi!

Lo que los otros le habían dicho no era nada comparable con lo que le dijo la señorita Pi. Insistió en que se metiera inmediatamente en la «roulotte» y se quitara de encima aquellos «horribles» andrajos. «Especialmente» la gorra. Y que no se moviera de allí hasta que le trajera la ropa limpia... por la tarde.

—No, no quiero hacerlo —dijo obstinadamente Chatín—. ¿Por qué he de pasarme toda esta espléndida mañana encerrado en la «roulotte» teniendo ropa que ponerme? No, señorita Pi, no insista, llevaré esta ropa hasta que pueda ponerme la otra, y si vosotros creéis que no soy digno de ir a vuestro lado, me da igual, puedo pasarme muy bien sin vuestra compañía. «Ciclón» y yo procuraremos mantenernos alejados para no comprometeros. Vámonos, «Ciclón», nos están mirando como si fuésemos dos andrajosos que apestan a una legua de distancia.

Dicho esto, Chatín bajó rápidamente la colina llevando la gorra ladeada como un pilluelo y los puños cerrados. Diana le gritó enojada:

—¡Y es verdad que apestas! ¡Estos andrajos que llevas encima, huelen tan mal que no hay quien lo aguante!

Chatín no le hizo caso y pronto desapareció en una revuelta del sendero. La señorita Pi se reía de buena gana.

—¡Oh, queridos! —dijo—. ¡Qué aspecto tiene! Está convertido en un auténtico pilluelo..., y a pesar de todo, yo diría que se siente orgulloso de esas horribles ropas. Sólo confío en que no se empeñe a continuar llevándolas cuando tenga su traje limpio y arreglado. Bien, ¿qué planes tenéis para hoy?

—Bajar a la playa a bañarnos, dar un paseo..., y tal vez ir de pesca si podemos alquilar un bote —dijo Nabé—. Es una lástima que Chatín se haya disgustado con nosotros. ¿Por qué no se le habrá ocurrido ponerse el traje de baño? Con este sol hubiera podido quedarse en la playa todo el día... Pero haré una cosa, me llevaré su bañador, y si lo encontramos le diré que se lo ponga y que se quede con nosotros.

A todos les pareció bien esta solución, de modo que cuando salieron para la playa, se llevaron el traje de baño y las demás cosas de Chatín. Sin embargo, por mucho que le buscaron no pudieron dar con él. ¡Ni tampoco con el turbulento «Ciclón»!

Chatín estaba furioso y dolido. ¿Por qué le habían llamado andrajoso...? ¿Por qué le había dicho Diana que «apestaba»? Al pasar frente a la tienda de helados de la señora Jones, se vio reflejado en el cristal del escaparate y se detuvo un momento. ¡Hum...!, tal vez presentaba un aspecto algo fuera de lo corriente. Era una lástima que sus pantalones le quedaran un poco grandes y desmadejados... Y el jersey, no podía negarlo tampoco, resultaba de un color bastante estridente. ¡Pero la gorra era magnífica!

—Sí, en conjunto tenemos un aspecto bastante miserable, «Ciclón» —dijo pesaroso—. Bueno..., ¿qué podríamos hacer? ¡Oh, ya sé! Buscaremos un rincón tranquilo, a pleno sol, y nos dedicaremos a leer la carta que Bruce me ha enviado, escrita en nuestra clave secreta. Me costará un poco descifrarla, pero creo que pronto podré contarte lo que me dice.

«Ciclón» agitó la cola dando su conformidad. Sabía quién era Bruce, un discípulo y amigo de Chatín, tan pícaro y atolondrado como él, y un verdadero azote para sus profesores. Chatín y Bruce habían inventado un código secreto, compuesto de números y letras, para comunicarse lo primero que les pasaba por la cabeza. Chatín necesitaba por lo menos dos horas para escribirle a Bruce una carta en su código secreto, y tardaba mucho más en descifrar las que le enviaba Bruce. Pero aún así disfrutaban lo indecible, porque les hacía sentirse muy importantes.

—Nos iremos a un lugar donde no nos vea aquella pandilla de quisquillosos —dijo Chatín a «Ciclón»—. Mira..., ¿qué te parece aquella caleta rodeada de

peñascos...? Podremos ocultarnos entre las rocas, solearnos en paz, y enterarnos de lo que nos dice el bueno de Bruce.

De modo que fueron sorteando senderos y vericuetos hasta llegar a la caleta que Chatín había visto de lejos, rodeada de grandes rocas desprendidas del acantilado, deliciosamente soleada y tranquila, y con las olas rompiendo sobre la playa a pocos metros de distancia. Una vez que se hubo acomodado a su gusto, Chatín sacó la carta de Bruce. Era un trozo de papel cuadriculado, arrancado de uno de sus cuadernos de estudio.

Chatín le echó un vistazo y gimió desalentado.

—Es un mensaje largo —le dijo a «Ciclón» mientras observaba la gran cantidad de letras y números que llenaban el papel—. ¡Necesitaremos siglos para descifrar esto! Pero aun así, no deja de ser un buen ejercicio, «Ciclón». Uno nunca sabe cuándo tendrá necesidad de descifrar documentos cifrados, ¿comprendes? Veamos... 12-6-J-567-P. Cielos, ¿qué es lo que representa la P...? No puedo acordarme. Tenía que haberme traído la libreta donde tengo apuntados todos los signos y su equivalente, y... Hola, ¿quién anda por ahí?

Un hombre avanzaba hacia él sorteando las rocas donde se había refugiado Chatín. Era de estatura más bien baja, y llevaba barba negra y gafas de sol. El niño le miró distraídamente creyendo que pasaría de largo sin detenerse. Pero no fue así.

Continuó acercándose a donde estaba Chatín y cuando estuvo a menos de un metro de distancia se quedó plantado a su lado.

—¡Dame esto al instante! —dijo en tono airado.

Chatín se quedó tan sorprendido que lo único que se le ocurrió fue guardarse su preciosa carta cifrada en el bolsillo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quiere?

—¡Quiero esta carta! —dijo el hombre, furioso—. ¿Cómo te has atrevido a abrirla y leerla?

—Bueno, ¿y por qué no puedo hacerlo...? La carta es mía. Me la han enviado a mí, no a usted —dijo Chatín, empezando a sospechar que aquel hombre estaba loco—. Siga su camino y déjeme tranquilo.

—Oye, granuja, ¿a qué viene este descaró? Sabes perfectamente que tenías que esperarme aquí y entregarme esta carta —dijo el hombre temblando de ira—. ¡Y te encuentro con la carta abierta y tratando de descifrarla...! ¿Cómo te atreves a hacer esto, condenado? Hablaré con tu tío y aseguro que recibirás una buena tanda de palos.

—Pero ¿de qué demonios me está hablando? —dijo Chatín sin comprender ni una palabra de lo que le decía el tipo barbudo—. Esta carta es mía, no es la que usted busca, y aunque la tierra se hunda, no pienso dársela en absoluto. Está escrita en un código secreto que sólo sabemos mi amigo y yo.

—¿Tu amigo...? ¿Tu amigo conoce el código...? ¿Y tú también? —dijo el

hombre enfurecido—. ¡Eres un granuja! —dijo después de una pausa—. Y estás mintiendo. ¡Lo que buscas es dinero para entregarme esta carta que «es mía»!

—¡Oh, no sea estúpido! —dijo Chatín levantándose—. Sí lo que quiere es gastarme una broma, le diré que no me hace la menor gracia. ¡Me marchó!

Pero se quedó enormemente sorprendido ante la reacción del irascible personaje. Le dio un empujón tirándolo rudamente sobre las rocas, le metió la mano en el bolsillo y se apoderó de la carta antes de que Chatín se hubiese repuesto de la sorpresa. Luego le dio una fuerte bofetada y se dispuso a marcharse. Pero esto era más de lo que «Ciclón» podía tolerar, y comenzó a gruñir amenazadoramente.



¡Vaya! ¡Con que este hombrecillo se había atrevido a tirar a su amo al suelo y a darle de bofetadas! ¡No, las cosas no podían quedar así! Lanzó un fiero ladrido y atacó al sorprendido sujeto que a duras penas pudo quitárselo de encima. Cogió luego un pedrusco de tamaño regular y lo tiró a «Ciclón» que pudo esquivarlo justo a tiempo para que no le diera en la cabeza.

—¡«Ciclón», ven aquí! —gritó Chatín—. Ven pronto, es capaz de matarte. ¿No ves que está completamente loco? Anda, déjalo que se vaya.

Sin dejar de gruñir, «Ciclón» acudió resignadamente a sentarse a su lado, y esperó que el hombre se alejara en dirección a la carretera. El pequeño «spaniel» estaba profundamente consternado por no haber podido perseguirlo, y no cesó de gruñir hasta que se perdió de vista. Se volvió luego hacia Chatín, gimoteando y poniéndole las patas encima como si quisiera decirle: «¿Te han hecho daño, Chatín? ¿Te encuentras mejor?»

—No, no me han hecho daño, sólo estoy rabioso —dijo Chatín— y además de rabioso estoy asombrado..., muy asombrado. ¿Por qué ha venido a buscarme ese individuo? ¿Es que me ha confundido con otra persona? ¿Y qué demonios es lo que andaba buscando..., una carta cifrada? Bueno, el caso es que se ha quedado con la

mía, con la que me había enviado Bruce. Debió ver que estaba escrita en clave y... Mira, «Ciclón», aquí pasa algo raro, algo que no me explico. Vámonos en busca de los demás y veremos qué opinan ellos del asunto.

Abandonaron su soleado escondite y fueron andando a lo largo de la playa. No tardaron en ver a sus amigos que, después de bañarse, se habían tendido sobre la arena para secarse al sol. Chatín se acercó al grupo y se sentó a su lado.

—Tengo algo que deciros —dijo en voz baja y misteriosa—. Escuchad bien.

Todos se incorporaron a la vez, sonriéndose del extraordinario aspecto de su amigo, pero dispuestos a escucharle. Les contó con todo detalle lo que acababa de ocurrirle.

Diana y los dos muchachos no pudieron ocultar su asombro, y Nabé lanzó un silbido.

—Oye, Chatín, ¿no te habrás inventado esto por casualidad? —preguntó, porque no era la primera vez que Chatín les contaba historias truculentas que luego resultaban ser pura invención suya.

—¡No! Claro que no —protestó Chatín, indignado—. Es cierto lo que digo, todo es absolutamente cierto. Y aquí podéis ver el rasguño que me hice en el codo cuando me tiró contra las rocas.

Les mostró un rasguño regular, y Nabé lo estudió.

—O este hombre estaba loco de remate... o aquí ocurre algo raro —dijo—. Pero lo que más me extraña es que te confundiera con otro. Esto sólo tendría una explicación, y es que tu aspecto debe ser exactamente igual al de la persona que él andaba buscando..., en una palabra, una especie de mendigo bastante andrajoso, si es que no has de tomar a mal que te lo diga, Chatín. Sí, pensándolo bien, un mendigo o... un vagabundo sería la persona más apropiada para servir de intermediario, o... de enlace en un asunto sospechoso; y yo diría que éste lo es.

—Voy a quitarme inmediatamente estos harapos de encima —dijo Chatín con presteza, para evitar que le acarrearán nuevos disgustos—. Lo haré ahora mismo. ¿Habéis traído por casualidad mi traje de baño y la toalla...? Voy a cambiarme detrás de aquella roca... ¡Un «enlace»! ¡Bah, lo único que me interesaría en este momento es encontrarme cara o cara con el «auténtico» vagabundo, y entonces veríamos lo que pasa!

Se fue al otro lado de la peña y se quitó a tirones, y lo más rápidamente posible, sus ropas de vagabundo. Se vistió el bañador y se echó la toalla al hombro. Regresó luego con sus amigos, y de pronto vieron los cuatro que alguien avanzaba por la playa pasando junto a ellos sin detenerse. Alguien que vestía unas ropas casi iguales a las que acababa de quitarse Chatín..., unos pantalones largos, desastrados y sucios, un jersey de lana de colores chillones, una gorra de visera... Y le seguía un perro negro y juguetón que de lejos hubiera podido confundirse fácilmente con «Ciclón».

—Ahí lo tienes —dijo Nabé en voz baja, dándole un fuerte codazo a Chatín—. ¿No lo ves? Apostaría lo que no tengo a que éste es el tipejo con quien te ha confundido el hombre de las barbas. ¡No cabe duda de que es un auténtico vagabundo! Y hasta tiene un perro negro como el tuyo, un perro de lanas de los que llaman caniches. ¡Y para acabar de convencernos, fíjate dónde va! A la misma cala donde tú estabas. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?



## Capítulo XII

### Chatín y el vagabundo

Todos se quedaron observando al pequeño vagabundo según avanzaba hacia el grupo de rocas que Chatín acababa de abandonar. El perrito negro le seguía saltando alegremente, casi pisándole los talones, y luego se sentó apaciguado, a su lado cuando el niño hubo escogido un asiento y se dispuso a esperar pacientemente con gesto aburrido.

—¿Lo veis? Está esperando a alguien —dijo Roger—. ¡Juraría que lleva en el bolsillo la «auténtica» carta cifrada, la que aquel hombre loco pensó que tenías tú, Chatín!

—Seguramente —dijo Nabé—. Al hombre debían haberle dicho que buscara a un vagabundo acompañado de un perro negro, que les estaría esperando justamente en aquel lugar. Las órdenes debían ser que el chico le entregaría una carta cifrada..., con instrucciones secretas sobre algún asunto que de momento no sabemos cuál es..., y yo diría que entonces...

—Entonces sucedió que Chatín se encontraba allí a la hora indicada, y vestido como un mendigo y con todas las trazas de serlo, y acompañado de «Ciclón», que es

un perro tan negro como puede serlo el perro más negro de la creación —dijo Roger—. Y lo que es más, en aquel preciso momento Chatín estaba leyendo la carta cifrada de Bruce, aunque esto, naturalmente, era algo que el hombre no podía saber. Debió pensar que aquella carta cifrada era la suya, la que tenían que entregarle a él.

—¡Canastos! ¡Entonces no me extraña que estuviera furioso conmigo! —dijo Chatín—. Debió pensar que yo estaba tratando de descifrar el mensaje secreto para enterarme de sus instrucciones o lo que fuera... ¡Bueno, lo cierto es que hubiera matado a «Ciclón» si aquella piedra llega a darle en la cabeza!

—Yo diría que este asunto es bastante serio —dijo Nabé—. ¿Se lo diremos a la señorita Pi o no?

—No, es mejor que no lo sepa —dijo Diana—. Querría marcharse inmediatamente, y estamos tan bien aquí... Además, no creo que ocurra ningún desastre, especialmente ahora que Chatín ha decidido quitarse esas ropas horribles. Pero tienes que prometernos que no volverás a ponértelas, Chatín, ya ves lo que te ha pasado con sólo llevarlas durante una hora.

—Oye, ¿ni siquiera puedo quedarme con la gorra? —dijo Chatín, decepcionado—. Francamente, le había tomado cariño a ese trasto.

—Ciertamente que no —dijo categóricamente Nabé—. Tienes que tirar también la gorra. —Se volvió para observar en silencio al chico que había visto pasar hacía un rato. Continuaba esperando pacientemente, sentado en las rocas, mientras su perrito jugaba alborozadamente junto al rompiente de las olas.

—¡Ese muchacho tendrá que esperar más rato de lo que él cree! —dijo Nabé—. El tipo barbudo no volverá por aquí, de eso estoy seguro. Probablemente estará intentando descifrar la carta que Bruce con el código que él debe tener para sus mensajes, ¡pero menudo trabajo le espera! ¡No acertará ni una! El único modo de descifrar la carta de Bruce sería utilizar el código que él y Chatín se inventaron, y como no lo tiene, supongo que a estas horas estará sudando tinta y tirándose de las barbas como un loco.

—¿Sabéis lo que os digo? Que me voy a ver a este chico —dijo Chatín levantándose de un salto—. A lo mejor descubro algo interesante.

—Es mejor que no vayas —dijo Roger—. A lo mejor te metes en otro lío.

—¿Por qué? —dijo Chatín echando a andar—. Estamos casi seguros de que aquel hombre barbudo y malcarado no volverá a la playa..., porque está convencido de que tiene la carta que tenían que darle. Por otra parte, el chico no tiene motivos para desconfiar de mí. No me ha visto en su vida. Pensará que soy un veraneante, y con un poco de suerte confío en tirarle de la lengua y enterarme de varias cosas.

Se alejó seguido de «Ciclón», silbando alegremente y haciendo graciosos saltos y contorsiones al compás de la música. Cuando estuvo cerca del muchacho, recordó sus habilidades musicales, y empezó a imitar el sonido de un banjo fingiendo pulsar las

cuerdas con los dedos.

Era un ruido tan peculiar, que el muchacho alzó la cabeza creyendo que era realmente un banjo de verdad lo que estaba oyendo. Su asombro no tuvo límites cuando vio que sólo se trataba de un muchacho como él, y al ver los expresivos movimientos de Chatín, se echó a reír.



—Tuang - a - tuang - a - tuang... tuang - a - tuang - a -tuang-a-tuang —cantaba Chatín entre dientes emitiendo el sonido de un banjo averiado.

—Hola —dijo a continuación, sentándose y sonriendo al chico—. Me gusta tu perro; ¿cómo se llama?

—«Lanudo» —dijo el muchacho acariciando el lomo de su perrito negro—. ¿Y el tuyo...? ¿Cómo se llama?

—«Ciclón» —dijo Chatín—. Porque es muy impetuoso y bastante alocado. ¿Qué haces aquí? ¿Esperar a alguien?

—Sí, me han dicho que esperase a un hombre con barbas y gafas oscuras —dijo el muchacho—. Tengo que darle una carta de parte de mi tío.

—¿Quién es tu tío? —preguntó Chatín volviendo a pulsar su imaginario banjo.

—Morgan «el Cojo» —dijo el chico empezando a imitar la música de Chatín—. ¡Tuan-a-tuang-a-tuang...! Es un pescador que vive en el pueblo, pero desde que se rompió la pierna ha dejado el oficio. Ya no puede salir de pesca como antes... Ahora alquila sus barcas, y no te creas, gana bastante dinero con ellas.

—¿Por qué no envió esta carta por correo? —preguntó Chatín.

—¡Qué sé yo! Supongo que por pereza, o porque no pensó en eso —dijo el chico—. Oye, ¿te has fijado en esos dos? Tu perro y el mío parecen hacer buenas migas. «Lanudo» no suele tener con quien jugar, y por lo visto «Ciclón» le ha caído en gracia. ¡Uf, qué calor hace aquí! Quisiera que ya hubiese venido este hombre a buscar la carta. Vine a toda prisa temiendo llegar tarde, y todavía he tenido que esperar. Parece que se retrasa bastante. Lo malo es que tenía ganas de salir en barca con mi padre esta mañana, y si no viene pronto ya no llegaré a tiempo para embarcarme.

—Bueno, si tienes prisa, ¿por qué no hacemos una cosa? Dame la carta a mí, y yo esperaré hasta que venga el señor de la barba —dijo Chatín—. La cosa no puede ser más sencilla, ¿no crees? Cuando llegue le entregaré la carta de parte de tu tío. Y el hombre no sabrá que... que yo no soy tú, porque... ¡bueno, porque los dos tenemos un perro negro!

—Sí, esto sería magnífico —dijo el chico entusiasmado, pero luego pareció pensarlo mejor—. ¡Sólo que... verás, si alguien me descubre, me darán una buena tunda!

—Oh...

—Pero no pienso quedarme aquí toda la mañana esperando —decidió súbitamente el muchacho— toma, quédate con la carta y dásela cuando venga, y... será mejor que no le digas quién eres. Haz como si fueras yo, ¿comprendes?

—De acuerdo. Puedes marcharte tranquilo —dijo Chatín, sintiéndose de pronto muy excitado—. ¡Esperaré aquí sentado en estas rocas con «Ciclón», mi perro negro!

El chico le dio la carta y se marchó rápidamente seguido de «Lanudo» que iba pisándole los talones. Chatín eligió un lugar donde sentarse y se quedó esperando con el corazón en un puño. Sabía, naturalmente, que el irascible hombrecillo de la barba no volvería, pero tenía que quedarse hasta que el muchacho se perdiera de vista.

Le pareció que pasaban siglos hasta que desapareció al fin tras un recodo. Chatín miró luego hacia la playa, al lugar donde había dejado a sus amigos. Sus rostros asomaban detrás de una roca observándolo, devorados por la curiosidad.

Chatín esperó todavía un rato para asegurarse de que el muchacho no podía verlo, y luego se levantó de un salto y echó a correr por la playa hacia donde estaban los tres esperando. Corría tanto que «Ciclón» apenas podía alcanzarlo, y al llegar se echó al suelo jadeando.

—El chico estaba esperando a un hombre con barba y gafas negras —dijo—. Tenía que entregarle una carta que le había dado su tío, un hombre llamado Morgan «el Cojo», que alquila barcos. No creo que el chico sepa nada del asunto, me dio la impresión de ser un poco despistado..., dijo que se había retrasado un poco, se aburría de muerte en la playa con todo este sol, y además, estaba impaciente por irse de pesca con su padre...

—Comprendo. Entonces tú te ofreciste a esperar en su lugar y entregar la carta al barbudo, ¿no es eso? —dijo Nabé—. No sabíamos ni una palabra de lo que estabais hablando, naturalmente, de modo que nos quedamos todos parados al ver que el chico se marchaba tan de improviso.

—Sí. ¡Y lo más curioso es que me dio la carta! —dijo Chatín triunfalmente, dándole una palmada al traje de baño, donde la llevaba oculta—. Bueno, ¿qué pensáis de todo esto?

Pensaban tantas cosas que todos se quedaron mirando a Chatín mudos de asombro. ¡Chatín hacía siempre cosas tan sorprendentes e inesperadas!

—Volvamos a la posada y examinaremos la carta —dijo Nabé—. No sé si haremos bien o mal en abrirla, pero tengo la impresión de que aquí ocurre algo raro. No tengo la menor idea de quién pueda ser ese Morgan, pero ¿por qué envía una carta cifrada a un tipo tan malcarado como éste que te pegó? ¿Y por qué ha de ser un mensaje cifrado, precisamente? Pero todavía hay más, si ese Morgan no es más que un pescador, lo más probable es que la carta no la haya escrito él. Entonces hemos de suponer que la ha recibido de otra persona con el encargo de entregarla al tipo de la barba. ¡Y todo este lío de pasarse la carta de una mano a otra, y a otra, nos demuestra que el mensaje es demasiado secreto para confiarlo al correo!

—Bueno, subamos pronto a la posada y podremos examinarla —dijo Diana impaciente— luego tendremos que llevarla a la policía, naturalmente. Pero lo que no me cabe en la cabeza es pensar que pueda estar ocurriendo alguna cosa misteriosa en un lugar tan apacible como éste... donde sólo vive gente de campo y pescadores.

—¿Contrabando, tal vez? —dijo Roger esperanzado.

—¿Contrabando? Bah, ¿qué clase de contrabando crees que puede haber aquí? —dijo Nabé—. No, no creo que se trate de eso. En realidad, no puedo ni imaginarme qué pueda ser... Bueno, ¿qué os parece si regresáramos a la posada? Ya va siendo hora de comer.

Chatín ahogó un bostezo.

—¡Oh, nos espera la buena comida del señor Jones...! ¡Muy, muy buena comida! —dijo imitando los expresivos gestos de la simpática posadera—. Y por cierto, muchachos, esta mañana cuando fui a comprarme estas piezas de ropa en la tienda de helados de la anciana señora Jones, me contó un par de cosas. Me dijo que el señor Jones, el dueño de la posada, es nada menos que su hijo. Luego me contó que ya de muy joven lo que más deseaba en el mundo era poder ser algún día el dueño de la posada, y que si al fin lo había conseguido fue porque unos amigos muy ricos que conoció, cuando estaba en Londres de cocinero, le habían dejado el dinero para comprarla.

—Sí, y supongo que estos amigos tan ricos deben ser sir Tal y sir Cual, esos personajes tan importantes que vienen de vez en cuando a pasar unos días aquí, según

nos contó la señora Jones el primer día de llegar —dijo Roger—. Apostaría cualquier cosa a que no pagan ni un céntimo cuando vienen.

Estaban ya muy cerca de la posada, y después de consultar su reloj, Nabé le dio un expresivo codazo a Chatín.

—¿Qué os parece si nos fuéramos a la «roulotte» para ver esta carta? —dijo—. Tenemos tiempo de sobra, aún falta un rato para comer.

Pronto estuvieron instalados en la «roulotte» los cuatro niños, «Ciclón» y «Miranda», con la puerta cerrada por dentro para evitar posibles sorpresas. Chatín estaba a punto de enseñarles la carta cuando «Ciclón» empezó a ladrar desafortadamente.

—No me extrañaría que esta peste de David estuviera rondando por ahí fuera con su ganso —dijo Diana, contrariada, abriendo la puerta para ver. Y en efecto, ¡allí estaba! Se había subido a una de las ruedas de la «roulotte», y tenía las manos aferradas a la ventana para poder espiarlos con toda comodidad.

—¡Anda, largo de aquí fisgón! —dijo Diana entre divertida y enojada—. ¿No sabes que está feo escuchar lo que dicen los demás?

—Pronto será hora de comer —dijo solemnemente el pequeño bajando de su punto de observación, y pasando el brazo por el cuello de su inseparable ganso.

—Bien, iremos en seguida —prometió Diana—. ¡Y ahora, márchate!

Después de asegurarse de que el pequeño se había alejado, cerró de nuevo la puerta y se inclinaron todos sobre la carta que Chatín se había sacado de los pantalones del bañador.

—Está un poco arrugada porque me he sentado encima de ella —dijo, abriendo el sobre con cuidado. Sacó a continuación una hoja de papel doblada y la extendió para que todos pudiesen verla.

—¡Re... pámpano! ¡Es un mensaje cifrado tal como habíamos supuesto! —dijo Nabé excitado—. ¡Pero no podremos descifrarlo, naturalmente..., no lo conseguiríamos nunca, fijaos en la cantidad de letras y números que hay aquí! Para enterarnos de lo que dice necesitaríamos el código que deben tener los que han escrito la carta y los que tenían que recibirla.

—Claro, ahora ya no me extraña que el tipo de la barba confundiera esta carta con la de Bruce, el aspecto de las dos es muy parecido —dijo Chatín examinándola de más cerca—. Y también me explico por qué se puso hecho un basilisco cuando vio que tenía la carta en la mano y la estaba descifrando. Pensó que quería enterarme de su secreto. Lo más curioso es que la «clave» se parece mucho a la nuestra, es un batiburrillo de números y letras..., pero nunca podremos descifrarla, y es una lástima. ¡Cuánto desearía enterarme de lo que dice!

—También yo —suspiró Nabé doblando la hoja de papel—. Pero es inútil intentarlo. Bien, ¿qué hacemos ahora? ¿Espejar a ver qué pasa? El hombre que te

quitó la carta, Chatín, ya habrá averiguado a estas horas que aquél no era el mensaje que tenían que entregarle, en una palabra, que no es la carta auténtica. Porque habrá intentado descifrarla valiéndose de «su código», y verá que no consigue nada ni le sirve de nada.

—Pero..., ¿y si diera la casualidad de que el código de Bruce y Chatín se parece al suyo? ¡Después de todo, han usado letras y números igual que ellos! —dijo Diana.

—¡Bueno, en tal caso verá que la carta de Chatín no contiene más que una sarta de estupideces, y se pondrá más furioso que nunca! —dijo Nabé.

—¡Hombre, me gusta! —dijo Chatín indignado—. ¿De dónde has sacado que Bruce y yo empleamos un código secreto para decirnos estupideces?

Nadie hizo caso de sus acaloradas protestas. Diana preguntó a Nabé:

—Y cuando el hombre barbudo descubra que tiene una carta falsa, y que se la ha dado un muchacho que tampoco es el auténtico muchacho que debía entregársela..., y que por lo tanto otra persona se ha apropiado del mensaje que había de recibir de manos del sobrino de Morgan el pescador, ¿qué crees que hará?

—¡Ah..., éste es el problema! ¿Qué hará el barbudo? —dijo Nabé tirando de la oreja a «Miranda»—. De momento, creo que lo único que podemos hacer es esperar los acontecimientos..., ¡y entretanto, guardaremos esta carta en lugar seguro!



## Capítulo XIII

### Dos nuevos visitantes llegan a la posada

La señorita Pi se acercó a la «roulotte» justo en el momento en que los cuatro niños se disponían a salir. Echó una mirada severa a Chatín, temiendo que todavía estuviera vestido con aquellas ropas andrajosas que le asemejaban a un vagabundo, pero Chatín llevaba puesto el bañador, y las prendas que había comprado en la tienda de la señora Jones estaban echadas encima de una de las camas.

—Oh..., tira inmediatamente todo esto, Chatín —dijo la señorita Pi—. Mira, aquí tienes tu ropa limpia y planchada. Será mejor que te la pongas en seguida.

—Oh, ¿no podría ir a comer con el bañador? —preguntó Chatín—. ¡Estoy tan a gusto y tan fresco!

—¡No, desde luego que no! —dijo categóricamente la señorita Pi—. Diana, ¡qué morena te estás poniendo! ¿Qué tal habéis pasado la mañana en la playa? Supongo que el agua debía estar deliciosa.

Salieron las dos en dirección a la posada, charlando animadamente. Entretanto Nabé había estado reflexionando seriamente y de pronto se volvió hacia Roger y Chatín para decirles:

—Se me ocurre una idea. No estaría mal que esta tarde nos diéramos un paseo

hasta el muelle de los pescadores y ver si podemos localizar a ese Morgan «el Cojo». Con un poco de suerte, hasta podríamos hablar con él..., y... Bueno, lo cierto es que me gustaría ver qué aspecto tiene el tipo ése —continuó diciendo Nabé mientras sus dos amigos le escuchaban llenos de interés—. Si el hombre está por allí de tertulia con otros pescadores y podemos meter baza, a lo mejor averiguamos algo del asunto en que está metido.

—Buena idea —dijo Chatín al instante—. ¿Has oído esto, «Ciclón»? Esta tarde daremos un paseo por la playa y el muelle.

«Ciclón» se puso loco de contento al oír esto, y empezó a dar vueltas por la «roulotte» a una velocidad increíble, saltando de una cama a otra y ladrando como un poseso.

—Pues verás, «Ciclón» —dijo Nabé—. Siento decepcionarte, viejo amigo, pero esta tarde no podrás venir con nosotros.

—¿Y por qué no? —preguntó Chatín, asombrado.

—¡Usa un poco tu cerebro! —dijo Nabé—. Si el chico que te dio la carta anda por allí, reconocería en seguida a «Ciclón» y aunque tú ya no lleves el bañador de esta mañana, probablemente te reconocería también si te veía acompañado de «Ciclón». En cambio, sin «Ciclón», y vestido con ropas decentes, lo más seguro es que no te reconozca.

—A «Ciclón» no le gustará quedarse aquí solo, viendo que todos nos vamos de paseo —dijo Chatín, preocupado—. Y ladrará hasta desgañitarse. Lo que más odia en el mundo es que le dejen encerrado y sin compañía, ¿comprendes?

—Bueno, podríamos hacer otra cosa; decirle a Diana que se quede con la señorita Pi esta tarde, y que se lleven de paseo a «Ciclón» sin perderlo de vista ni un instante —dijo Nabé—. Decide lo que prefieras, esto o quedarte tú con él, Chatín.

—Oh, a «Ciclón» le encantaría quedarse con Diana, si a ella no le importa —dijo Chatín, que no tenía el menor deseo de renunciar a su proyectada visita al muelle de los pescadores—. Oye, «Ciclón», ¡basta de exhibiciones! Ya sabemos que saltas como un acróbata, pero... ¡Oh, mira cómo has puesto mi cama! ¿Qué dirá la señorita Pi si la ve? ¡No eres más que un pollino!

Entraron los tres en el comedor de la posada, hallando a Diana sentada ya a la mesa, y la señorita Pi de pie junto al aparador sirviendo generosas raciones de jamón en cada plato. Chatín corrió a su lado para ayudarla, y «Ciclón» fue a colocarse exactamente debajo del brazo derecho de la señorita Pi, por si alguna tajada de jamón se caía accidentalmente al suelo.

Bernabé aprovechó la ocasión para contarle a Diana en voz baja lo que habían proyectado hacer aquella tarde, y a continuación le explicó los motivos que tenían para mantener al pequeño «spaniel» de Chatín fuera de la circulación. Diana accedió a quedarse con la señorita Pi y vigilar a «Ciclón».

—Podríamos ir los tres a dar un paseo por los alrededores —dijo Diana—. Estoy segura de que a la señorita Pi le encantará, ya sabes cuánto le gusta andar. Oh, había olvidado deciros la novedad, ¿sabéis que han llegado nuevos huéspedes a la posada?

—¿Quiénes son? —preguntó Nabé sin mucho interés, y observando muy complacido, en cambio, la mesa tan pulcramente servida y llena de tentadoras viandas—. Palabra..., ¡la señora Jones sabe hacer bien las cosas! Y los guisos de su consorte son capaces de resucitar a un muerto.

—No conozco los nombres de los nuevos huéspedes —dijo Diana—. ¡Pero, mira, por ahí vienen!

Dos hombres entraron en el comedor, el primero era de elevada estatura, de porte autoritario, con un bigote pulcramente recortado y llevaba monóculo. El segundo era bastante más bajo, algo corpulento, y llevaba barba y unas gafas ahumadas.

Chatín se volvió en aquel preciso instante, llevando a la mesa dos platos con jamón, y vio a los dos hombres de cara. Dio un salto atrás, y un trozo de jamón cayó al suelo siendo atrapado instantáneamente por «Ciclón», que no cabía en sí de gozo ante tan inesperado festín. Chatín se acercó rápidamente a la mesa y, ante la sorpresa de Nabé y Roger, comenzó a darles codazos y a señalar nerviosamente con la cabeza hacia la mesa situada frente a una de las ventanas, donde acababan de sentarse los dos hombres dándoles la espalda.



Roger y Nabé adivinaron en seguida lo que pretendía decirles con estas señas... Que el hombrecillo de la barba y las gafas de sol era el rufián que le había arrebatado la carta de Bruce. ¡Santo Dios! ¡Y estaba alojado en la misma posada que ellos!

—¿Creéis que habrá visto a «Ciclón»? —susurró Chatín, demudado—. Lo reconocería en el acto. En cuanto a mí, no es probable que me recuerde habiéndome quitado de encima aquellos harapos.

—¡Llévate a «Ciclón» ahora mismo! —ordenó Nabé—. Pronto, antes de que lo vean. Toma, ponle este trozo de jamón delante de la nariz y te seguirá como si estuviera hipnotizado. Mételo en la «roulotte» y cierra la puerta con llave.

Chatín cogió al vuelo el trozo de jamón que le daba Nabé, agarró por el cuello a «Ciclón» y se lo hizo oler. El perro lo siguió como en un trance, sin acordarse siquiera de ladrar. Gracias a esta feliz estratagema Chatín pudo sacarlo del comedor a una velocidad de relámpago, sin que los dos hombres se dieran cuenta de nada.

La señorita Pi no dejó de extrañarse al ver que Chatín se llevaba fuera a su pequeño «spaniel» negro.

—¿Es que se encuentra mal? —preguntó sentándose a la mesa—. ¡Pobre «Ciclón»! Tal vez ha bebido demasiada agua salada en la playa esta mañana.

—Todo es posible tratándose de un perro tan dinámico —dijo Nabé evasivamente, y cambió rápidamente de tema—. Este jamón es exquisito, parece curado en casa, ¿no cree, señorita Pi? Supongo que debe ser obra del señor Jones, que además de cocinero debe ser un técnico en cuestión de embutidos y conservas. Todo lo que nos sirven aquí es de primera calidad.

—Sí, no cabe duda que conoce su oficio —dijo la señorita Pi—. Diana, ¿quieres pasarme la salsa blanca, por favor?

Chatín volvió a entrar al poco rato y sentó a la mesa con los demás.

—Siento de veras que «Ciclón» se haya puesto enfermo —dijo la señorita Pi.

—Tal vez le convendría quedarse aquí esta tarde —dijo gravemente Nabé—. En la playa es más difícil controlarlo, pero si usted y... y Diana se fueran de paseo por el bosque, señorita Pi, «Ciclón» podría acompañarlas y de este modo evitaríamos que volviera a meterse en el agua...

—¡Oh, qué estupendo! —aprobó Diana con entusiasmo—. ¿Le gustaría dar un paseo por estos alrededores, señorita Pi?

La señorita Pi se mostró realmente encantada.

—Sí, una pequeña excursión hacia arriba de la colina nos sentará magníficamente después de comer —dijo—. Y debieras llevarte los binóculos, Diana, y este libro que trata de los pájaros. No debes desperdiciar tan buena ocasión, a lo mejor nos encontramos con algún pájaro raro que pueda servirte para tu trabajo escolar, esa redacción que tienes que escribir sobre «los pájaros que has visto».

Roger le guiñó un ojo a Nabé. ¡Todo se estaba solucionando de primera!

Chatín tenía la vista clavada en los dos hombres con tanta insistencia, que Nabé le largó un puntapié por debajo de la mesa. ¿Quién eran esos dos hombres a fin de cuentas? No les sería difícil averiguarlo, bastaba con preguntárselo a la locuaz señora Jones en un momento oportuno. Se sonrió para sus adentros al pensar que uno de ellos tendría, probablemente en el bolsillo, la carta cifrada de Bruce, y que con toda seguridad habría intentado descifrarla por lo menos una docena de veces sin el menor resultado.

La ocasión de saber quiénes eran los dos forasteros se presentó en seguida después de comer. Ambos salieron del comedor y subieron al piso de arriba, y al poco roto entró la señora Jones para retirar los platos, seguida de David y el ganso, que por no faltar a la costumbre se quedaron curioseando todo desde la puerta que daba al vestíbulo.

—Tenemos dos nuevos visitantes por lo visto, señora Jones —dijo Bernabé

cuando la mujer se detuvo junto a «Miranda» para darle una golosina.

—Oh, sí, suelen venir con mucha frecuencia —dijo halagada la señora Jones—. Son sir Ricardo Ballinor y el profesor Hollinan..., un famoso experto en el estudio de los pájaros, según dicen. Son amigos de mi esposo. Los conoció en Londres, ¡y saben que cocina bien, muy bien...! Se sienten particularmente atraídos por nuestros hermosos paisajes, las altas montañas, el mar, la tranquilidad que se goza aquí, lejos de las estrepitosas capitales donde suelen vivir, y...

Los niños aguardaron pacientemente mientras la señora Jones continuaba hablando con entusiasmo, y sin interrupción, de la importancia de los dos caballeros recién llegados. Al final Nabé preguntó:

—Si conocían a su esposo de cuando estaba de cocinero en Londres, debieron tener una grata sorpresa al enterarse de que había comprado esta posada, ¿no es cierto? Y supongo que deben encontrarse muy a gusto aquí. Es de los lugares más bonitos que he conocido.

—Oh, sí, se sienten muy felices aquí, de esto no me cabe la menor duda; nosotros hacemos todo lo posible para complimentarlos como se merecen. Porque, sepa usted, señorito, que fueron ellos, estos magníficos y generosos caballeros los que le prestaron a mi esposo el dinero para comprar la posada. Ser el dueño de esta posada había sido siempre la única ambición de mi esposo, el señor Jones —explicaba enternecida la buena mujer—, y gracias a ellos, pudo realizar este hermoso sueño. De modo que cuando vienen aquí, todo nos parece poco para ellos, y les damos lo mejor de lo mejor.

—Entonces deben estar alojados en el hermoso dormitorio que el señor Jones quería darnos a nosotras —dijo Diana, y la señora Jones afirmó.

—Sí, pero no es ésta la habitación que más les gusta —dijo con su cadencioso acento galés—. Ellos siempre prefieren la habitación de las dos ventanas..., la que tienen ustedes. Pero esta vez no he podido dársela, y lo siento. Si esta señorita Pi fuese menos autoritaria, quizá consintiera en cambiar de dormitorio, pero no parece ser una señorita que cambie fácilmente de parecer y creo que sería trabajo perdido pedírselo.

—Oh, sí, perdería usted el tiempo —afirmaron Roger y Diana a la vez, recordando un sinfín de ocasiones en que habían pleiteado con ella sin conseguir que mudara de opinión sin que se dejara ablandar por sus argumentos.

De pronto oyeron la voz de la señorita Pi llamándolos desde la puerta.

—Niños, ¿qué esperáis...? «Ciclón» está ladrando como un loco dentro de la «roulotte».

—Vamos al instante —dijo Nabé, y se despidió de la señora Jones, que parecía dispuesta a seguir hablando una hora entera si hubiese tenido audiencia.

La señorita Pi, Diana y «Ciclón» salieron de paseo en dirección a la montaña,

habiéndose provisto Diana de sus binóculos de campaña, que llevaba colgados del hombro.

«Ciclón» se había sentido desconcertado en extremo al ver que Chatín no iba con ellos, y de momento pareció dispuesto a quedarse con él, pero cuando vio que Chatín se tendía en la cama fingiendo dormirse, opinó que un paseo con Diana resultaría mucho más divertido que quedarse otra vez encerrado en la «roulotte», aburrido de muerte y con todo el mundo gritándole para que no armara bulla.

—Ahora preparemos nuestras cosas para el baño y bajemos a la playa —dijo Roger—. Podríamos ir paseando hasta el muelle de los pescadores y bañarnos donde nos apetezca antes de buscar a Morgan «el Cojo», o después...

—Será mejor que nos bañemos después —dijo Nabé—. Es de idiotas bañarse en seguida después de comer.

Partieron los tres hacia la playa acompañados de «Miranda», que iba saltando a su lado y sólo se subía a la espalda de Nabé cuando tropezaron con un perro gruñón o un chiquillo que gritara. El sol brillaba con todo su esplendor en un hermoso cielo sin nubes, y los tres sintieron el ardor de sus rayos mientras avanzaban por la playa en dirección al pueblo.

Pronto llegaron cerca del pequeño muelle donde atracaban las barcas pesqueras. No se veía mucha gente allí, sólo unos cuantos pescadores viejos que sesteaban al sol, apoyados de espalda a un muro bajo que separaba el muelle de la playa, y una mujeruca que hacía punto de media sentada en un taburete de madera. Nabé y sus dos amigos se quedaron tendidos en la playa a pocos metros de distancia.

Al poco rato un muchacho sucio y andrajoso, con un jersey de lana de vistosos colores se dirigió corriendo hacia el muelle seguido de un caniche negro. Nabé se incorporó al instante haciendo señas a los demás.

—Seguro que éste es el chico que le entregó la carta a Chatín —dijo—. ¡No puede haber más que un solo caniche negro en un pueblo tan pequeño como éste!

Todos observaron al chico conteniendo el aliento. Se acercó a una barca de vela que unos hombres estaban desamarrando en aquel momento y los ayudó en la operación. Era, en verdad un bello espectáculo ver cómo las velas se hinchaban al viento y la proa enfilaba hacia el mar abierto.

Casi en seguida llegó otro personaje al muelle. Era un hombre corpulento, vestido como el resto de los pescadores, un hombre que cojeaba mucho al andar y se apoyaba en su grueso bastón.

—¿No será ése Morgan «el Cojo»? —dijo Roger mientras el viejo pescador se acercaba al grupo de hombres que tomaba el sol junto al muro de piedra—. Seguidme, iremos al muelle. Probablemente tendremos ocasión de hablar con él.

Pero antes de que abandonaran la playa otro sujeto llegó al muelle, un hombre barbudo y con gafas ahumadas al que fácilmente pudieron identificar como uno de

los huéspedes recién llegados a la posada. Llamó a Morgan en tono autoritario, y éste acudió prontamente a su lado.

—¡Oiga, Morgan, tenemos que hablar!

—Apostaría lo que sea a que estos dos van a enzarzarse en una pelea —dijo Nabé, excitado—. ¡Ojalá pudiéramos oírles...! Vámonos todos, acerquémonos un poco más al muro de piedra. Desde allí podremos escuchar sin ser vistos.



## Capítulo XIV

### Una tarde emocionante

—Sígame por aquí —dijo Morgan al sujeto barbudo, y lo condujo a uno de los extremos del muelle para que el resto de los pescadores no pudieran oírles.

Nabé y sus amigos se arrastraron por la arena acercándose tanto como les fue posible al mismo lugar. Tuvieron buen cuidado en apostarse al abrigo del muro para que los dos hombres no advirtieran su presencia, y una vez allí se acomodaron calladamente dispuestos a no perderse ni una sílaba de la conversación.

—Morgan, quiero hablarle de la carta que usted tenía que dar a su sobrino para que me la entregara esta mañana —empezó a decir el hombre de las gafas—. La carta que me ha dado no es la que usted recibió, ¿me entiende...? Lo diré más claro: ¡la

carta auténtica no ha llegado a mis manos! ¡Y quiero saber ahora mismo qué ha hecho usted con ella!

—¿De qué me está hablando, sir Ricardo? —preguntó el pescador, profundamente extrañado—. Puedo jurarle que esta carta no ha salido de mi bolsillo desde que me fue entregada, hasta que yo mismo se la di a Dai esta mañana. ¿Es que no se presentó en la caleta como habíamos convenido?

—Sí, estaba allí..., vestido como usted me había indicado y acompañado del pequeño perro negro además, de modo que no tuve la menor duda de que se trataba de su sobrino Dai —afirmó el hombre barbudo—. Pero lo que vuelvo a repetirle es que «no me dio la carta auténtica». La que me dio no tiene pies ni cabeza, y me ha sido imposible descifrarla.

—Pues es la misma carta que me dieron a mí, puedo jurarlo —dijo Morgan obstinadamente—. Jim me la entregó como de costumbre, y pasó directamente de su bolsillo al mío sin que haya salido de allí hasta que se la di a Dai. Todo lo que me dijo fue: «Volveremos el viernes. Téngalo todo dispuesto». Y se marchó otra vez en la barca. Puede estar seguro de que esa carta es la misma que me dio Jim.

—Entonces todavía lo entiendo menos —dijo el hombre de la barba, clavando sus ojos en Morgan—. ¿Dónde está su sobrino...? Tendré que interrogarlo..., aunque lo que no me explico es cómo haya podido ser él el que ha cambiado la carta. Morgan, si lo que usted anda buscando es hacerme un chantaje y sacarme dinero por el procedimiento que sea, le juro que se arrepentirá. Y perderá el tiempo si intenta engañarme.

—¿Y por qué había de engañarle a usted? —preguntó Morgan irritado, alzando la voz—. Sería como engañarme a mí mismo, ¿no cree...? Estoy metido en este asunto hasta el cuello, lo mismo que usted.

—Bien, no grite tan alto —dijo el hombre barbudo, mirando en torno suyo alarmado y temiendo que pudieran oírles los pescadores que reparaban sus redes en los alrededores del muelle.

—Voy a llamar a Dai —dijo Morgan—. Está allí junto a aquel bote. Él mismo le dirá que la carta es la misma que yo le di. ¡Dai...! ¡Dai! ¡Ven aquí un momento!

El chico y su perro vinieron corriendo.

—¿Qué hay, tío Morgan? —dijo Dai, echando un vistazo al hombre barbudo y poniendo cara de susto.

—Quiero saber si entregaste a este caballero la carta que te di para él esta mañana —dijo severamente el pescador.

—Sí —dijo el chico—. Sí, claro que se la di.

La reacción del hombre barbudo no se hizo esperar. Agarró de improviso al muchacho y lo sacudió con tanta fiereza que Dai lanzó un aullido.

—¡No me has dado ninguna carta, grandísimo embustero...! ¡Tú no eres el chico

que yo encontré en la playa! Era más alto que tú, y su perro era un «spaniel» negro, no un caniche.

—¡Suelte al chico! —dijo Morgan en tono amenazador, viendo que Dai temblaba de terror—. Usted mismo acaba de decirme que un chico le había entregado la carta, ¿no es eso...? Pues bien, ¿quién diablos podía ser este chico si no era Dai?

—No lo sé. Ya se lo he dicho antes. Era un muchacho que iba acompañado de un «spaniel» negro, un auténtico rufián, de aspecto muy parecido a su sobrino —dijo el hombre concentrando su mirada en el tembloroso Dai—. ¡Cuando me acerqué a él vi que estaba «leyendo» la carta...! Una carta cifrada como la que tenía que entregarme, y naturalmente, supuse que el bribonzuelo quería enterarse de lo que decía. Tuve que quitársela a la fuerza porque el chico no quería dárme-la.

Morgan «el Cojo» soltó una carcajada y le volvió la espalda.

—¡Entonces es usted más tonto de lo que yo creía, sir Ricardo...! Ese chico no era mí sobrino, y la carta debía ser suya, no la que usted esperaba.

El hombre barbudo agarró del brazo a Morgan y le hizo retroceder.

—Morgan, éste es un asunto muy grave, y usted lo sabe. Si la carta que yo tengo no es la que usted dio a Dai, ¿dónde está la carta auténtica...? ¡Habla tú, grandísimo bribón, y dime de una vez qué has hecho con esta carta!

—Yo... yo... se la di a un chico que estuvo hablando conmigo en la playa —sollozaba el pobre Dai aterrado—. Estuve esperando mucho rato a que viniera usted, y ese chico dijo que si le daba la carta, él se encargaría de dársela tan pronto como usted llegara. Yo... no sabía que usted ya había estado en la playa y... que se había apoderado de una carta que... no era la suya.

Sir Ricardo le dio tan rudo empujón al muchacho que fue a dar contra el paredón del muelle y por poco cae al agua. Morgan gruñó amenazador.

—¡Deje en paz al chico! —dijo—. ¿Qué hay de malo en esto, después de todo...? Usted tiene una carta que no puede leer, y alguien más tiene otra carta que tampoco podrá leer. Me pondré en contacto con Jim para que le envíen otra misiva con las mismas instrucciones y no habrá perdido nada.

Sir Ricardo se sacó un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor. Se acercó más a Morgan para hablarle al oído, de modo que los tres niños que permanecían a la escucha, debajo del muelle sólo pudieron oír estas palabras:

—La próxima carta, Morgan, me la dará usted mismo, ¿comprende...? ¡Y si las cosas van mal o tenemos algún contratiempo, la culpa será enteramente suya por confiar en el idiota de su sobrino...! Si esa carta de Jim no hubiese estado cifrada, ahora otra persona estaría enterada de todo y podría hacer fracasar nuestros planes del viernes... ¡y echarlo todo a rodar!

—¡Bueno, cállese de una vez! —dijo Morgan con rudeza, volviéndole la espalda.

—¡Y si tropiezo con el chico que tenía esa estúpida carta en la mano, la que yo

cogí, y que se ha quedado con la que Dai tenía que entregarme, le retorceré el pescuezo! —dijo sir Ricardo con tanta rabia que Chatín se quedó helado de espanto al oírle.

Lo que había empezado siendo un juego divertido, ya no era un juego, pensó Chatín angustiado. ¿Por qué se le ocurriría ir al encuentro de Dai y persuadirle de que le entregara la carta?

—Conocería a ese bribón dondequiera que me lo encuentre —continuó sir Ricardo furioso—. Un truhán de la peor especie, un auténtico vagabundo, con pantalones largos y cochambrosos, un horrible jersey de colores chillones, y una gorra demasiado grande para él y que se le hundía hasta las orejas... ¡Ah, sin olvidar el «spaniel»...! Dai viste igual que aquel bribón, sólo que no es tan alto... y naturalmente lo que me confundió fue el perro negro.

Chatín se sentía ahora francamente alarmado, lo mismo que Nabé y Roger. ¡Qué contratiempo tan enojoso que ese tipo de la barba se hospedara precisamente en la misma posada donde estaban ellos! ¿Reconocería a Chatín...? Lo que sí podían dar por seguro es que recordaría a «Ciclón» tan pronto como le echara la vista encima.

Morgan se marchó dejando al hombre solo. Los pescadores del muelle observaron curiosamente a Morgan cuando pasó por su lado. Estaban demasiado apartados para enterarse de lo que había hablado el forastero, pero sabían que los dos hombres se habían peleado.

—¿Está enfadado tu gran amigo, Morgan? —dijo con sorna uno de los pescadores—. ¿Es que no le resultó divertida la última expedición de pesca... a... su «señoría»?

Morgan no contestó y siguió su camino. Los pescadores se rieron y cambiaron expresivas miradas entre ellos cuando el hombre barbudo pasó frente al grupo, pero nadie se atrevió a decirle nada. Dai había desaparecido por completo, oculto en algún rincón donde nadie pudiera encontrarlo.



Los tres muchachos continuaron tendidos en la arena y silenciosos durante un rato. Luego, al oír voces se incorporaron lentamente y se consultaron con la mirada.

—Vamos a bañarnos —dijo Nabé en voz alta por si alguien los estuviera espiando. Luego añadió, bajando la voz—: Hablaremos más tarde. Seguidme.

—¡Sí, un baño me sentará de maravilla, hace tanto calor! —dijo Roger alzando la voz.

Chatín no dijo nada. Todavía continuaba impresionado por lo que acababa de oír. Rogó fervientemente para que la carta continuara oculta en la «roulotte», pero al mismo tiempo se preguntó si no hubiera sido más prudente destruirla.

Ninguno de ellos habló hasta que estuvieron a una regular distancia del muelle. Entonces Nabé se secó el sudor del rostro y dijo:

—¡Uf! ¿Qué demonios es lo que tenemos que hacer ahora? ¡Te aseguro, Chatín, que nos has metido en un buen lío! Y todo por culpa de esa carta cifrada que el idiota de Bruce te ha enviado.

—Bruce no tiene ni un pelo de idiota —protestó Chatín en tono menos arrogante del que tenía por costumbre—. Y para que te enteres bien, ese tipo no ha podido descifrar nuestra carta, lo que nos demuestra que es un código bastante bueno el que hemos inventado Bruce y yo. Y en cuanto a ese tipo de las gafas, me resisto a creer que sea el prestigioso sir Ricardo de quien nos habló la señora Jones.

—Bañémonos —dijo Nabé—. Creo que después de refrescarnos podremos pensar y discutir esto con más claridad. Fue una buena idea la de no traernos a «Ciclón», Chatín; ese tipo lo hubiera reconocido en el acto y nos hubiera fichado a todos.

—Lo peor del caso es que no sé lo que vamos a hacer con «Ciclón» ahora —dijo Chatín, súbitamente deprimido—. Hemos de evitar a toda costa que lo vea ese... sir Ricardo. Pero ya sabes cómo es «Ciclón», no puede dejar de correr por todas partes y meterse en todo.

Los tres muchachos se lanzaron al agua fresca y diáfana, y al salir se sintieron más reconfortados y serenos para enfocar el asunto con calma. Se sentaron sobre la caldeada arena y hablaron.

—Hoy es miércoles, y lo que ha de ocurrir está planeado para el viernes. Opino que el caso es urgente —dijo Roger—. Sólo nos quedan dos días. ¿Creéis que debiéramos comunicarnos con la policía?

—No, no. Yo creo que no. Si lo hacemos empezarán por interrogar al hombre barbudo, y lo que tenía que ocurrir el viernes ya no ocurrirá —dijo Nabé. Frunció el ceño sumido en honda reflexión y añadió—: Estoy pensando en una cosa. Uno de los pescadores le gritó a Morgan: «¿Es que la última expedición de pesca no le resultó divertida a su “señoría”?» Pues bien, ¿qué es lo que quería decir con esto...? Sencillamente, significa que Morgan alquila una barca a sir Ricardo, en apariencia para ir de pesca, pero tal vez salen en busca de «otra cosa» en lugar de pescado, o

quizá traen algo oculto entre el pescado.

—¿Algo que desea traer aquí para guardarlo oculto en algún sitio, quieres decir? —preguntó Roger.

—Sí. Probablemente algo que quiere guardar secretamente sin que nadie conozca su paradero durante mucho tiempo —dijo Nabé algo pensativo—. Me pregunto quiénes serán en realidad ese sir Ricardo... y su amigo el profesor Hollinan, el experto en pájaros... ¿No serán ellos mismos un par de pájaros que se han apropiado estos nombres...? ¿No pudiera ser que se hicieran pasar por sir Ricardo y el profesor Hollinan para ocultar sus propios nombres...? Creo que voy a llegarme hasta Dilcarmock después del té para telefonar a papá y pedirle que nos aclare el misterio.

—Pero deben ser muy ricos si le han prestado al señor Jones todo ese dinero para comprarse la posada —dijo Chatín, hurgando con sus pies en la arena.

—No puedo creer que nadie prestara a un tipo como el señor Jones un montón de miles de libras esterlinas sólo porque le gusta su modo de cocinar —dijo Nabé—. Quiero decir que... cuando uno presta dinero, generalmente exige una garantía, por ejemplo, en el caso del señor Jones podrían pedirle una parte de los beneficios que saca de la posada. Pero ya habéis visto cómo les marcha el negocio..., la posada está prácticamente vacía y estoy más que convencido de que sus beneficios son casi nulos. Fuera de nosotros no hay nadie más que estos dos hombres.

—Bien, entonces, ¿qué clase de garantía les da por el dinero prestado? preguntó Chatín. —¿Crees que les deja la posada para que la utilicen como una especie de cuartel general para los negocios que se traen entre manos?

Nabé se incorporó y se dio una palmada en la rodilla.

—¡Claro que sí...! ¡Has dado en el clavo, Chatín! ¿Qué otro motivo podían tener? Aquí debe haber algún pequeño «gang» organizado. Morgan... y Jim, quienquiera que sea, y también el señor Jones... están metidos en el asunto, y la posada es el cuartel general. ¡Cielos... al fin empiezo a ver claro! ¡Creo que estamos sobre la pista de algo importante!

—Pero ¿qué pista hemos descubierto? —preguntó Chatín excitado—. ¿Cómo podremos enterarnos de esto tan importante...? De momento no sabemos nada de nada. Pero de todos modos no deja de ser sorprendente que tengamos una pista, ¿no? ¡Bueno, lo que os digo es que estoy realmente impaciente por ver qué ocurre aquí el viernes!



## Capítulo XV

### ¡Oh, «Ciclón»!

«Ciclón» se puso frenético de entusiasmo cuando vio regresar a los tres chicos, pero sus ánimos decayeron visiblemente cuando vio que lo encerraban en la «roulotte» mientras todos iban a tomar el té. Ladró quejumbrosamente desde todas las ventanas de la «roulotte», y a la señorita Pi no dejó de chocarle que Chatín se mostrara, en esta ocasión tan duro de corazón.

—En realidad, no comprendo por qué el pobre «Ciclón» no puede venir a compartir el té con nosotros —dijo—. Esta tarde se portó tan dócil y cariñoso que merecía un premio. Dimos un paseo maravilloso, y Diana pudo ver varios pájaros

poco conocidos con sus binóculos de campaña.

—Vi uno que no he podido catalogar —dijo Diana—. Un pájaro verde con una moña de plumas rojas.

—La señorita Jones me ha dicho que el profesor Hollinan, un famoso experto en la materia, se aloja aquí, querida —dijo la señorita Pi—. Es un conocido ornitólogo que...

—Un..., ¿qué? —preguntó Chatín asombrado.

—Un experto en pájaros —aclaró la señorita Pi—. De modo que le sugerí a Diana que le preguntara acerca de ese pájaro tan raro. Probablemente él podrá identificarlo.

Los tres muchachos se sintieron profundamente escépticos respecto a los conocimientos que el profesor pudiera tener sobre los pájaros, pues en primer lugar ninguno de ellos creía que el irascible hombre de la barba fuese un auténtico sir Cualquiera. Sin embargo, Nabé guiñó un ojo a los chicos y dijo alegremente:

—Sí, Diana, has tenido una buena idea. Iré contigo para oír lo que te dice. ¡Siempre se aprende algo de... de un experto!

Chatín se sonrió divertido.

—Sí, siempre se aprende algo —dijo—. Señorita Pi, nos gustaría dar un paseo hasta Dilcarmock después del té, ¿quiere venir con nosotros?

—¡Cielos, no! Ya he andado esta tarde mucho más de lo que acostumbro —dijo la señorita Pi—. Creo que debierais tomar el autobús por lo menos una parte del trayecto. Dilcarmock queda un poco lejos, ¿no?

Los dos nuevos huéspedes entraron en el comedor para tomar el té, y saludaron ceremoniosamente a la señorita Pi. Diana se propuso interrogar al profesor Hollinan cuando saliera del comedor, de modo que se entretuvo con Nabé mientras Chatín y Roger iban a consolar al pobrecito «Ciclón», que continuaba prisionero en la «roulotte».

Finalizado su té, los hombres salieron del comedor con la misma prosopopeya, y se dirigieron a la escalera. Diana se acercó al hombre alto, con bigote recortado y monóculo.

—Oh, excúseme, por favor, profesor Hollinan —dijo casi sin aliento—. Pero sé que es usted un famoso orni... orni... Bueno, gran experto en pájaros, y deseaba preguntarle si... si... podría decirme el nombre de un pájaro que he visto esta tarde.

—Pues..., sí, naturalmente. Estaré encantado de ayudarte —dijo el profesor amablemente—. ¿Dónde lo has visto?

—Pasó volando por esos riscos que hay detrás de la posada —dijo Diana—. Era verde con plumas en la cabeza.

—Ah, bien, bien. Con plumas rojas, ¿eh? —el profesor pareció concentrarse—. El caso es que no puedo arriesgarme a identificar a un pájaro con tan pocos datos —dijo cortésmente—. Parece que se trata de un ave inmigrante que algunas veces suele

visitar esta región..., y en tal caso su nombre sería «Lateus Inmigribus». Sí, puede que sea ése el pájaro que has visto.

—Oh, gracias, profesor —dijo Diana—. ¡Procuraré acordarme de este nombre tan raro!

Nabé aprovechó la ocasión, ahora para entrar en conversación con el forastero, extremando su cortesía y buenos modales.

—Yo vi casualmente un Curlikew-Cuello-Corto —dijo con una sonrisa agradable—. Volaba justamente por los alrededores de la posada. ¿No cree que es bastante raro que merodee por esos contornos, señor?

—Sí, muy raro —dijo el profesor.

—¿Y podría usted decirme si los Dotty-Topo-Negros acostumbran anidar por estas montañas, profesor? —continuó Nabé—. He oído decir que de vez en cuando suelen verse por aquí.

—Pues sí..., es cierto. Tengo noticias de que no es... infrecuente que aniden en estas costas de Gales —dijo el profesor—. Y ahora debo excusarme, muchachos..., creo que mi amigo me espera arriba —y con una ligera inclinación de cabeza subió pausadamente la escalera.

Diana contempló a Nabé con profunda sorpresa.

—¿Dónde has visto tú a un Curlikew-Cuello-Corto? En mí vida he oído que existiera semejante pájaro —dijo—. Y conozco los nombres de casi todos los pájaros de estas islas. Y me gustaría saber también quién te ha informado sobre los Dotty-Topo-Negros.

—¡Nadie! —dijo Nabé tomándola del brazo—. Ese profesor Hollinan es un impostor, querida Diana. ¿Cómo dijo que se llamaba tu pájaro verde con una moña de plumas rojas...? ¿Un «Lateus Inmigribus»...? ¡Y un cuerno...! ¡No encontrarás ese nombre en ningún libro de ornitología...! Ese tipo es tan experto en pájaros como yo mismo.

—¿Lo crees de veras...? Que el profesor Hollinan sea un impostor, quiero decir. Se mostró tan atento..., y tan eficiente.

—Todos los rufianes lo son —dijo Nabé—. ¡Y apuesto a que su amigo, ese sir Ricardo, tiene tanto de botánico como el profesor de ornitólogo! Son unos impostores, se han apropiado los nombres de dos personajes conocidos fingiéndose lo que no son... Pero papá dijo que conocía a esos hombres, y estoy seguro de que si los viera descubriría en seguida que son falsos. Creo que lo mejor será telefonarle y pedirle que haga algunas averiguaciones, y así sabríamos con seguridad si son auténticos o no.

—Bien, vamos a comunicar estas noticias a los demás —dijo Diana—. ¡Cielos...!, y pensar que este profesor fingido dijo que los Dotty-Topo-Negros solían anidar en esas montañas... ¿Cómo pudiste inventarte estos nombres tan raros, Nabé?

—¡Oh, es fácil! —dijo Nabé—. Vámonos pronto, Diana. Quiero ir a Dilcarmock para telefonar a papá cuanto antes. ¡Y tenemos que estar muy sobre aviso con ese endiablado «Ciclón», porque si sir Ricardo le echa la vista encima lo reconocerá al instante!

Hicieron la mitad del camino a Dilcarmock a pie y lo otra mitad en autobús. «Ciclón» estaba encantado. Dos largos paseos en un solo día era realmente algo extraordinario.

Al llegar a la ciudad Nabé telefoneó inmediatamente a su padre.

—Papá, soy Bernabé... ¿Me oyes?

—Sí, habla un poco más alto —dijo su padre—. ¿Estás bien, hijo?

—Estupendamente —dijo Nabé—. Escúchame papá; quería hablarte de algo que nos parece un poco misterioso. Es acerca de aquellos dos hombres... de aquellos famosos expertos de quien nos habló la señora Jones cuando fuimos a comprar helados en su tienda, ¿te acuerdas...? Nos dijo que los huéspedes más asiduos de la posada eran sir Ricardo Ballinor y el profesor Hollinan, un botánico y un ornitólogo. Pues bien, ahora están aquí, hospedados en nuestra posada, y tengo la impresión de que son unos impostores, y de que tienen tanto de expertos como yo... El profesor no es capaz de distinguir un pájaro de otro. Tú dijiste que conocías a estos señores, papá, ¿qué aspecto tienen? Me refiero a los auténticos, claro está, a los que tú conoces.

—Uno de ellos, Hollinan, es alto con bigote cuidadosamente recortado y lleva monóculo —dijo el padre—, y el otro, sir Ricardo, es de estatura más bien baja y lleva barba negra.

—¡Cielos! —dijo Nabé sorprendido, al oír que su padre describía fielmente los dos hombres que estaban en la posada—. Tus señas corresponden exactamente a los dos personajes que están aquí, papá, ¡a los que yo había tomado por impostores! Con todo..., ¿no podrías averiguar si el auténtico profesor Hollinan y sir Ricardo están actualmente en Londres...? Sí están allí, sabré con certeza que éstos son falsos y los vigilaremos para descubrir qué es lo que están maquinando. En cambio, si averiguas que están en Gales, bueno..., entonces tendré que reconocer que nos hemos equivocado. De todos modos, sigo convencido de que no son lo que dicen ser, es más, lo aseguraría.

Su padre sonrió.

—¿Otro misterio en puertas, Nabé? —dijo—. Descuida, no tardaré en saber el actual paradero de sir Ricardo y el profesor Hollinan. Ambos son socios de mi club, y puedo enterarme fácilmente. Recibirás pronto noticias mías diciendo si esos hombres son falsos... o auténticos.

—Gracias, papá —dijo Nabé—. Pero no me telefonees, uno de ellos podría ponerse al aparato... Envíame un telegrama con una sola palabra: «Falsos» si los verdaderos expertos no son éstos, y «Auténticos» si lo son. Bastará con esto para que

yo sepa qué hacer.

—De acuerdo, pero no te metas en ningún asunto desagradable o que pueda tener consecuencias, Bernabé —dijo el padre—. Llámame si puedo ayudarte en algo más. De momento voy a enterarme de eso y recibirás mi telegrama esta misma noche. En el telegrama pondré además el número de teléfono de la posada para que puedan transmitírtelo desde la oficina de telégrafos más próxima. Y recuerda bien esto, hijo: ¡no te busques complicaciones...! Si estos hombres no son lo que aparentan ser, y se dan cuenta de que se les está espiando, pueden acarrearle algún disgusto.

—Tendré cuidado, papá. ¡Gracias por todo y... adiós! —dijo Nabé colgando el receptor. Al salir de la cabina les contó a sus amigos lo que le había dicho su padre—. Confío en que antes de acostarnos recibiremos noticias de papá —dijo—. Y sabremos si nuestras sospechas son ciertas o no. ¡Pero apostararía cualquier cosa a que estamos sobre la buena pista!

Los cuatro recorrieron a pie la mitad del camino hacia la posada, y tomaron luego el autobús hasta el pueblo, pues a decir verdad se sentían bastante cansados. Hasta el incansable «Ciclón» aceptó agradecido un poco de reposo. «Miranda», naturalmente, estaba encantada por este medio de locomoción, pues se pasó la mayor parte del tiempo subida al hombro del joven Nabé..., y los pasajeros del autobús la miraron de tal modo que su amo tuvo que llamarla al orden.

—Basta de golosinas, «Miranda», o vas a marearte —le dijo severamente—. Y deja de pellizcarme la oreja y de protestar, porque no te valdrá. Eres de lo más chinchoso que he conocido.

Pocos minutos antes de las ocho sonó el teléfono en el vestíbulo, y la señora Jones entró corriendo en el saloncito donde estaban todos sentados.

—Es para usted, señorito Bernabé. Le llaman al teléfono.

Nabé al coger el auricular oyó una voz que decía:

—Tengo un telegrama para usted, señor. El mensaje no lleva más que una palabra: «Falsos».

—Gracias —dijo Nabé colgando el receptor.



—«¡Falsos!» —iba pensando el dueño de «Miranda»—. ¡Bueno, estábamos en lo cierto entonces! Estos amigos tan ricos e importantes del señor Jones no son más que unos vulgares farsantes que están metidos en algún negocio deshonesto, ¡y el señor Jones los ayuda y es su encubridor! ¡Sí, deben ser unos tipos de cuidado puesto que necesitan ocultar sus propios nombres...! Bien, ahora podremos continuar nuestras pesquisas y trataremos de averiguar qué es lo que están maquinando. La noche del viernes es, evidentemente, la noche en que ha de ocurrir algo. ¡Si por lo menos supiéramos qué hemos de buscar... y dónde!

Fue al encuentro de sus amigos para contarles lo del telegrama. Diana les propuso explicárselo todo a la señorita Pi, pero los demás se opusieron rotundamente.

—Pero todo este asunto se va complicando y puede resultar peligroso —insistió Diana—. Si estos hombres son unos impostores, tendríamos que avisar a la policía.

—Esperaremos hasta el viernes para ver si entonces descubrimos algo —dijo Nabé—. ¡Y por todos los santos del cielo! ¡Tened cuidado con «Ciclón»! ¡Si uno de estos hombres lo descubre y sospecha que pertenece a uno de nosotros, estaremos en peligro..., porque sabrán que el dueño de «Ciclón» es el que tiene la carta «auténtica», y no se darán punto de reposo hasta que puedan pescar a Chatín y obligarle a entregarle la carta!

—Bueno, entonces sólo queda una cosa que hacer —dijo prontamente Chatín—. ¡Destruyámosla!

—No —dijo Nabé—. Tendremos que presentarla como prueba y demostrar que realmente nos apoderamos de ella en las circunstancias que todos sabemos..., cuando la policía intervenga en el caso y nos pidan declaración. De momento, lo más urgente es ocultarla en un lugar seguro. Voy a buscarla ahora mismo.

Salió de la habitación y fue directamente a la «roulotte». La carta estaba guardada en la funda de la almohada de Chatín, y Nabé deslizó allí su mano hasta encontrarla. Luego buscó algunas tachuelas y se las llevó, con la carta cifrada, fuera de la «roulotte». Se metió a rastras debajo del coche y sujetó firmemente la carta con las tachuelas en el tablón que formaba el piso de madera de la «roulotte».

Salió también a rastras y se incorporó sonriendo. ¡Si alguien encontraba la carta allí, tendría que ser un tipo más que listo!

«Ciclón» permanecía tristemente sentado en la «roulotte» sin comprender por qué no le permitían entrar en la posada. Nabé se compadeció al verle tan aburrido y dejó a «Miranda» para que le hiciera compañía. La monita corrió a su lado parloteando animadamente, pero «Ciclón» no le hizo el menor caso. Esperaba que su querido Chatín viniera a buscarlo.

Todos se acostaron pronto aquella noche porque estaban terriblemente cansados.

—Con tantos baños, paseos y toda esta excitación, casi no puedo tener los ojos abiertos —dijo Chatín dando un enorme bostezo que contagió a todos los demás.

—Lo comprendo —dijo la señorita Pi bostezando también—. Vámonos, Diana. Y vosotros, muchachos, acostaos también. ¡Buenas noches!

Todos descansaron profundamente, y Diana se sentía tan a gusto en la cama que no quería levantarse cuando, a la mañana siguiente entró la señora Jones con el agua caliente, seguida, como de costumbre, por el pequeño David y su inseparable ganso.

—¡Oh, señora Jones..., no creo que necesitemos aquí dentro a ese ganso! —protestó la señorita Pi, y la señora Jones hizo salir inmediatamente a los dos intrusos.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que vinieran siguiéndome —dijo—. Ese Dafydd... mete la nariz por todas partes, y su ganso es tan entrometido como él... En la mismísima despensa estaba ayer, señorita, tan cierto como que le estoy hablando ahora, y picoteando los ricos «scones» que mi esposo acababa de sacar del horno para el té. A sir Ricardo y al profesor Hollinan les hace tanta gracia el pequeño Dafydd, que los sigue todo el santo día. Digo yo que lo miman demasiado, y...

—Bien, puede dejar el agua aquí, señora Jones, y gracias. Bajaremos a desayunarnos dentro de media hora —dijo la señorita Pi con firmeza, pues sabía que de no interrumpirla seguiría hablando hasta que le faltara el aliento.

Todos acudieron puntuales al comedor para el desayuno, y sir Ricardo y el profesor ocupaban también su mesa de costumbre frente a una de las ventanas. Ninguno de ellos podía sospechar que en aquel momento el pequeño David y su ganso se hallaban, una vez más, asomados a la ventana de la «roulotte»... y que David se sentía muy apenado por «Ciclón», el cual esperaba que Chatín lo libertara.

—Pobrecito perro —dijo David suavemente, llamando con los dedos sobre el cristal de la ventana—. ¡Pobrecito «Ciclón»!

«Ciclón» vio el pequeño rostro de David espiando por la ventana y se puso a ladrar esperanzado, arañando el cristal, pues se había subido a una de las camas y permanecía empinado sobre sus patas traseras.

—Dafydd abrirá la puerta para el pobrecito perro «Ciclón» —dijo el niño, complacido—. Espera un momento, «Ciclón».

Se bajó de la rueda donde había subido y, seguido del ganso fue hacia la puerta. Estaba cerrada pero no le habían echado la llave, y pudo abrirla fácilmente.



«Ciclón» salió de allí como un auténtico ciclón, ladrando como loco, y el ganso echó a correr también, cloqueando a todo pulmón, como si le persiguieran las furias. El pequeño David se quedó profundamente decepcionado. ¡Esperaba por lo menos una palabra de agradecimiento por parte de «Ciclón»!

«Ciclón» cruzó la suave pendiente de la colina a velocidad de relámpago y entró en la posada cuya puerta estaba siempre abierta. ¿Dónde estaba Chatín...? Se lanzó como un torbellino por la puerta del comedor y entró ladrando alegremente.

—¡¡«Ciclón»!! —dijo Chatín horrorizado—. ¡Oh, «Ciclón»! ¿Cómo has podido salir?

Por toda respuesta, «Ciclón» se le echó encima lamiéndolo y saltando con tanta efusión que se hubiera dicho que llevaba un mes sin verlo. Nabé echó una rápida mirada hacia la mesa ocupada por los dos hombres, a los que la señora Jones acababa de servir sendos platos de huevos con jamón. Sir Ricardo contemplaba a «Ciclón» con una sorpresa rayana en la incredulidad, y dio un ligero codazo al profesor Hollinan.

—¡Éste es el perro! —dijo—. Lo hubiera reconocido en cualquier sitio. ¡Y pertenece a aquel chico!

Nabé no pudo oír lo que decían, pero no le costó nada adivinarlo. «¡Mal rayo! —pensó—, ahora estos hombres sabrán con toda certeza que Chatín era el muchacho que tiene su carta cifrada».

—¡Pronto, Chatín! —dijo—. ¡Salgamos inmediatamente con «Ciclón»! ¡Corre, no te entretengas!... ¡Estos hombres han reconocido a «Ciclón»... y a ti también!



## Capítulo XVI

### Chatín se marcha por un día

Chatín estaba realmente asustado. Se levantó rápidamente, y seguido por Nabé, abandonó la mesa sin decir palabra y salió del comedor. «Ciclón» le siguió entusiasmado, sin dejar de ladrar. La señorita Pi, acostumbrada a los buenos modales de los niños, observó su marcha con profunda indignación y asombro.

—¿Dónde han ido?... ¿Por qué han abandonado la mesa sin decirme ni una palabra, ni excusarse siquiera?... —dijo resentida—. ¿Es que alguno de ellos se encuentra mal, Diana?

Roger le largó a su hermana un puntapié por debajo de la mesa, temeroso de que dijera algo comprometedor, y explicó confusamente:

—Oh..., ¿no cree que Chatín parecía un poco pálido? Tal vez le ha dado

demasiado el sol estos días... Debe haber pedido a Nabé que le acompañara.

—Será mejor que vaya a ver qué es lo que tiene —decidió la señorita Pi.

—Nabé no tardará en regresar —dijo Roger—, sería una lástima que se le enfriaran los huevos con el jamón por una cosa de nada. Nabé estará de vuelta en menos de un minuto.

Miró de refilón a los dos hombres sentados frente a la ventana. Estaban hablando con las cabezas casi juntas, de un modo muy apremiante, y el hombre de las barbas parecía estar furioso y deprimido. Roger hubiera querido oír lo que hablaban entre ellos.

Chatín estaba ahora a salvo en la «roulotte», con «Ciclón» a sus pies y Miranda en brazos de Nabé. Estaban discutiendo acerca de la desdichada aparición del perro en el comedor.

—¿Cómo pudo salir «Ciclón» de aquí? ¡Nunca he visto que un perro pudiera abrir una puerta por sí solo! —dijo Chatín—. Apostaría lo que no tengo a que ha sido esa peste de David, siempre metido en todo. ¡Bien, ahora la cosa está que arde! Estos hombres han reconocido a «Ciclón», y saben que yo soy el chico que tiene la carta cifrada.

—Sí, y lo primero que harán es intentar recuperarla —dijo Nabé—. Cómo, no lo sé, pero éste puede ser un asunto bastante serio para ti, Chatín, si logran ponerte las manos encima. Creo que lo mejor que podrías hacer es ocultarte.

—Sí, de acuerdo, pero ¿dónde? —preguntó Chatín, abatido—. ¿En la «roulotte»? Me pescarán en seguida.

—¡No aquí no, ni pensarlo! —dijo Nabé—. Lo mejor sería que cogieras el primer autobús para Dilcarmock y te pasarás todo el día allí. A menos que estos hombres te vean subir al autobús, nunca adivinarán a dónde has ido. Y, pensándolo bien, será mejor que yo vaya contigo.

—Sí, será mejor —dijo Chatín, todavía deprimido—. Pero ¿qué diantres de explicación podremos darle a la señorita Pi?

—Le diremos la verdad, que tú y yo vamos a pasar el día a Dilcarmock —dijo Nabé levantándose—. Voy a ver si puedo pillar a Roger y decirle lo que vamos a hacer... y él se encargará de explicarle a la señorita Pi que hemos decidido ir a la ciudad, y que con las prisas por coger el autobús no hemos podido despedirnos de ella.

—Ni siquiera pude acabarme los huevos con jamón —gimió Chatín—. Oh, ¿por qué habré tenido la mala pata de meterme en este lío por culpa de aquella carta idiota?

—Voy en busca de Roger —dijo Nabé, y salió corriendo hacia la posada.

Tuvo buen cuidado en no dejarse ver desde las ventanas del comedor, pues sabía que los hombres estaban allí. Se asomó a la puerta del comedor y, aprovechando que

la señorita Pi le daba la espalda, hizo una seña a Roger para que saliera.

—Excúseme un momento, señorita Pi —dijo Roger, y salió hacia el vestíbulo antes de que aquélla pudiera hacerle preguntas. De nuevo volvió a sentirse la señorita Pi intrigada y sorprendida.

—Quisiera saber qué es lo que están haciendo todos esta mañana —dijo—, confío en que por lo menos tú te encuentres bien, Diana. Creo que debería ir a ver lo que ocurre a los niños.

—Bien, pero ¿por qué no tomamos primero algunas de estas tostadas recién hechas? —dijo Diana, para que los chicos tuvieran tiempo de organizar sus cosas—. ¡Son tan apetitosas con esta rica mantequilla!

Nabé le contó a Roger, en pocas palabras, el plan que se habían trazado.

—Hemos pensado que lo mejor que puede hacer Chatín es desaparecer durante todo el día, de modo que nos vamos a Dilcarmock en el primer autobús y regresaremos a la hora de cenar. Entonces encerraré a Chatín en la «roulotte» con llave y diremos que está cansado... Le llevaré algo de comer y... y tal vez quede con él para cenar juntos. Conviene evitar que estos hombres recurran a la violencia para apoderarse de él, ¿comprendes?

—Sí —dijo Roger—. Pero tengo que hacerte una advertencia; la señorita Pi empieza a estar escamada con tantas idas y venidas. Creo que sospecha algo. Y..., mira, lo que tenéis que hacer es marcharos los dos ahora mismo, porque no tardará ni dos minutos en aparecer por aquí para indagar qué ocurre.

—Bien, nos vamos volando —dijo Nabé, y se fue a la «roulotte» corriendo a la mayor rapidez que pudo en busca de Chatín.

Roger se quedó mirándolos mientras corrían velozmente colina abajo, hacia el pueblo. ¿Llegarían a tiempo para coger el autobús? Acostumbraba pasar a esa hora, y si no lo alcanzaban a tiempo tendrían que esperar otra hora entera. Regresó a la posada y tropezó con la señorita Pi que salía apresuradamente, después de haberse comido lo más rápidamente posible los huevos con jamón, las tostadas y el café.

—Oh, Roger, ¿puedes decirme lo que ocurre? —preguntó—. Estoy enteramente desconcertada: Levantarse de la mesa así, uno tras otro, sin la menor frase de excusa y sin dar la menor explicación, es francamente, muy poco correcto, querido. ¿Dónde están Nabé y Chatín?

Roger dio una cauta mirada en torno antes de contestar, para asegurarse de que los dos hombres no podían oírles.

—Bueno, todo es la mar de sencillo —dijo sonriendo amablemente—. Por lo visto han decidido ir a pasar el día a Dilcarmock y tuvieron que marcharse corriendo para no perder el autobús. Me encargaron que se lo dijese a usted y que les excusara.

—Pero..., querido..., creo que debían haberme dicho por lo menos una palabra acerca de sus planes —dijo la señorita Pi más aturdida y asombrada que nunca—. ¿Y

tú y Diana? ¿Es que no vais con ellos?

—Pues..., no..., preferimos quedarnos aquí para hacerle compañía a usted —dijo Roger—. ¿Qué le parece si fuéramos a dar un paseo en barca los tres esta mañana?

—Bueno, creo que sería realmente muy agradable dar un paseo por mar —dijo la señorita Pi, complacida—. Sí, muy agradable. Pero quiero tener una explicación con Nabé y Chatín cuando regresen de su excursión... ¡No me ha gustado absolutamente nada que abandonaran la mesa tan bruscamente y a la mitad del desayuno además!

En este preciso instante los dos hombres salieron de la posada hablando en voz baja, y mirando en torno con ojos inquisitivos. Roger tuvo la seguridad de que buscaban a Chatín. Luego le vieron a él, y sir Ricardo avanzó unos pasos en su dirección como si tuviera intención de decirle algo, pero su compañero le sujetó por el brazo para impedirselo. ¡Era evidente que no querían hablar en presencia de la señorita Pi!

«Pensarán que la señorita Pi avisaría inmediatamente a la policía —se dijo Roger— si empezaran a discutir acerca de Chatín y de cartas cifradas. Celebro ver que Diana salía tras ellos».

—¡Di...! Nos vamos de excursión en barca —gritó alborozado—. Hace un día a propósito..., un sol espléndido y un vientecillo que nos empujará hacia el mar abierto.

—¡Oh, estupendo! —dijo Diana, deseosa de saber qué había ocurrido con Chatín y Nabé, pero sin atreverse a preguntarlo en presencia de la señorita Pi.

Roger la tomó del brazo y se la llevó corriendo hacia la «roulotte».

—¡Vamos a arreglar las camas! —dijo a la señorita Pi—. Estaremos listos en menos de diez minutos.

Diana pensó que Nabé había tenido una excelente idea al llevarse a Chatín a Dilcarmock para todo el día.

—Cuando haya pasado el viernes, y haya ocurrido... lo que tenga que ocurrir, sea lo que sea, me sentiré mucho más tranquilo —dijo—. ¡Lo que no comprendo es por qué tiene que estar siempre Chatín metiéndose en complicaciones! ¡Y complicándonos a nosotros también! Y lo más curioso es que nada parece importarle nada, ¿verdad...?

Apostaría que en este instante está sentado en el autobús rebosando satisfacción, tocando un imaginario banjo, y provocando la risa de los pasajeros.

Diana no se equivocaba. Chatín estaba ciertamente, en el autobús, sólo que en lugar del banjo fingía tocar una armónica, con la que improvisaba las más inesperadas melodías. Y como había pronosticado también Diana, los pasajeros del autobús estaban materialmente pendientes de él, comentando su alegre humor y riéndose de sus fantasías. Sí, ¡Chatín era el que menos preocupado se encontraba!

Cuando «Miranda» se deslizó al suelo y empezó a bailar al son de las músicas de

Chatín, hasta el conductor quiso volverse para disfrutar del espectáculo... y el autobús estuvo a punto de caerse en una zanja.

—¡Para ya de tocar, Chatín! —dijo Nabé—. ¡Nos harás volcar!

Entretanto, en la posada los demás se preparaban para dar su paseo en barca. La señorita Pi insistió en que todos llevaran un sombrero de paja, porque el sol caería a plomo sobre la barca y no tendrían donde guarecerse. Tuvieron que ir a comprarlos a la tienda de la anciana señora Jones, lo que significaba un helado extra para cada uno, naturalmente.

Mientras saboreaban el helado, los dos hombres de la posada aparecieron al final de la calle. Siguieron avanzando lentamente y al pasar frente a la tienda, se asomaron a ver, pero no dijeron nada, y con gran alivio de Roger, continuaron su camino.

—No me gustan nada estos hombres —dijo la señorita Pi—. Y no logro explicarme qué es lo que vienen a buscar aquí..., no son aficionados a bañarse ni a pescar..., y fijaos, con el calor que hace hoy, llevan traje completo y corbata... Si no fueran personajes de tanto relieve, me inclinaría a pensar que no persiguen nada bueno por esos contornos.

—No me sorprendería que estuviera usted en lo cierto, señorita Pi —dijo Roger gravemente, y Diana no pudo reprimir una sonrisa.

Alquilaron un bote de remos y pasaron una mañana deliciosa. Los dos niños se turnaron para remar y para jugar con el agua asomados a la borda. Luego se bañaron lanzándose al agua desde el bote, y muy pronto su piel fue poniéndose de un rojo tostado. En cuanto a la señorita Pi, estaba satisfecha en extremo con su nuevo sombrero de paja.



Nabé y Chatín también disfrutaron de un día magnífico en Dilcarmock. Era ésta una gran población costera, materialmente atestada de veraneantes en la que abundaban los lugares de esparcimiento y una infinidad de atracciones de todas

clases. Nabé, que había sido tiempo atrás un pobre muchacho de circo, hecho a ganarse el pan trabajando en ferias y espectáculos, disfrutó enormemente recorriendo estos lugares que le resultaban en cierto modo, familiares: los tiovivos, trapecios, montañas rusas, los autochoque. Incluso encontró, entre los feriantes, algunos antiguos amigos que había conocido en la feria de Rilloby y charló un rato con ellos. Desgraciadamente, el pobre Chatín tuvo que limitarse a escucharlos, pues no entendía nada de lo que decían.

«Miranda» estaba entusiasmada con todo, naturalmente, y «Ciclón» tuvo la oportunidad de encontrarse con tantos perros callejeros que nunca había soñado en divertirse tanto. Pensó que Dilcarmock era mucho más interesante que el lugarejo de Penrhynchdraith.

—Empieza a ser hora de tomar el autobús de regreso —dijo finalmente Nabé—. Si no cogemos éste, llegaremos tarde para cenar, aunque no sé si serás capaz de comer ni un bocado después de haberte zampado por lo menos una docena de helados, Chatín, y no sé cuántas raciones de gambas y porciones de ese horrible pan de jengibre y tres tartas de carne y... no sé cuántos bocadillos de queso.

—Bien, a pesar de todo, empiezo a tener hambre y quisiera cenar pronto —dijo Chatín—. De modo que no quisiera perder este autobús. «Ciclón», sígueme como si fueras mi propia sombra, no quiero perderte ahora que está a punto de llegar el autobús.

Fueron a la parada del coche y éste llegó a los dos minutos. Tuvieron la suerte de poder sentarse en los asientos delanteros; «Miranda» se subió al hombro de Nabé para no perderse nada, como de costumbre, y «Ciclón» se tendió a los pies de Chatín.

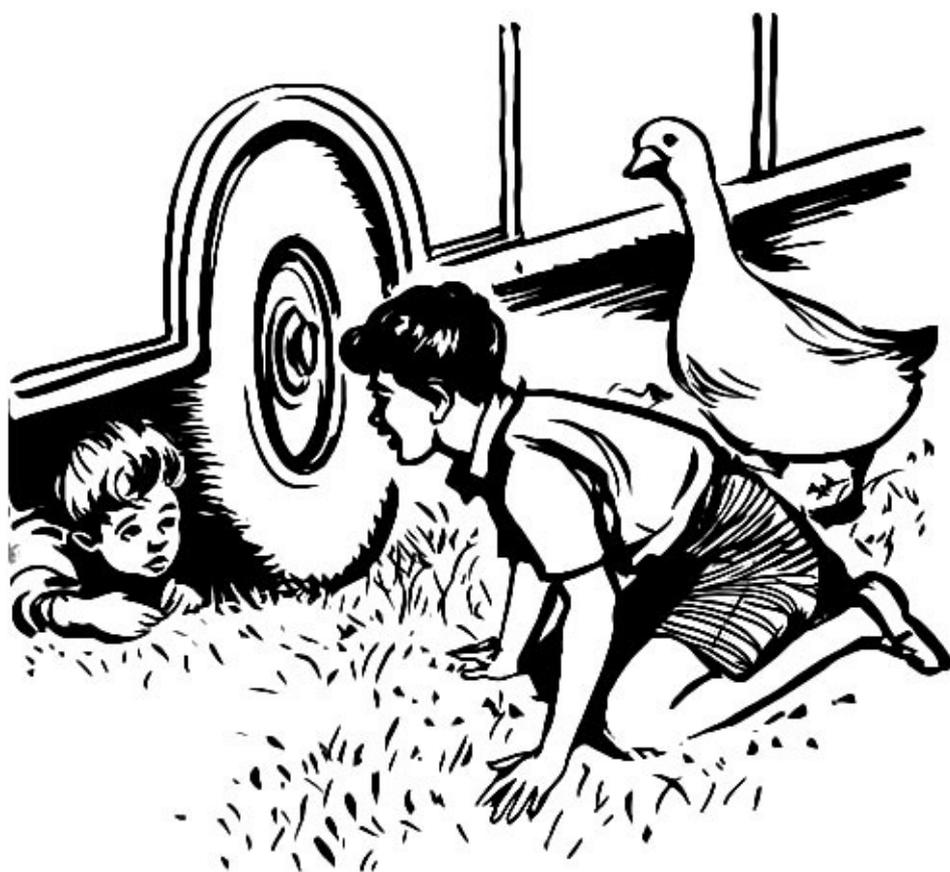
—Espero que esos dos hombres no me echarán el guante en lo que queda de tarde —dijo de pronto Chatín—. Los había olvidado por completo en medio de tanta diversión y tanto trajín. ¿Crees que podré ir al comedor para cenar?

—Sí..., no te pasará nada si todos estamos contigo —dijo Nabé—. ¡Pero entiéndelo bien, no debes separarte de nosotros ni una pulgada! Ni tú ni «Ciclón», hasta que vayamos todos a acostarnos. Diremos a la señorita Pi que estamos cansados y nos iremos pronto, ¿comprendes?

Se sintieron felices al subir la colina hacia la posada, porque estaban realmente cansados. Roger los esperaba a cierta distancia de la casa, con el rostro abatido.

—¡Pronto, venid corriendo! —dijo, en cuanto los vio llegar—. Ha ocurrido una verdadera catástrofe..., la carta cifrada ha desaparecido de debajo de la «roulotte», ¡del mismísimo lugar donde la clavó Nabé! Yo diría que ese pequeño rufián, ese entrometido de David es quien la ha descubierto y se la ha llevado. No he podido encontrarlo por ninguna parte, porque de lo contrario le hubiera obligado a devolvérmela... ¡Pero lo que ahora me quita el sueño es pensar que estos dos hombres puedan sorprender a David con la carta en la mano! ¿No es una auténtica

peste ese granuja?



## Capítulo XVII

### ¿Dónde esta la carta cifrada?

Nabé y Chatín contemplaron a Roger mudos de estupor. ¡La carta cifrada había desaparecido! ¿Quién podía sospechar que una carta tan ingeniosamente oculta, clavada con tachuelas debajo de la «roulotte» pudiera ser descubierta por alguien?

—Y no es solamente esto..., sino que cuando entré en la «roulotte» después del té, encontré la cerradura forzada, la puerta abierta de par en par y todo lo de ahí dentro revuelto de arriba a abajo.

—Esto deben haberlo hecho sir Ricardo y el profesor, que estarán como locos buscando la carta —dijo Nabé—. David no se hubiera atrevido a hacer una cosa así. Y además, no hubiera podido forzar la cerradura.

—¿Por qué sospechas que David tiene la carta? —preguntó Chatín.

—Pues, verás..., te lo contaré —dijo Roger—. Fuimos de paseo en barca esta mañana con la señorita Pi y Diana, y cuando regresamos a la hora de comer tuve que ir a buscar algo en la «roulotte»... y vi que «Patoso», el ganso, estaba rondando por allí. La cerradura todavía no había sido forzada. Pero, bueno, el caso es que me sorprendió ver al ganso solo, porque siempre va detrás de David como un perro...

—¿Dónde estaba David, pues? ¿Debajo de la «roulotte»? —preguntó Nabé.

—¡Sí! Lo busqué por todas partes sin poder dar con él..., y de pronto el ganso metió la cabeza debajo de la «roulotte» y cloqueó como queriendo decir: «¡Pronto, sal de ahí, Dafydd! ¡Hay moros en la costa!» Me arrodillé en el suelo para mirar, y allí estaba el pequeño granuja, más quieto que un ratoncillo.

—¿Viste si tenía la carta en la mano? —preguntó Chatín.

—No. ¡A decir verdad no pensé en la carta entonces! —dijo Roger—. Me limité a echarle un par de gritos para que saliera, y le dije que no se acercara a la «roulotte» para nada. Es un fisgón y un ladronzuelo, que pesca todo lo que le cae en gracia, igual como hacen los monos. ¡Oh, lo siento, «Miranda», había olvidado que estabas aquí!

«Miranda» se puso a parlotear como si le entendiera, y Roger continuó su relato.

—Bien, David echó a correr seguido de «Patoso», y entonces, de pronto, me acordé de la carta, me metí a rastras debajo de la «roulotte» para echar una mirada, ¡y la carta había desaparecido! Las tachuelas estaban todas por el suelo, de modo que alguien las había arrancado para apoderarse de la carta. Y estoy más que seguro de que ese «alguien» es David, porque de no ser él, mejor dicho, de haber sido esos dos hombres, no hubieran venido por la tarde a registrar la «roulotte», ¿no os parece?

—No, claro que no —dijo Nabé—. Bien, ahora el asunto es averiguar si ese diablo de David tiene todavía la carta en su poder. ¡Y esto tenemos que averiguarlo ahora mismo!

Pero resultó que David ya se había acostado.

—¡Está durmiendo como un tronco! —dijo la señora Jones cuando fueron a interrogarla—. ¡Qué día de trajín han tenido hoy los dos, él y ese ganso que no lo deja a sol ni a sombra! Tan pronto estaba en la despensa como en la bodega, como arriba..., como en los lugares más insospechados, y trastornándolo todo como si realmente estuvieran poseídos de... de...

—Queríamos verle para hacerle un pequeño obsequio... ¿Cree usted que le gustaría este relojillo despertador que gané al tiro al blanco en Dilcarmock? —dijo Nabé, sacando del bolsillo un atractivo reloj.

—¡Y cómo no! ¡Claro que le gustará! De veras que sí —ponderó la señora Jones, encantada—. Pero no esta noche, señorito; está durmiendo profundamente. Mañana se lo daré yo misma.

—No, preferiría dárselo yo —dijo Nabé guardándose de nuevo el reloj con gesto decisivo—. Le veré mañana —añadió, y salió antes de que la impulsiva señora Jones pudiera decir más.

—Con este reloj podremos conseguir que nos devuelva la carta —dijo Nabé—. ¡El pequeño farsante...! ¡Claro que tuvo un día de trajín hoy!... ¡Debió esconderse por todos los rincones para que Roger no lo encontrase!

—Bueno, supongo que todos los críos hacen cosas así cuando tienen la edad de ese... renacuajo —dijo Chatín—. Recuerdo que cuando yo era así de pequeño lo que más me divertía era meterme debajo del coche de mi tío, y dejar que el aceite me goteara encima hasta que quedaba hecho un pingo.

—Te creo muy capaz —dijo Diana, escandalizada—. Afortunadamente yo, de pequeña, no tuve nunca esta clase de aficiones.

La cena resultó muy animada, y grande fue el asombro de los niños al ver que los dos famosos huéspedes no estaban allí.

—¿Es que se han marchado sir Ricardo y el profesor? —preguntó Nabé a la señora Jones, señalando con la cabeza la mesa vacía.

La mujer negó sonriendo.

—Oh, no, señorito. Cenaron un poco más temprano para reunirse con unos amigos. Son personas muy ocupadas, señorito; aun cuando estén en un lugar tan apartado y tranquilo como Penrhyndendraith, no olvidan ni por un instante sus obligaciones y sus estudios. Son hombres ricos, hombres muy importantes, señorito, y puedo decir con orgullo que les agrada nuestra posada. Se encuentran a gusto aquí..., pero es la comida, señorito, lo que más les gusta. Y a ustedes también les gusta la comida que hace mi marido, lo sé... Ustedes...

—Sí, por supuesto, señora Jones —dijo la señorita Pi en un tono tan perentorio, que la efusiva mujer quedó cortada en seco y se alejó respetuosamente del comedor.

—¡Es exactamente lo mismo que un disco! —dijo Chatín riendo—. Lo que no comprendo es por qué la interrumpe usted cuando habla, señorita Pi. A mí me divierte horrores. Podría estar escuchándola durante horas y horas.

—No me extrañaría, Chatín —dijo la señorita Pi—. Pero ocurre que tú y yo no tenemos los mismos gustos, y opino que es mucho mejor no «alentarla», ¿comprendes?

—Bueno, no me riña por esto —dijo Chatín agachando la cabeza—. Cualquiera podría pensar que soy un... un excéntrico.

La señorita Pi no pudo reprimir la risa, y todos le hicieron coro.

—Señorita Pi, nunca conseguirá usted apabullar a Chatín —dijo Roger—. Todos hemos intentado hacerlo un día u otro..., pero es inútil. Parece hecho de goma, lo rebota usted contra el suelo y en seguida salta de nuevo con más bríos que antes.

Todos decidieron retirarse temprano a dormir, pues habían tenido un día largo y

cansado. Los tres muchachos celebraron una conferencia, por la mañana, en la «roulotte».

—Trincaré a ese David en cuanto amanezca mañana, si es que puedo dar con él —dijo Nabé—. Y te obligaré a devolverme la carta. Tú, Chatín, deberás tener sumo cuidado en no acercarte para nada a esos dos hombres. Deben estar seguros de que llevas la carta encima. Saben que no está en la «roulotte», puesto que la registraron de arriba abajo sin encontrarla... y ¡buena faena hicieron en ella los muy bribones!

—Pero ¿cómo podré mantenerme alejado de esos dos tipos, mañana? —quiso saber Chatín—. No puedo pasarme todo el tiempo cogiendo el autobús para Dilcarmock y atiborrándome de helados allí.

—Ya pensaremos algo —dijo Nabé bostezando—. Voy a acostarme, estoy rendido de sueño... Mañana me las entenderé con el picaruelo de David, y no le dejaré en paz hasta que me haya dado la carta.

A la mañana siguiente los tres amigos se dedicaron a buscar al pequeño David y al ganso tan pronto como estuvieron vestidos, pero no pudieron encontrarlo en ninguna parte. Nabé decidió, finalmente, meterse en la cocina donde el señor Jones estaba preparando los desayunos. El hombre tenía el mismo aspecto agriado y resentido de siempre, pero ¡qué bien olían sus guisos!

—Buenos días, señor Jones —dijo cortés al entrar—. ¿Podría decirme dónde está David?

El señor Jones tenía en la mano una sartén, y se volvió hacia Nabé con cara de pocos amigos.

—No, no lo sé —dijo con hosquedad—. No le permito entrar aquí cuando estoy cocinando.

Chatín y Roger se habían quedado esperando a la puerta, y al oír su respuesta se apresuraron a marcharse con Nabé. Era evidentemente que el señor Jones tampoco deseaba «su presencia» allí cuando estaba cocinando.

—¡Qué tipo tan intratable y malcarado! —dijo Roger, cuando se hubiera alejado un trecho de la cocina—. Da la impresión de que sólo se sentiría enteramente feliz viviendo solo en la posada sin nadie que pudiese fastidiarle.

Habían decidido vigilar de cerca a los dos hombres para estar al tanto de lo que se proponían hacer, pero no vieron ni rastro de ellos. Pasado un rato, Nabé entró cautelosamente en el comedor para ver si estaban allí... y lo único que vio fue a la señora Jones que estaba quitando el mantel y retirando el servicio de la mesa frente a la ventana.

—Oh, ¿ya han desayunado el profesor y sir Ricardo? —preguntó Nabé.

—Sí, señorito. Hoy Pidieron el desayuno muy temprano —dijo la señora Jones—. Sir Ricardo insistió especialmente en desayunar lo antes posible, dijo que tenía mucho trabajo que hacer hoy, y...

—Mucho trabajo, ¿eh? —dijo Nabé—. Pero ¿qué clase de trabajo hacen en un lugar tan pequeño como éste? No les he visto de excursión por las montañas en busca de pájaros o plantas...

—Oh, sir Ricardo posee dos magníficos barcos de pesca —dijo la señora Jones—, y muchas cosas más. Es un hombre muy activo y emprendedor, señorito. El...

Pero justamente en aquel momento entraron en el comedor la señorita Pi con Diana, y al verlas la señora Jones salió a escape hacia la cocina en busca del desayuno.

Al levantarse de la mesa, los tres muchachos se dedicaron a buscar de nuevo a David con renovado empeño, sin dejar por ello de mantener el ojo alerta respecto a las idas y venidas de los dos hombres. Éstos, sin embargo, brillaron por su ausencia. Era casi mediodía cuando consiguieron, al fin, localizar a David. Le vieron correteando con «Patoso», como de costumbre, por la parte trasera de la posada. Al verlos se acercó inmediatamente al grupo.

—Madre dice que tenéis un reloj —dijo sin preámbulos—. Un bonito reloj para mí.

—Oh, te lo ha contado, ¿eh? —dijo Nabé echando mano del reloj que guardaba en el bolsillo y mostrándoselo ostensiblemente por los cuatro costados.

El pequeño David lo contemplaba absolutamente fascinado, y comenzó a hablar muy de prisa en galés. Luego tendió la mano para apoderarse del hermoso reloj, pero Nabé fue más rápido y lo puso fuera de su alcance.

—No, espera un momento —dijo—. David, si yo te doy el reloj, tú tienes que darme algo a cambio.

—Te daré mi cuchillo —dijo el pequeño hundiendo su mano en el bolsillo del pantalón.

—No, David, quiero otra cosa. Quiero el papel que encontraste ayer debajo de la «roulotte» —dijo Nabé—. Fuiste muy malo al quedarte con una cosa que no era tuya, pero no importa, no te reñiré por esto. Si me das la carta ahora, tendrás este hermoso reloj. ¿Qué dices?

—No tengo el papel —dijo David, impresionado.

—¿Que no tienes el papel? ¿Dónde está, pues? —inquirió Roger.

—¡Los señores se lo quitaron a Dafydd! —explicó el niño señalando la posada.

—¿Cuándo? —preguntó Nabé severamente. Dafydd parecía ignorarlo por completo, y de pronto se echó a llorar.

—Le gritaron a Dafydd —dijo entre sollozos—. Dafydd estaba sentado allí, y quería hacerse un barco de papel —dijo mostrándoles un pequeño banco de madera que había en el jardín de la posada—. El hombre vino y dijo: «Dame esto en seguida» y se lo arrancó de la mano de Dafydd..., ¡así! —y el niño dio una furiosa manotada en el aire.

—¡Cielos! —dijo Roger—. Esto tiene todo el aspecto de haber sido una bofetada. A lo mejor le pegó el muy bruto. Dafydd, ¿cuándo sucedió esto?

—El señor le pegó a «Patoso» también —dijo el pequeño repitiendo el mismo gesto de antes—. El señor es malo, malo... Le quitó el papel a Dafydd... ¿Me darás el reloj ahora?

—No, no puedo dártelo porque ya no tienes la carta. Te dije que te daría el reloj a cambio de la carta —dijo severamente Nabé—. Y además, has sido un niño malo al llevarte un papel que no era tuyo para hacerte un barco, ¿te enteras bien?

—Bueno, probablemente no pensó que fuera nuestro el papel —dijo Roger compadecido, al ver que Dafydd volvía a llorar amargamente—. Quiero decir que tal vez no supuso que el papel fuera una carta importante; después de todo, la gente no acostumbra guardar sus documentos pegados con tachuelas en el bajo de una «roulotte».

—No, tienes razón. No podía saberlo —dijo Nabé contemplando al niño que no cesaba de llorar. De pronto lo rodeó con el brazo y dijo cariñosamente—. Vamos, no llores más. Te perdonamos, ¿oyes? Mira, aquí está el reloj. Tienes que darle cuerda así, ¿te fijas bien...? ¡Y hará tic, tictac!

David estaba extasiado. Dejó de llorar al instante y tomó el reloj. Lo acercó al oído de «Patoso» y éste gritó asustado.

—Escucha, «Patoso», hace tic-tac, tic-tac...

Pero el ganso desconfiaba aún.

—Y así es como hay que darle cuerda para que toque el timbre despertador —explicó Nabé, confiando en que el niño lo entendería—. Fíjate bien..., hay que darle cuerda con esta otra llavecita..., ¡y ahora escucha!

El timbre despertador rompió a tocar ruidosamente, y el ganso partió como una flecha cloqueando desesperadamente. Pero, por una vez Dafydd se había olvidado de su amigo. Contemplaba, fascinado, aquel tesoro, aquel reloj maravilloso que le había dado Nabé. Y de pronto le echó los brazos al cuello dándole un apretado abrazo.

—Tú, buen amigo —dijo expresándose a su modo y con un marcado acento galés—. Dafydd buscará papel y te lo dará. Quiere que lo tengas tú. Sí, Dafydd buscará el papel para que lo tengas.

—¡Ojalá pudieras encontrarlo, pequeño! —dijo Nabé con un suspiro—. Pero me temo que ya es demasiado tarde... Anda, seca tus lágrimas y vete a jugar.

El pequeño se alejó en busca de su ganso, y los demás se quedaron mirándose unos a otros con el más profundo desaliento.

—Bueno, creo que este asunto está liquidado —dijo Nabé—. Estos dos bribones han logrado apoderarse de la carta, y a estas horas ya se habrán enterado de todo lo que tenían que saber. Sabrán lo que el misterioso Jim les ordenaba que hicieran esta noche..., y lo harán, naturalmente. Lo malo es que nosotros no tenemos ni idea de lo

que se proponen hacer. Bien, es casi la hora de comer; ¿dónde estará la señorita Pi?

—Voy a buscarla. Está en su habitación —dijo Chatín—. ¡Vamos, «Ciclón»! ¡Quiero darme el gusto de decirle a la señorita Pi que es ella la que hoy llega tarde a comer!

Partió como una flecha, seguido de «Ciclón» que parecía cortar el viento para alcanzarle, y subieron la escalera a todo correr. Pero la señorita Pi no estaba en su habitación, y Chatín salió dispuesto a buscarla por el jardín.

De pronto se detuvo paralizado por el terror. Sir Ricardo, el hombre barbudo que se nafra convertido para el pobre Chatín en una especie de pesadilla, acababa de salir de su dormitorio y avanzaba por el rellano en dirección a la escalera. Al ver al niño, se le acercó con los puños crispados y el gesto amenazador, y antes de que Chatín pudiera hacer algo, lo había cogido por el cuello de la americana.

—¡Tú, bribón! ¡Maldito intrigante! ¿Cómo te atreviste a quedarte con la carta que tenía que entregarme ese idiota de Dai? ¿Quién te mandó disfrazarte de mendigo para estorbar mis planes? Habla, condenado, ¿qué es lo que has descubierto? ¡Si no hablas pronto, te echaré de cabeza por la escalera y te aplastaré como a un gusano!

Agarrando firmemente a Chatín por el cuello, lo sostuvo en el vado, balanceando su cuerpo como si realmente fuera a tirarlo por la escalera. Chatín, pálido y aterrado, y luchando por respirar, veía llegado su último instante.

Intentó barbotear unas palabras confusas, pero el hombre no lo entendió y volvió a sacudirlo como si fuese un ratón.

—¡Contéstame, habla, condenado! ¡Te sacaré la verdad aunque tenga que hacerte picadillo! —rugía el hombre exasperado.

«Ciclón», que ya había empezado a bajar la escalera, se volvió al oír aquella voz alterada, y al ver a Chatín en apuros, corrió a su lado. El pequeño «spaniel» gruñó rabiosamente y acometió al hombre dándole un fiero mordisco en la pierna. Sir Ricardo soltó inmediatamente a Chatín, lanzando un grito de agonía, y el niño aprovechó la oportunidad para correr hacia el dormitorio de la señorita Pi y encerrarse por dentro con llave.

Se quedó junto a la puerta a escuchar, temblando y luchando todavía por respirar,



y pudo oír cómo el hombre bajaba corriendo la escalera perseguido por un enfurecido «Ciclón» que no pensaba darle cuartel. Y ahora, ¿qué haría? ¡No podía ni soñar en salir de la habitación de la señorita Pi! Ese tipo podría estar esperándolo al pie de la escalera para cogerlo otra vez.



## Capítulo XVIII

### El descubrimiento de Dafydd

Roger, Diana y Nabé esperaban pacientemente a que Chatín y «Ciclón» bajaran acompañados de la señorita Pi, pero al poco rato la vieron aparecer por el jardín que se extendía frente a la posada, donde había pasado parte de la mañana sentada al sol, leyendo un libro.

—¡Oh, qué puntuales! ¿Me esperabais para comer? —dijo complacida—. Bien, ¿dónde está Chatín?

Los niños se miraron extrañados. ¿Dónde estaba Chatín? ¿Por qué no había bajado al ver que la señorita Pi no estaba en su habitación? Nabé fue el primero en alarmarse.

—Iré a buscarlo —dijo, subiendo de un salto los escalones de la puerta de entrada. Corrió arriba a toda velocidad, y al llegar a la habitación de la señorita Pi encontró la puerta cerrada con llave. «Ciclón» estaba frente a ella arañándola y gimoteando. Nabé llamó con los nudillos.

—¡Chatín! ¿Estás ahí?

Chatín le contestó con voz desfallecida.

—Sí... ¡Oh, Nabé! ¿Eres tú? Espera que abra la puerta.

Dio vuelta a la llave y Nabé entró sin aliento.

—¿Qué nueva idea se te ha ocurrido ahora? —preguntó enojado, pero cambió de tono súbitamente al ver el rostro asustado de su amigo—. ¡Chatín, estás blanco como la cera! ¿Qué te ha ocurrido?

—Te lo diré —dijo Chatín, y se dejó caer desplomado sobre la cama de la señorita Pi—. Aquel hombre barbudo, con gafas, me agredió..., me cogió del cuello hasta casi ahogarme, y luego quería echarme escaleras abajo. Debo haberme dado un golpe en la cabeza no sé cómo, supongo que contra la pared, cuando me sacudió tan fuerte que los dientes me castañeteaban. Pero «Ciclón» vino en mi ayuda, ¿sabes? Saltó sobre él y le mordió una pierna. ¡Ven acá, «Ciclón», has sido un valiente!

—Grrrr... —contestó con fiereza «Ciclón», recordando lo sucedido.

—¡Pero qué me cuentas, Chatín! Apenas puedo creerlo —dijo Nabé, horrorizado—. Ese tipo debe ser un bruto de la peor calaña. Tienes que mantenerte alejado de él, Chatín. Debe estar furioso contigo por haberte quedado con la carta que tenía que entregarle aquel pequeño pescador, Dai. ¡Es una lástima que no pudiéramos leerla!

—Nabé, quiero quedarme aquí arriba y tener la puerta cerrada con llave —dijo Chatín—. No sé qué excusa podrías darle a la señorita Pi, pero ten por seguro que de aquí no me muevo. ¡No quiero exponerme a caer otra vez en manos de sir Ricardo!

—Le diré a la señorita Pi que te has dado un golpe en la cabeza y que te duele bastante —dijo Nabé, preocupado—. Intentaré persuadirla de que te irá mejor quedarte tendido en la cama y descansar un rato, porque aquí estás más tranquilo que en el comedor. Pudiera ser que después de esta noche se marcharan esos dos hombres. ¿Quieres que te suba la comida? Podría ponerte algunas cosas en una bandeja y traértela.

—No, gracias —dijo Chatín—. No podría comer ni un bocado. Siento una aprensión en el estómago, y... bueno, no tengo ni pizca de apetito.

—Mal asunto éste, Chatín —dijo Nabé, pensando que su amigo tenía que encontrarse realmente bastante mal para renunciar a su comida—. Trata de dormir un rato. Te hará bien.

—La cabeza empieza a dolerme bastante —se quejó Chatín—. ¡Oh, «Ciclón», qué contento estoy de que le dieras su merecido a ese condenado bribón!

«Ciclón» se subió de un brinco a la cama para estar más cerca de su amigo y manifestarle su alegría, pero Chatín le hizo bajarse.

—Lo siento, querido, pero ésta es la cama de la señorita Pi, no la mía —dijo—. Con todo, quizá si fuera a tenderme en la cama de Diana, a ella no le importaría que estuvieras conmigo.

Nabé bajó al comedor y le contó a la señorita Pi que Chatín se había dado un golpe en la cabeza y se había tendido en la cama hasta que se encontrara mejor; no

quería comer, sólo estar tranquilo y dormir un rato. Esta noticia alarmó tanto a la señorita que subió corriendo arriba para enterarse del estado del niño. Entretanto, Nabé puso a los demás al corriente de lo sucedido y le escucharon consternados. ¡Pobre Chatín!

Al fin bajó la señorita Pi, y todos se sentaron a la mesa. La señorita PI estaba muy preocupada.

—Realmente, no puedo llegar a imaginarme qué es lo que estaría haciendo Chatín para golpearse la cabeza de este modo —dijo—. Pero al menos ha demostrado su buen sentido al quedarse quieto en la cama y resignarse a dormir durante la tarde. Nuestra habitación es la más apropiada para eso, allí nadie le molestará y podrá descansar tranquilo. Después de comer me asomaré un momento para ver cómo se encuentra, y le dejaremos que descanse hasta la hora del té. Dice que le duele mucho la cabeza, pobre Chatín.

—Confío en que se encontrará completamente restablecido a la hora del té —dijo Roger comiéndose una apetitosa empanada de carne—. ¿Os habéis fijado en lo feliz que está ese tunante de Dafydd con su reloj? Ha puesto el timbre del despertador por lo menos veinte veces esta mañana. ¡No hago más que oír el despertador por todas partes!

La señorita Pi subió a su cuarto después de comer para ver cómo estaba Chatín, y comprobó satisfecha que se había quedado dormido y que «Ciclón» velaba a su lado. Salió silenciosamente de la estancia, cerrando la puerta y confiando en que seguiría durmiendo hasta la hora del té. Probablemente para entonces ya se habría repuesto lo suficiente para tomar algún alimento.

—¿No os gustaría bañaros esta tarde? —preguntó la señorita Pi a los niños—. La tarde está deliciosa, y luego podríais tomar el sol en la playa.

—¡Magnífico! —dijo Roger, entusiasmado—. Podríamos dar un largo paseo por la playa hasta esas pequeñas caletas al pie de los acantilados. Apostaría que allí el agua debe estar más templada.

De modo que bajaron todos a la playa y se instalaron en una de las caletas al abrigo del viento. La marea estaba bajando y el agua formaba, entre los arrecifes, pequeñas lagunas deliciosamente templadas en las que se veían pequeños langostinos de color gris.

Después de bañarse, los niños se tendieron perezosamente sobre la blanda arena o sobre las rocas caldeadas por el sol.

La señorita Pi se había traído su toldo de lona y después de acomodarse a la sombra se quedó profundamente dormida.

Nabé permanecía tumbado en la arena, con los pies en el agua y muy divertido observando cómo un grupo de pequeños camarones intentaba trepar por su pierna. Se incorporó para mostrar a los demás las graciosas bestezuelas... y de pronto vio que

dos hombres avanzaban por la playa, conversando animadamente.

—¡Pssst! —dijo en voz baja—. Por allí vienen sir Ricardo y el profesor Hallinan. Quedaos tendidos como estáis, estas rocas nos ocultarán. Me pregunto qué han venido a hacer por estos contornos... y adonde se dirigen.

Los dos hombres pasaron de largo, hablando en voz tan baja que ninguno de ellos pudo oír nada.

—Parecen venir del pueblo o del muelle —dijo Nabé—, de entrevistarse con Morgan «el Cojo» y el misterioso Jim. ¡Supongo que estarán ultimando los planes para esta noche! Apostaría cualquier cosa a que, cuando el pueblo duerma, una de las barcas de Morgan se hará a la vela y regresará pasada la medianoche para que nadie pueda enterarse de la misteriosa «pesca» que llevarán a bordo.

—¡Oh, mirad! ¿No es aquél el pequeño David con su ganso? —dijo Roger, asombrado—. Parece como si fuera siguiendo a los dos hombres. No puedo imaginarme qué se propone. Ahora se oculta detrás de aquellas rocas..., como si no quisiera que lo viesen.



—Parece que el pequeño chinchoso ha vuelto a su costumbre de husmearlo todo —dijo Diana—. ¡Yo diría que los va siguiendo pero es difícil adivinar qué le bulle en la cabeza!

Todos continuaron tendidos entre las rocas de la caleta, con los rostros asomando, intrigados, por entre sus grietas.

—Creo que voy a remojar me un poco —dijo Diana bostezando—. Estoy medio

tostada, y me está entrando sueño. —Y se alejó hacia el rompiente de las olas.

Era, en verdad, una tarde tan apacible y serena que sólo invitaba a descansar perezosamente en la arena, y todos la disfrutaran enormemente, aunque tuvieron que confesarse que echaban de menos a Chatín y a «Ciclón». «Miranda» se había situado sobre una roca, cerca de Nabé muy satisfecha de que no la obligaran a meterse en el agua.

Pasó casi una hora. Diana, al salir del baño, se había tendido a dormir junto a la señorita Pi. De pronto «Miranda» empezó a charlar rápidamente, y Nabé se incorporó.

—¿Qué es lo que ocurre, «Miranda»? —preguntó—. ¿Se acerca alguien?

Un pequeño rostro atezado por el sol y coronado por un revoltijo de cabellos enmarañados asomó por detrás de la roca. ¡Era Dafydd! Y casi en seguida asomó el cuello largo y curvado de «Patoso».

—¡Pssst! —dijo misteriosamente David, señalando con el dedo hacia la playa.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quieres decirme? —preguntó Nabé en voz baja.

—Hombres —dijo el pequeño David—. Dos hombres. Dafydd quiere quitarles el papel para dárselo al niño bueno y los ha seguido. Están en el agujero largo, largo.

—¿Qué rayos querrá decir con esto? —dijo Nabé a Roger, que escuchaba sin perderse una sílaba—. ¿Es posible que haya seguido a esos dos hombres con el propósito de apoderarse de la carta que llevan encima y dárnosla a nosotros?

—Están en el agujero largo, largo —repitió el niño—. Dafydd os acompañará allí.

—Esto ya tiene más sentido y me parece interesante en extremo —dijo Nabé—. Sigámoslo y veremos dónde nos lleva y qué es lo que intenta decirnos. Pero espera un momento..., ¿no oyes voces? Tal vez son estos hombres que regresan. Dafydd, ven pronto. ¡Agáchate aquí con «Patoso» y no muevas ni un pelo!

David y el ganso saltaron sobre la roca y se sentaron al lado de Nabé, dispuestos a esperar.

—Los hombres vuelven —dijo David espiando por encima de la roca. Pero Nabé le obligó a agacharse junto a él.

—Estate quieto, Dafydd —dijo, y el niño pareció entenderlo, porque pasó un brazo en torno a su querido ganso y los dos permanecieron completamente inmóviles.

Los dos hombres pasaron de nuevo en dirección al pueblo hasta perderse de vista tras las altas rocas costeras. David se puso en pie.

—¿Vamos al agujero largo, largo? —dijo señalando hacia la playa abierta.

Nabé y Roger salieron de su refugio gateando, y al ver que Diana y la señorita Pi seguían durmiendo, se dispusieron a seguir al niño y al ganso en dirección al lugar de donde habían venido los dos hombres.

Después de un rato de andar, llegaron finalmente al grupo de cuevas que se adentraban en los acantilados, y David desapareció en una de las dos que tenían

puesto el aviso de «Peligroso». Nabé lo agarró del brazo.

—¡No, no entres ahí! Esta cueva es peligrosa —dijo.

Pero David no debió entenderlo, porque se desprendió de Nabé y echó a correr hacia dentro, y los dos muchachos le siguieron, sintiéndose bastante asustados ante el temor de que les cayera una piedra encima.

—Supongo que si los dos hombres se metieron en esta cueva, no debe ser tan peligrosa como dicen —dijo Roger.

—O pudiera ser que ellos mismos le hayan puesto el letrero advirtiéndole que es peligrosa para que nadie entre en ella —dijo Nabé con una sonrisa—. Tal vez descubrieron que éste podía ser un excelente escondite para lo que sea que llevan entre manos.

—Bueno, todo lo que puedo decir es que no estuvieron muy acertados —dijo Roger cuando hubo llegado al final de la cueva—. El lugar es más bien pequeño, y no hay ni un rincón donde se pueda ocultar algo.

—¡Oh, mira por donde anda David! —dijo de pronto Nabé—. Está trepando por aquella roca tan escarpada, ahora corre a lo largo de aquel repecho que parece un puente y... ¡Oh, ha desaparecido!

Y así era, en efecto; al llegar a la mitad de aquel repecho o puente excavado en la roca viva al final de la caverna, el pequeño Dafydd había desaparecido, y el ganso «Patoso», al encontrarse sin su amigo, comenzó a cloquear lastimeramente.

David apareció de nuevo en lo alto. Podían ver su cuerpecito destacándose sobre el muro rocoso que se elevaba detrás del repecho.

—Aquí arriba, agujero largo, largo —dijo el niño—. Vosotros subid también. Subid a la cueva larga.

Nabé y Roger empezaron a sentirse realmente excitados. Treparon por la roca al final de la cueva, llegaron al repecho y avanzaron por él. A medio camino hallaron un agujero grande y profundo, seguramente el lugar por donde había desaparecido David. Al verlos llegar volvió a internarse por el oscuro agujero, y los dos muchachos le siguieron guiándose por la escasa luz que penetraba del exterior, ya que esta parte de la caverna estaba casi totalmente a oscuras.

—¿Venís también? —preguntó David, y añadió unas palabras en galés que no pudieron entender.

—¡Claro que venimos! —dijo Roger, cogiendo de la mano a «Miranda»—. Me pregunto adonde diablos conducirá esto. ¡Qué lástima que no tengamos una linterna de bolsillo! Bueno, de lo que no cabe duda es de que se trata de «un agujero largo, largo», porque yo no alcanzo a ver el final. Vuelve atrás, David, no sigas, es inútil seguir adelante con esta oscuridad.



## Capítulo XIX

### ¡Muy intrigante!

Los dos muchachos y «Miranda» bajaron por la escarpada pendiente y regresaron a la cueva donde «Patoso» los recibió con alegres cloqueos de bienvenida. David bajó también y se unió al grupo.

—Agujero largo, largo —dijo a su modo—. Los hombres suben al agujero largo. Dafydd también. Largo, largo, largo.

—Todo esto me está resultando muy misterioso —dijo Nabé—. Gracias, David, has sido un chico listo. ¿Te vieron esos hombres?

—No vieron a Dafydd, Dafydd no pudo coger la carta —explicó el pequeño, apenado—. Dafydd hizo sonar el reloj, y el reloj hizo riing-riiing, y los hombres salieron de prisa.

Nabé soltó una carcajada.

—¡Diablo de pillastre! ¿Te das cuenta de lo que ha hecho este pequeño granuja? Ha seguido a esos hombres a la chita callando, y de pronto les ha soltado el timbre del despertador. Bueno, deben haber tenido un susto mayúsculo. Dafydd, has tenido una idea magnífica, pero ahora debes marcharte a casa.

El pequeño no se hizo repetir la orden y emprendió el regreso seguido de su

inseparable ganso. Roger y Nabé fueron en busca de Diana y le contaron todo lo ocurrido. La niña se mostró intrigada en extremo.

—Esos hombres deben dedicarse al contrabando de algo —dijo—. Y deben ocultarlo en este «agujero tan largo» que ha descubierto Dafydd. Apostaría que esta noche esperan la llegada de nuevas mercancías para guardarlas allí.

—Sí, también yo tengo esta impresión —dijo Nabé—. Pero me extraña que hayan ido a la cueva a esa hora, en pleno día. Quizá tenían que arreglar su escondrijo y hacer sitio para las mercancías que esperan hoy. Cielos, hubiera querido tener una linterna para poder inspeccionar hasta el final del «agujero largo». En realidad se trata de un pasadizo que se adentra en el acantilado, pero a Dafydd le ha dado por llamarlo un agujero largo, largo. ¡Y qué decidido es el pequeño! Tenías que haberlo visto trepando por la escarpada pendiente como un mono..., bueno, exactamente como lo hacía «Miranda», con una agilidad pasmosa. Y debe tener ojos de gato..., estoy seguro de que ve en la oscuridad, porque de no haberlo llamado, hubiera continuado avanzando por el pasadizo como si nada. Tengo la impresión de que se adentra profundamente en la roca, porque no se veía el fin.

—Nabé, debiéramos estar alerta y vigilar si esos hombres salen de la posada esta noche —dijo Roger—. Si lo hacen, tendrán que pasar muy cerca de la «roulotte», y «Ciclón» ladrará, a buen seguro. Entonces nosotros podríamos salir tras ellos y ver qué es lo que meten en la cueva, si es que van allí.

—Sí, claro que podríamos hacerlo —dijo Nabé súbitamente interesado—. Chatín podría venir también si se encuentra mejor..., pero tú no, Diana. La señorita Pi podría oírte si sales de la habitación tan tarde.

—Confío en que Chatín ya se habrá repuesto del todo —dijo Diana—. ¡Qué bruto ha sido ese hombre al atacarlo de ese modo! No estaré tranquila hasta que sepa que esos dos están en la cárcel y bien guardados entre rejas. ¡Y tener el desparpajo de hacerse pasar por sir Tal y el profesor Cual!

La señorita Pi, que había pasado todo el rato durmiendo plácidamente a la sombra del toldo, se despertó de un salto y consultó su reloj de pulsera.

—¡Dios me valga! ¡Pero si ya es la hora del té! —dijo levantándose—. Niños, lo mejor que podríais hacer es subir pronto a la posada y decirle a la señora Jones que prepare el té. Yo os iré siguiendo más despacio.

—Bien —dijo Nabé, echando a correr por la playa, seguido de los demás. Cuando estuvieron a cierta distancia dijo a Diana y Roger—. Así tendremos tiempo de subir al dormitorio y contarle a Chatín lo que hemos descubierto sin que nos oiga la señorita Pi.

En pocos minutos llegaron a la posada, y unos segundos más tarde entraban en el dormitorio de la señorita Pi. Chatín estaba mucho mejor, y empezaron a contarle todas sus aventuras y el excitante descubrimiento de la cueva misteriosa, pero Chatín

también terna algo que contarles y les interrumpió al poco rato.

—¡Escuchad! —dijo—. Esta tarde ocurrió algo muy raro. Mientras estaba tendido en la cama, medio dormido, «Ciclón» empezó a ladrar desafortunadamente. Era a causa de unos ruidos que, por lo visto, él había oído antes que yo. Me incorporé asustado, porque al principio pensé que éstos dos hombres intentaban entrar en la habitación para atacarme otra vez, pero luego pensé que no se atreverían si «Ciclón» estaba conmigo, pues éste ladraba como un verdadero loco. Bueno, pero lo curioso del caso es que pronto me di cuenta de que el ruido no venía del «exterior» de la habitación, sino del «interior».

—¿Qué clase de ruidos oíste? —preguntó Nabé, intrigado.

—Pues verás... no sabría cómo explicártelo exactamente —dijo Chatín—. Era como... como si alguien golpeará violentamente contra algo, y venía de aquel lado de la habitación, cerca de la chimenea, pero... bueno, los golpes sonaban «debajo» de la habitación, como un rumor sordo.

—Oh, Chatín —dijo Diana, súbitamente asustada—. Estos deben ser los ruidos de que nos habló el señor Jones. Recuerdo que quería mudarnos de habitación y darnos la que ahora tienen sir Ricardo y el profesor. Nos aseguró que aquí se oían ruidos misteriosos en la noche... algunas veces... Y se quedó resentido y malhumorado cuando la señorita Pi quiso quedarse aquí. Lo de los ruidos no nos preocupó ni poco ni mucho, naturalmente: ¡Pero ahora resulta que era verdad, y que tú los has oído!

—¡Si, y tanto como los he oído! —dijo Chatín—. Me quedé tan asustado que no me atrevía a salir de la cama..., y «Ciclón» empezó a ladrar hasta desgañitarse, corriendo por toda la habitación y husmeando el suelo y tratando de averiguar de dónde venían esos ruidos.

—¿Y de dónde crees tú que podían venir? —preguntó Nabé, más intrigado que nunca—. ¿Sabes si hay alguna puerta detrás de aquel arcón tan grande?

—Vamos a verlo —dijo Chatín, y los tres niños observaron detenidamente por detrás del arca, pero no había allí ninguna puerta, sólo el muro de piedra.

—Es un misterio —dijo Nabé—. Pero no podemos quedarnos aquí discutiendo. La señorita Pi ya debe haber llegado, y estará preguntándose si ha ocurrido algo nuevo. Bueno, Chatín, ¿qué tal te encuentras? ¿Quieres bajar para el té?

—¡Puedes estar seguro! Tengo un hambre que tumba y no tengo un empeño especial en quedarme en esta habitación acompañado de esos ruidos —dijo Chatín.

Cuando llegaron todos al comedor encontraron a la señorita Pi esperándolos pacientemente ante la tetera humeante y apetitosas golosinas.

Después del té, los cuatro niños, con «Ciclón» y «Miranda», se reunieron en la «roulotte» para seguir conferenciando. Cerraron la puerta y hablaron en voz baja. Nabé le contó a Chatín que se habían propuesto seguir a los dos hombres si salían esta noche de la posada. Querían averiguar si se dirigían a la cueva que el pequeño

David llamaba «el agujero largo, largo».

—Me gustaría ir con vosotros, pero creo que será mejor que me quede en la «roulotte» —dijo Chatín—. Ahora que he dejado la cama me doy cuenta de que no estoy del todo bien, las piernas me tiemblan un poco. Pero os diré lo que podía hacer: cuando vosotros hayáis salido de la «roulotte» siguiendo a esos dos hombres, yo subiré arriba y esperaré, tendido en el diván que hay en la habitación vecina a la de Diana, a que estos dos hombres regresen. Luego, cuando estén en su dormitorio, bajaré y os esperaré en la «roulotte» para contaros lo que haya averiguado.

—¡Magnífico! Me parece un plan estupendo —dijo Nabé, comprendiendo muy bien por qué prefería quedarse Chatín en la posada aquella noche. ¡Otro encuentro con el irascible hombre de la barba hubiera sido más de lo que Chatín podía soportar en un solo día!

—Lo que debemos hacer en seguida es buscar nuestras linternas —dijo Roger—. Las necesitaremos. Y... oye, Chatín, ¿te importaría que nos llevásemos a «Ciclón» con nosotros? Podría sernos útil.

—Pues... no, podéis llevároslo si queréis —dijo Chatín, aunque a decir verdad, hubiera preferido que el perro se quedara con él, se hubiera sentido más seguro.

Después de buscar un rato, los niños hallaron al fin sus linternas. Luego, como el viento había cambiado y era ahora más frío, se pusieron todos sus jerseys de abrigo y salieron en busca de la señorita Pi. Ésta les propuso dar un corto paseo por las colinas que se extendían detrás de la posada. Al poco rato de andar, un pájaro se alzó en vuelo hacia un bosquecillo de abetos y Nabé lo señaló con el dedo, asumiendo un aire de superioridad.

—¿Qué diríais que es aquello? ¿Un Picudo parlanchín? ¿O un negro cuervo amarillo? —dijo—. Si no estamos muy seguros podremos preguntárselo al profesor Hollinan cuando regresemos a la posada. Él nos lo dirá.

Después del paseo y de una opípara cena, los niños empezaron a dar muestras de impaciencia y agitación.

—No oscurece hasta las diez —dijo Nabé—, de modo que lo mejor sería que jugáramos a cartas para entretenernos. Estos hombres todavía están aquí, y no es fácil que se marchen hasta que se haga de noche. Si lo hicieran antes, los veríamos perfectamente desde esta ventana.

Sir Ricardo y el profesor disfrutaban del tranquilo atardecer paseándose por el jardín frente a la posada, y en el comedor los niños jugaban a cartas sin perderlos de vista. Hacia las diez entraron y subieron al piso de arriba.

—Habrán ido a prepararse para salir —dijo Nabé—. Vámonos todos a la «roulotte» para montar la guardia. Pero antes debemos despedirnos de la buena señorita Pi.

La señorita Pi decidió que era hora de retirarse, y subió con Diana a su

dormitorio.

—¡Buena suerte! —dijo Diana a los chicos en voz baja, al marcharse.

Chatín se dirigió a la «roulotte» seguido de Nabé y Roger, los cuales volvieron a enfundarse sus jerseys de abrigo. Luego cada uno se metió la lámpara de pila en el bolsillo. A Chatín le vinieron ganas de sumarse a la expedición, pero Nabé se negó rotundamente.

—Todavía no estás bien —dijo—, y si te encuentras mal o se te ocurre desmayarte justamente cuando estamos trepando por aquellos riscos tan escarpados, nos darías mucho quehacer. Ahora apagad la luz... y estemos prevenidos. Estos hombres no sospechan que los estamos vigilando y saldrán tranquilamente por la puerta delantera.



La «roulotte» estaba sumida en la más completa oscuridad, y los tres muchachos espían por una de sus ventanas conteniendo la respiración. «Miranda» se había unido al grupo y también guardaba silencio. Hacia las diez y media oyeron pasos, y a la luz de la luna vieron que los dos hombres abandonaban la posada y descendían calladamente por el sinuoso sendero que conducía a la playa.

Pero atención..., ¡eran «tres» hombres en lugar de dos! Nabé dio un fuerte codazo a Roger.

—¿Has visto quién es el tercer hombre? ¡Es nada menos que el señor Jones! Lo había sospechado desde el principio; siempre pensé que tenía que estar metido en

esto, ¿y tú?

—Esperemos a que se hayan adelantado un poco y entonces les seguiremos —dijo Roger—. ¡Cielos, de modo que también el señor Jones está metido en el ajo!

Salieron sin ruido de la «roulotte» con «Ciclón», tan pronto como los tres hombres desaparecieron por un recodo del camino, dejando solo al pobre Chatín. No le agradó en absoluto la idea de quedarse allí solo de modo que un minuto más tarde subía calladamente la escalera y entraba sigilosamente en el dormitorio vecino al de Diana tal como lo había planeado. Se tendió en el diván pensando en lo mucho que hubiera agradecido la compañía de «Ciclón» durante esta larga espera.

Entretanto, Roger, Nabé, «Ciclón» y «Miranda» iban siguiendo a distancia al grupo de los tres hombres. Habían llegado ya a la playa y se dirigían en derechura a la cala de Merlin, donde las cuevas se adentraban en los impresionantes acantilados costeros. La luz de la luna iluminaba el paisaje y les permitía ver claramente la silueta de los tres hombres frente a ellos. Extremando las precauciones, los dos muchachos caminaban arrimados a las peñas para no ser vistos.

—Está subiendo la marea —dijo Roger—. Y esta noche la tendremos bastante alta, con este fuerte viento que sopla desde el mar. ¡Rayos! ¡Mira, Nabé! ¿No es una barca aquello que se acerca a la playa?

Se detuvieron, arrojándose a las rocas, y vieron que una barca de remos bogaba hacia la playa. Iban en ella dos hombres, y los muchachos tuvieron casi la seguridad de que el que manejaba los remos era Morgan «el Cojo». ¿Quién sería el otro?

—Probablemente será Jim, quienquiera que pueda ser este misterioso Jim —dijo Nabé—. Pero no creo que lleven gran cosa en el bote. Si lo que vienen a desembarcar aquí es algo de contrabando, no sudarán mucho para traerlo a tierra.

Los tres hombres de la posada se habían detenido y observando los movimientos de la barca, pero no se acercaron a ella cuando hubo llegado a la playa ni tampoco mientras Morgan y su compañero la arrastraban fuera del alcance de las olas.

Luego los dos hombres empezaron a descargar grandes paquetes y los llevaron hacia las cuevas.

Sir Ricardo, el profesor y el señor Jones se hicieron cargo de ellos y desaparecieron con su bagaje en la cueva señalada con el letrero de «Peligroso».

—¡Es la cueva que hemos estado inspeccionando esta tarde! —dijo Nabé.

Morgan y su compañero regresaron a la barca, descargaron más paquetes, evidentemente los últimos que quedaban, y entraron con ellos en la cueva. Al poco rato, uno de los hombres se acercó a la barca, tiró de ella con todas sus fuerzas, y la dejó justamente a la entrada misma de la cueva asegurando sus cabos a una roca.

Hecho esto, entró de nuevo en la cueva, y los muchachos calcularon que toda la pandilla debía dirigirse hacia algún lugar secreto donde ocultaban los paquetes.

Roger y Nabé, con «Ciclón» y «Miranda», se acercaron a la boca de la cueva y

permanecieron allí un rato escuchando atentamente. No se oía el menor ruido, excepto el rumor de las olas rompiendo sobre la playa.

—Vámonos —dijo Nabé—. Entraremos en la cueva y subiremos por aquella rampa cortada a pico hasta llegar al repecho o puente que cruza la cueva al fondo. Tal vez desde allí podamos oír lo que dicen esos hombres, si nos asomamos al agujero largo que descubrió David.

Entraron silenciosamente, sin encender sus lámparas al principio, ya que la luz de la luna penetraba en la cueva alumbrándola.

—¡Subamos! —dijo Nabé emprendiendo, el primero, la ascensión por la rampa practicada en el muro, hacia el repecho, y llevándose consigo al sorprendido «Ciclón»—. Y por lo que mas quieras Roger, no hagamos el menor ruido. ¿Has oído, «Ciclón»? ¡Ni un gruñido ni un ladrido si estimas en algo tu vida! Aquí está la entrada del pasadizo, Roger. ¡Mucho cuidado ahora! Yo pasaré delante para mostrarte el camino.



## Capítulo XX

### En la oscura caverna

Los dos muchachos alumbraron con sus linternas el profundo agujero que tenían ante ellos.

—Parece una subida muy pronunciada —dijo Nabé—. Más que un pasadizo yo diría que se trata de una cuesta escarpada que va subiendo más y más. No oigo absolutamente nada, ¿y tú?

—Tampoco —dijo Roger—. Debe ser porque los hombres ya han recorrido un buen trecho y están lejos. Sigamos.

Empezaron a subir el largo y escarpado pasadizo, encendiendo de vez en cuando sus linternas para asegurarse de que no pisaban en falso. El silencio era absoluto y no

oían nada, hasta que al fin «Ciclón» dejó escapar un gruñido de alarma. Apagaron las luces en seguida y se detuvieron.

—¡Ha oído voces! —murmuró Nabé—. Suenan frente a nosotros, aunque a cierta distancia. Tengamos cuidado ahora. Cubre la linterna con la mano cuando tengas necesidad de encenderla, Roger. Sigamos, todavía nos llevan una buena delantera. ¡Silencio ahora, «Ciclón», podrían oírte!

Continuaron avanzando, deteniéndose de vez en cuando por si se oía algún ruido, pero reinaba el silencio más absoluto. Esto podía significar que los hombres se habían alejado tanto que ya no se les oía, o bien que habían dejado de hablar. Los muchachos llegaron, de pronto, a la parte más escarpada del recorrido, y descubrieron que alguien había cortado a pico unos rudimentarios escalones para facilitar la subida. Continuaron ascendiendo con cuidado y llegaron a lo que parecía ser una pequeña cueva en el mismo corazón del acantilado. Se sentaron un rato a descansar, jadeando por la penosa subida. «Ciclón» corría de un lado a otro husmeando por todos los rincones.

—¡«Ciclón»! ¡«Miranda»! ¿Dónde se habrá metido «Miranda»? —susurró Nabé, encendiendo su linterna y registrando la cueva—. Roger, ¿sabes dónde están? ¡Los oigo, pero no los veo!

Se levantó cautelosamente y fue hacia el fondo de la cueva. Encontró a «Ciclón» y «Miranda» hurgando la tierra detrás de una gran roca y desenterrando los huesos de algún pequeño animal.

—¡Dejad esto! —dijo Nabé, severamente—. Y seguidnos sin chistar. Vamos a continuar subiendo por el pasadizo.

«Miranda» se le subió al hombro y «Ciclón» abandonó su codiciada presa con un gruñido de protesta. Y reemprendieron una vez más la ascensión por el escarpado camino que no era, en realidad, más que un «agujero largo, largo», como había dicho el pequeño Dafydd.

—¿Tienes alguna idea de la dirección que llevamos? —preguntó Roger.

—No, excepto que vamos subiendo continuamente y parece como si siempre estuviéramos inclinándonos hacia la izquierda —dijo Nabé—. Calculo que a estas alturas ya habremos dejado atrás los acantilados de la costa y habremos penetrado en las colinas que se alzan detrás de ellos.

Un poco más tarde volvieron a oír ruidos, y se detuvieron a escuchar. Los ruidos se intensificaron, dando la impresión de que alguien trasladaba unos bultos pesados de un lugar a otro.

—Juraría que están abriendo estos paquetes que sacaron de la barca y que están guardando su contenido en algún escondrijo secreto —dijo Roger—. ¿Qué opinas, Nabé, que debiéramos acercarnos un poco más?

—Sí, pero será mejor que sólo vaya uno de nosotros —dijo Nabé—. Tú quédate

aquí con «Ciclón» y «Miranda» y yo me acercaré cuanto pueda. Sujeta a «Ciclón» por el collar, no sea que lo eche todo a rodar.

Nabé siguió ascendiendo por el escarpado pasaje y pronto pudo oír las voces con toda claridad. Estaban contando algo. Oyó que uno de los hombres decía: «cien... doscientos... trescientos...» Se asomó con precaución a un pronunciado recodo del pasadizo, que ahora era menos empinado, y vio enfrente, y a no larga distancia, un brillante foco de luz.

«Allí es donde termina el pasadizo y donde esa gente tiene su escondrijo —pensó Nabé— están todos reunidos. Puedo distinguir perfectamente la voz profunda de Morgan, pero no alcanzo a oír lo que dicen, y no me atrevo a acercarme más».

Permaneció todavía diez minutos atento a los ruidos que llegaban de la caverna. Los cinco hombres parecían estar apilando paquetes..., luego discutieron un rato. Y de pronto recibió un susto de muerte.

¡Los hombres regresaban! La potente lámpara que brillaba en la caverna fue apagada, y en su lugar aparecieron las luces más tenues de cinco linternas. Nabé regresó corriendo al fugar donde había dejado a Roger, encontrando el descenso mucho más fácil que la penosísima subida.

—¡Roger, se acercan, van a salir! —susurró jadeando—. Y bajan muy de prisa. Vamos pronto, no hay tiempo que perder. ¿Dónde está «Miranda»?

—Ha desaparecido —dijo Roger—. Y lo peor es que no la he visto marcharse. Sólo Dios sabe dónde estará a estas horas. Quizá haya bajado a la playa.

Continuaron bajando a toda prisa, confiando en encontrar a «Miranda» esperándolos, pero no la vieron por ninguna parte. A «Ciclón» le contrariaba tanto bajar velozmente, como le había disgustado subir a paso de carga. No tardaron en llegar a la pequeña cueva circular donde «Miranda» y «Ciclón» habían desenterrado los huesos de un animalito parecido a una raposa.

—¡Allí está! —dijo Nabé, exasperado, enfocando su linterna sobre la monita que hurgaba activamente en el suelo arenoso.

De un salto trepó «Miranda» a lo alto de una roca y empezó a hablarles excitadamente.

—¡Baja al instante! —ordenó Nabé en voz baja. Pero «Miranda» no tenía el menor deseo de obedecerle, y se quedó en lo alto de la roca, balanceando juguetonamente su cuerpecito, y manteniéndose fuera del alcance de su enfurecido amo.

—Tenemos que marcharnos, Nabé —dijo Roger—. Estos hombres están casi al llegar, ¿no los oyes?

—Bueno, pero no puedo dejar aquí a «Miranda» —dijo Nabé—. Ven, ocultémonos detrás de aquella gran roca donde «Ciclón» desenterró esos huesos. Es nuestra única salvación. Esa gente no sospechará que haya nadie allí..., no saben que

los hemos seguido.

—Bien —dijo Roger, sintiéndose desfallecer a medida que las voces se aproximaban más y más. Corrió con «Ciclón» a refugiarse detrás de la roca, y permaneció tan quieto como una estatua, mientras «Ciclón» se arrimaba, temblando, a sus piernas. «Miranda» se había decidido al fin a saltar sobre la espalda de Nabé, y le rodeó el cuello con sus bracitos.

Las voces sonaban ahora muy cerca, y el ruido de las pisadas despertaba mil ecos en la profunda cueva mientras los hombres continuaban bajando por el «agujero largo, largo». «Ciclón» no pudo reprimir un gruñido sordo cuando los cinco hombres aparecieron en la cueva donde los muchachos estaban ocultos.

Roger le dio una palmada para calmarlo, temiendo que los hombres le oyeran y se detuvieran a inspeccionar el pequeño recinto. Pero afortunadamente no fue así, y muy pronto el rumor de sus voces y pisadas fue alejándose más y más, hasta que un silencio opresivo volvió a reinar en la cueva.

—Bien, ya ha pasado el peligro —dijo Nabé, encendiendo su linterna—. Ahora podremos marcharnos. «Miranda», suéltame las manos del cuello..., estás temblando y casi no me dejas respirar. ¡Y no te muevas de mi espalda o nunca más te llevaré a correr aventuras conmigo!

Los dos muchachos emprendieron el descenso saltando por la escarpada cuesta con muchas menos precauciones que al subir. Llegaron finalmente al término del largo pasadizo y salieron al repecho que cruzaba en alto la caverna grande, la que desembocaba en la playa. La luz de la luna seguía iluminando la cueva..., pero ¡qué sorprendente espectáculo se presentó ante sus ojos!

¡Los rayos de la luna no alumbraban el suelo arenoso de la cueva, sino un vasto lago! ¡Y el agua casi alcanzaba el nivel del repecho donde estaban ellos! Los luminosos rayos penetraban por la ancha boca de la cueva mezclándose con las débiles luces de sus linternas de bolsillo y despidiendo extraños reflejos hacia la parte más profunda de la gran cueva.

—La marea ha inundado la cueva... y todavía continúa subiendo —dijo Nabé, horrorizado—. ¿Cómo no se me ocurrió pensar en esto? Naturalmente, cuando sube la marea esta cueva, y todas las demás, deben quedar inundadas..., y fíjate, Roger, el viento empuja las olas con tanta violencia, que el agua no tardará en llegar al techo. ¿Qué podemos hacer?

—Claro, los hombres sabían esto y se marcharon justo a tiempo —dijo Roger—. Pero tenían una barca... Por esto la dejaron amarrada a la boca de la cueva. Cuidado, Nabé, esta ola nos barrerá del repecho. Pronto, aquí no estamos seguros.

Retrocedieron todos al interior del pasadizo a tiempo que una ola enorme se rompía estrepitosamente contra el repecho levantando nubes de espuma. Luego se internaron un poco más dominados por el fuerte empuje del mar que contribuía a

aumentar su pánico.

—Bueno —dijo Nabé—. Por lo que veo, tendremos que permanecer aquí durante un buen rato. La marea no empezará a bajar hasta dentro de una hora o dos. Es este viento tan fuerte lo que lo hace subir tanto. Y lo peor del caso es que Chatín estará esperando nuestro regreso... y se pasará la noche en vela, preocupado por lo que pueda habernos ocurrido.

—Nabé, ¿por qué no subimos otra vez a la cueva de arriba para averiguar lo que estos hombres han ocultado allí? —preguntó Roger, excitado—. ¡Anda, Vámonos, es una ocasión magnífica, Nabé! Estos hombres no pueden volver porque la marea casi ha cerrado ya la entrada de la cueva.

—¿Sabes, Roger, que has tenido una idea genial? —dijo Nabé, encantado—. ¡Una idea maravillosa! Si logramos descubrir lo que tienen oculto en esa cueva, mañana mismo podríamos presentarnos a la policía y decirles, no solamente lo que sabemos de estos hombres, sino el botín que hemos descubierto y el lugar donde lo tienen oculto. ¡Si no fuera por esta subida tan empinada!

—Oh, no pienses en esto, no nos parecerá tan difícil ahora, porque no tendremos que preocuparnos del ruido que hacemos, ya que nadie puede oírnos —dijo Roger, y «Ciclón» ladró con entusiasmo dándole la razón.

Volvieron, pues, a subir otra vez el tenebroso pasadizo, pero como había dicho Roger, ahora les pareció menos penosa y arriesgada la ascensión porque podan hacerla sin el temor de que sus voces y pisadas delataran su presencia. Dejaron que «Ciclón» ladrara a todo pulmón y que «Miranda» saltara de roca en roca con entera libertad. Llegaron así al final del pasadizo que era, en realidad, el trecho más escarpado y difícil.

—¡Hola! Aquí hay una escalera de cuerda —dijo Nabé jadeando. Enfocó hacia ella su linterna y comprobó que la escalera pendía de un agujero en el techo; debía ser el único medio para llegar a la cueva secreta.

Roger sostuvo firmemente a «Ciclón» mientras Nabé y «Miranda» subían ágilmente la escalera, y luego siguió por el mismo camino dejando abajo a «Ciclón».

Los dos muchachos observaron detenidamente la cueva recorriéndola con sus linternas. Medía unos ocho metros cuadrados, y era una caverna natural que alguien había hecho más habitable alisando un poco las aristas rocosas de las paredes y nivelando el suelo. Se veían montones de paquetes apilados a un lado, marcados con números, pero aparte algunas botellas vacías que debieron contener bebidas diversas, y un par de alfombras viejas, no había nada más.

—¡Cielos, qué maravilloso escondrijo! —dijo Roger, observándolo más detenidamente—. Me pregunto quién pudo ser el primero en descubrirlo. Nabé, ¿qué supones que contienen estos paquetes?

—¡Oh, no me costaría adivinarlo! —dijo Nabé—. Estoy seguro de que todos ellos

contienen billetes de Banco... robados. Billetes que no podrán ponerse en circulación hasta que haya transcurrido largo tiempo, porque seguramente estarán marcados y podrían delatar a los autores del robo. No obstante, esa gente debe haber calculado que desde esta costa de Gales no les sería difícil llevarlos a Irlanda, por mar. O mejor aún, guardar el dinero en este escondrijo hasta que la policía haya olvidado el caso, y puedan poner los billetes en circulación con una relativa seguridad.

—¡Pero Nabé, aquí debe haber millones! —dijo Roger, atónito. Dio unos golpecillos en uno de los paquetes —. Ésta será la única ocasión de mi vida en que podré decir que he puesto las



manos sobre cientos de miles de libras esterlinas. Nabé, ahora comprendo por qué querían tener esos hombres al señor Jones en su poder..., necesitaban desesperadamente un cuartel general en esta parte de la costa, un lugar seguro y poco frecuentado como la posada, ¿comprendes? Y también un escondrijo secreto como éste donde guardar su dinero. Podían traerlo aquí en barco y llevárselo otra vez en barco hacia Irlanda o a donde fuera sin que nadie sospechara nada.

—Sí, y teniendo el dinero aquí, a buen recaudo, podían venir a buscar el que quisieran, si algunos de los billetes no estaban marcados y podían pasar sin riesgo en Londres o en alguna otra ciudad importante —dijo Nabé—. ¿Te acuerdas de ese robo que tuvo tanta resonancia en Londres no hace mucho tiempo? Los ladrones tendieron una emboscada al conductor del camión de un Banco, y se quedaron con todo el dinero que transportaba..., cientos de miles de libras esterlinas. Ni un solo billete de los robados ha sido puesto en circulación hasta el presente... ¡y apostarí a doble contra sencillo a que todos están aquí!

El corazón de Roger comenzó a latir desacompañadamente mientras contemplaba un vez más los paquetes amontonados en la cueva.

—¿No podríamos abrir uno..., tan sólo uno para ver su contenido? —dijo.

—Es mejor que no —dijo Nabé—. Mañana se lo contaremos todo a la señorita Pi y telefonearemos a papá. Se pondrá en contacto con la policía de Londres... porque supongo que en el pueblo sólo debe haber un policía o dos, y no podrían emprender ninguna acción contra esa gente.

Roger se sentó sobre un montón de paquetes.

—¡Y pensar que estoy sentado sobre medio millón de libras! —dijo—. ¡Oh, Nabé, quisiera salir de aquí y contar esta fantástica aventura a todo el mundo! Pero de momento no podemos movernos, estaremos sitiados durante horas..., hasta que baje la marea.

Nabé inspeccionó todo el ámbito de la cueva con su linterna y luego miró al techo. Lo que vio le llenó de asombro inaudito, y continuó mirando como si de pronto se hubiese convertido en estatua. Roger se sintió alarmado.

—Bueno, ¿puedes decirme qué pasa ahora? —dijo, y alzó la cabeza, intrigado. Entonces vio lo que tanto había asombrado a Nabé, y también él se quedó mudo de estupor.

—¡Una trampa! ¡Una trampa en el techo, en el mismísimo techo de la cueva! ¡«Nabé»!, tenemos que abrirla ahora mismo y salir por ella, y así sabremos donde estamos. ¡Pronto, Nabé!

Bernabé estaba excitado como Roger, pero era más precavido.

—¡Espera un poco, no tan de prisa, Roger! De momento no sabemos a dónde conduce esta trampa. Podríamos meternos en una auténtica ratonera, ¿es que no lo comprendes, pollino? Cállate, «Ciclón», deja de ladrar de una vez. La hemos hecho buena. «Ciclón» se ha dado cuenta de que ocurre algo raro y no dejará de ladrar hasta que se hunda todo. No tendré más remedio que bajar la escalera y subirlo aquí con nosotros. Quizá se calmará entonces.

Hecho esto, los dos muchachos empezaron a amontonar los paquetes en el centro de la cueva para alcanzar la trampa, y se subieron a ellos. Con los brazos en alto, empujaron la puerta con todas sus fuerzas, pero no se movió ni un milímetro.

—Debe estar cerrada por el otro lado —jadeó Nabé—. ¡Probemos otra vez, Roger!

Probaron de nuevo golpeando furiosamente la puerta y haciendo un ruido ensordecedor.

—Esto debe abrirse a una bodega desierta o a un sótano —dijo Roger—. No creo que pueda oírnos nadie. Golpea fuerte otra vez, Nabé. ¡Oh, «Ciclón», «cállate»!

—Estos hombres deben utilizar con preferencia el camino de la cueva cuando traen el dinero de sus fechorías —reflexionó Nabé, sentándose para descansar un rato—, porque es más fácil transportarlo por barco... y menos expuesto. En un pueblo pesquero, nadie se extraña de que una barca salga de noche, y a esa hora la cala de Merlín está completamente desierta. En cambio cuando les precisa venir a buscar un poco de dinero para ir tirando, no necesitan entrar por la cueva..., no tienen que hacer más que levantar esta trampa, bajar, embolsarse el dinero y marcharse por donde han venido. ¡Muy ingenioso!

—Démosle unos cuantos batacazos más a la trampa esa —dijo Roger—.

Podríamos utilizar uno de estos paquetes para golpear más fuerte..., ¡son tan sólidos como una maza! ¡«Ciclón», deja de escandalizar ya, me estás atacando los nervios!

Los dos muchachos se disponen a golpear nuevamente la pesada puerta, cuando de pronto algo les hizo bajar de un salto con el terror pintado en sus rostros. «Ciclón» gruñó ferozmente, y «Miranda» saltó a la espalda de Nabé presa del pánico.

—¡Alguien está abriendo la trampa! —dijo, aterrado—. Oigo perfectamente los ruidos del otro lado de la puerta. ¡Oh, Nabé!, no serán estos hombres, ¿verdad? ¡Si lo son, estamos perdidos!



## Capítulo XXI

### ¡La trampa abierta!

Volvamos ahora al dormitorio desocupado, vecino al de la señorita Pi, donde Chatín se había propuesto pasar parte de la noche. Se había instalado cómodamente en el amplio sofá lamentando, una vez más, que «Ciclón» no estuviera a su lado, y aguardaba ansiosamente el regreso de sir Ricardo y el profesor Hollinan.

Estaba decidido a ocultarse detrás del sofá a la menor alarma, al más leve rumor de pisadas en el corredor. Pero pasaron las horas lentamente, en un silencio absoluto, y al final se quedó dormido.

Diana también, en el cuarto vecino, se había quedado dormida, pero la señorita Pi prefirió leer un rato antes de acostarse. Ya muy tarde, bostezó, cerró el libro y apagó la vela. Estaba a punto de dormirse cuando le pareció oír un ruido. Abrió los ojos y

escuchó. No, debía ser un mochuelo en el jardín.

Se quedó dormida, pero al poco rato volvió a despertar y se sentó en la cama intrigada. ¿Qué la había despertado? Escuchó con atención. Sí, era un ruido peculiar, y cada vez sonaba más fuerte. ¡Casi parecía como si golpearan en su misma habitación!

La señorita Pi no se asustaba fácilmente, pero su mano temblaba ligeramente cuando encendió de nuevo la vela. La luz despertó a Diana.

—¿Se encuentra mal, señorita Pi? —preguntó, adormilada, pensando que era medianoche, aunque en realidad llevaba poco rato durmiendo—. ¡Ooooh...! ¿Qué es esto?

—No lo sé —dijo la señorita Pi, aturdida—. Oí ruidos y..., pero no parece haber aquí nada que pueda producir semejantes golpes.

—Oh, señorita Pi, ¿no podrían ser los ruidos de los que nos habló el señor Jones? —dijo Diana—. Insistió mucho en que nos fuéramos a la otra habitación porque dijo que aquí se oían ruidos en la noche... y también la señora Jones tenía un gran empeño en que nos marcháramos de aquí.

—Sí, querida, lo recuerdo —dijo la señorita Pi—. Pero no quise tomarlos en serio. ¡Oh!, ¿has oído esto...? Es como si alguien golpeará fuertemente contra algo.

—Sí —dijo Diana, asustada—. Y no me gusta ni pizca. ¿De dónde puede venir este alboroto?

—No tengo ni idea —dijo la señorita Pi, saltando de la cama y registrando todos los rincones con la vela. Diana se admiró de su valentía y hubiera querido imitarla.

¡Bump...! ¡Bump...! ¡Bump...!

—¡Viene del viejo arcón! —dijo Diana con un chillido.

—No, querida —dijo la señorita Pi—. Cálmate. Sabes perfectamente que en el viejo arcón no hay más que nuestras ropas.

La señorita Pi se acercó decididamente a la puerta y la abrió de par en par sosteniendo la palmatoria en alto para inspeccionar el rellano. Quería asegurarse de que no eran los niños, que algunas veces le habían hecho alguna jugarreta por la noche para asustarlas a ella y a Diana. ¡Algunas veces tenían ocurrencias bastante peregrinas!

Pero no..., en el pasillo no había nadie. Vio que la puerta del cuarto vecino estaba entreabierta y se acercó a ver. Alguien podía haberse ocultado allí.

Tuvo la sorpresa mas grande de su vida cuando vio que Chatín estaba profundamente dormido, tendido en el sofá y vestido con sus ropas de día. ¿Qué podía estar haciendo allí? Atravesó la habitación y le dio una suave sacudida. Chatín despertó enteramente aterrado, creyendo que los dos hombres le habían atrapado al fin.

—¿Por qué estás aquí, Chatín? ¿Has oído esos ruidos? —preguntó la señorita Pi,

asiéndose cada vez más a la idea de que estaba viviendo una pesadilla.

—¡Ooooh! ¡Qué susto me ha dado! —dijo Chatín, incorporándose de un salto—. ¿Qué ruidos? No, no he oído nada, pero esta tarde cuando estaba descansando en su habitación oí algo. Eran unos golpes fuertes que sonaban así: ¡Bump, bump, bump!

—Exacto, esto es lo que hemos oído, Diana y yo —dijo la señorita Pi—. Ven a escucharlos, Chatín.

El niño la siguió al cuarto vecino, y ya reunidos los tres, se quedaron escuchando en silencio. Pero no oyeron nada.

—¡Qué divertido! —dijo Chatín—. Ahora se han callado. ¿Puedo dormir en este diván al pie de su cama, señorita Pi? Para... para protegerlas en caso de que ocurra algo.

La señorita Pi reprimió una sonrisa.

—Claro que sí, Chatín, pero antes cuéntame por qué estabas durmiendo en este cuarto de al lado en lugar de estar en la «roulotte» con los demás. ¿Qué ha sucedido? ¿Es que os habéis enfadado?

—No puedo decírselo todavía, señorita Pi —dijo Chatín, confuso—. Mañana lo sabrá todo.

Se acomodó en el diván, abrigado por una manta, y la señorita Pi y Diana volvieron a sus camas. Una vez apagada la vela y todo a oscuras, cada cual deseó fervientemente un sueño tranquilo, sin más perturbaciones. No se oyó nada y al poco rato los tres dormían profundamente.

Algún tiempo después Chatín se despertó nuevamente y quedó sentado en el diván frotándose los ojos. Había oído un ruido sorprendente..., tan sorprendente que pensó si estaría durmiendo todavía. Pero no..., no estaba dormido... Ahora mismo acababa de oírlo otra vez. ¡Guau, guau, guau! ¡Era «Ciclón», y estaba ladrando!

—¡Señorita Pi, oigo los ladridos de «Ciclón»! —gritó sacudiéndola para que despertara—. ¡Pero es imposible! ¡Di, despierta pronto! ¿Oyes a «Ciclón»?

Los tres estaban despiertos ahora, y escuchaban conteniendo el aliento. ¡Guau, guau, guau! Sí, decididamente, era «Ciclón». Pero ¿dónde estaba? Los ladridos sonaban muy cerca, aunque un poco sordos.

—Todo esto es sumamente misterioso —dijo la señorita Pi, inquieta—. Porque, ¿dónde puede estar «Ciclón»?

Casi en seguida sonaron golpes muy fuertes. ¡Bang, bang, bang, bang! Era exactamente como si alguien estuviera golpeando una puerta, y los golpes eran cada vez más fuertes.

—Los ruidos vienen del arcón —dijo Diana al borde del llanto.

—Apartémoslo —dijo Chatín—. Yo pensé lo mismo esta tarde cuando los oí. Ven, Di, ayúdame, y usted también, señorita Pi, es..., ¡es terriblemente pesado!

Lo era, en efecto, pero al fin consiguieron apartarlo a un lado, y... ¡en el mismo

sitio que había ocupado el arcón apareció la puerta de una trampa!

—¡Cielos! ¡Miren esto! ¡No me extraña que no quisieran darles este dormitorio! —dijo Chatín—. Esta trampa debe ocultar algún secreto... para los oscuros manejos que estos hombres se traen entre manos. ¡Oigan! ¡«Ciclón» está ladrando otra vez! ¡Y ahora se oye también la voz de Nabé!

—Pero ¿quién los ha metido ahí dentro cerrando luego la trampa? —preguntó la señorita Pi, completamente desatinada—. ¡No había presenciado cosa igual en mi vida! ¿Podríamos alzar la trampa, Chatín? Oh, queridos, tengo la impresión de que estoy viviendo una auténtica pesadilla.

—Es difícil —dijo Chatín—. Haríamos mucho ruido. Pero ¡rayos!, están pegando a la trampa otra vez. Claro, no podrían abrirla teniendo encima este arcón tan pesado. ¡Eh, esperad un poco! Tiraré de esta argolla.

Aunando sus esfuerzos con Diana, lograron los dos alzar la pesada puerta.

Abajo, en la oscura caverna, todo era revuelo y consternación. Nabé y Roger se quedaron horrorizados al ver que la puerta cedía y que alguien la había abierto por el otro lado. Lo primero que pensaron fue que los dos hombres estaban allí, que los sorprenderían en la caverna, y que ya no los dejarían escapar. Corrieron hacia la escalera de cuerda y empezaron a bajarla poseídos de un pánico irracional. Pero «Ciclón» se quedó. Se puso a ladrar excitadamente cuando vio que la trampa se abría y oyó la añorada voz de Chatín.

—¡Eh! —gritó Chatín, tomando la vela de la señorita Pi y asomándose a la oscura cueva subterránea—. ¡«Ciclón»! ¿Qué rayos estás haciendo ahí completamente solo?

El perro se puso como loco, tratando de saltar hasta la trampa abierta y cayendo lastimosamente a cada intento. Nabé, Roger y «Miranda» se detuvieron al oír los delirantes ladridos de «Ciclón» y la voz de Chatín.

—¡No es posible que sea Chatín el que ha abierto la trampa! —dijo Nabé, aturdido—. ¡Pero es su voz! Pronto; regresemos a la cueva para verlo.

Subieron de nuevo la escalera... y vieron a Chatín asomado a la trampa abierta, sosteniendo una vela, y a «Ciclón» enteramente loco de contento.



—¡«Chatín»! ¿Cómo has podido llegar hasta aquí? —chilló Roger—. ¿Dónde estás?

—Estoy en el dormitorio de la señorita Pi. Debajo del cofre —gritó Chatín que, de puro excitado ya no sabía ni lo que decía—. Pero decidme, ¿cómo habéis hecho para estar bajo tierra? Cielos, esto no puede ser más que un sueño. Alcanzadme a «Ciclón» antes de que se vuelva loco del todo.

«Ciclón» fue alzado en brazos y no tardó en dar muestras de un júbilo enloquecedor. Corría por la habitación como un poseído saltando sobre las camas y ladrando a todo pulmón. «Miranda» saltó también por la trampa abierta, y el dormitorio de la señorita Pi se convirtió, a partir de entonces, en una auténtica casa de locos a causa del frenesí con que se perseguían los dos animalitos.

Nabé y Roger subieron también, ayudados por Chatín, y muy pronto se hallaron todos felizmente reunidos, riéndose a más y mejor, y satisfechos del venturoso final de su expedición nocturna.

—Bueno, y pensar que aquel «agujero largo, largo» iba directamente a este dormitorio —dijo Nabé—. Jamás hubiera soñado que comunicara con la posada..., pero naturalmente, pensándolo ahora con calma, lo comprendo muy bien. El pasadizo subía continuamente y siempre torcía hacia la izquierda, en dirección a las colinas que hay detrás del acantilado. ¡Les era muy fácil procurarse una entrada secreta! Y también se comprende perfectamente ahora por qué les interesaba a estos hombres que el señor Jones comprara la posada..., y el empeño del posadero en que no ocupáramos esta habitación. ¡Claro, aquí estaba la puerta que comunicaba con su escondrijo...! y además...

—Confieso francamente que no entiendo ni una palabra de lo que estás hablando —gimió la señorita Pi, atribulada—. ¿No podríais empezar por el principio para que os entienda?

—Oh, no se enfade con nosotros, querida señorita —dijo Chatín abrazándola—. Tenemos que confiarle un gran secreto.

Los cuatro amigos se turnaron para contar su extraordinaria historia a la asombrada señorita Pi que, a decir verdad, apenas podía darle crédito a lo que oía.

—¿Y por qué no me dijisteis nada de eso? —preguntó—. Os aseguro que no hubiéramos permanecido «ni un instante» más en esta casa.

—Precisamente por esto no se lo contamos —dijo Roger—. No queríamos marcharnos dejando este misterio sin resolver. Y ahora, confiéselo francamente, ¿valía o no la pena el quedarnos, señorita Pi?

—Sí, reconozco que ha sido una aventura realmente emocionante —dijo la señorita Pi, estremeciéndose—. No sé a qué será debido, pero siempre que estoy con vosotros, ocurren las cosas más embarazosas y extravagantes. Y desagradables.

—Pero, señorita Pi, atrapar a unos ladrones no tiene nada de desagradable —dijo

Nabé—. Tengo el convencimiento de que estos dos hombres son dos pájaros de cuidado..., y los hemos desenmascarado. ¿No cree que debiéramos hacer algo en seguida?

—Pero, queridos..., ¿a medianoche? —dijo la señorita Pi—. Bien, sí, tal vez debiéramos hacerlo.

—Roger, tú y Chatín podríais subir algunos de estos paquetes aquí, al dormitorio —dijo Nabé—. Y yo bajaré sin ruido al vestíbulo para telefonar a papá. El pobre se llevará un susto mayúsculo cuando oiga el teléfono a estas horas, pero es preciso que informe inmediatamente a Scotland Yard acerca de nuestro hallazgo.

Puestos de acuerdo, Chatín fue a la «roulotte» en busca de una cuerda, la sujetó fuertemente a la argolla de hierro de la trampa, y se deslizó hasta la cueva para entregar los paquetes a Roger. Nabé bajó silenciosamente al teléfono, despertó a su asombrado padre y le contó todo lo ocurrido. Mientras hablaba, no dejó de vigilar la puerta de entrada por si regresaban los dos hombres. Pero no llegaron hasta que Nabé hubo colgado el auricular y estuvo otra vez arriba.

Al oír sus silenciosas pisadas en el vestíbulo, entró rápidamente en el dormitorio avisando a todos que se callaran, y se quedó escuchando hasta que oyó que la puerta del falso profesor y su amigo se cerraba sin ruido. Entonces salió de nuevo al pasillo, y regresó poco después con una sonrisa tan jactanciosa que la señorita Pi se sintió confusa.

—¿Qué es lo que has hecho ahora, Nabé? —preguntó.

—Casi nada —dijo Nabé—. Estos hombres dejaron la llave de su dormitorio en la parte de afuera de la cerradura, de modo que no hice más que darle suavemente la vuelta y encerrarlos dentro. Y como su ventana da justamente sobre este risco tan profundo, y no tienen por dónde escapar, tendrán que esperar a que venga la policía para abrirles la puerta, ¡porque tengo la llave en el bolsillo!

Era ya muy tarde cuando finalmente los tres muchachos, con «Ciclón» y «Miranda», decidieron irse a la «roulotte» para dormir unas horas. Diana y la señorita Pi se tendieron en la cama, pero tardaron mucho rato en dormirse, porque estuvieron hablando y hablando y hablando.

—¡Mañana será un día emocionante de veras! —dijo Diana antes de cerrar los ojos.

¡Y efectivamente, lo fue! Hacia las nueve llegaron dos coches llenos de policías, y el pobre señor Jones tuvo un susto de muerte cuando irrumpieron en su cocina.

También quedaron consternados los dos hombres cuando descubrieron que su puerta estaba cerrada con llave... y tuvieron que enfrentarse con cuatro vigorosos policías cuando finalmente fue abierta.

—¿Qué significa esto? —exclamó, enfurecido, sir Ricardo. Pero se calmó instantáneamente cuando un inspector avanzó unos pasos y le arrancó la barba

postiza.

—Ah..., éste es Jorge Higgins — dijo el inspector—. Debí suponerlo. Sin barbas, te pareces más a ti mismo, Jorge.

Tú y tu compinche escogisteis dos nombres muy prestigiosos, ¿no? Bien, tendrás que acompañarnos..., y tu amigo también. Y no os preocupéis demasiado por el dinero que tenéis almacenado en la cueva. ¡Ya está a buen recaudo!

Veinte minutos más tarde, los coches de la policía habían emprendido su regreso a Londres, llevándose al falso sir Ricardo y al falso profesor..., dos temibles ladrones que la policía andaba buscando desde hacía bastante tiempo. El último en subir al coche fue..., ¡quién lo diría...!, ¡el propio señor Jones!

—Pobre señor Jones —decía más tarde su afligida esposa, dando rienda suelta a su locuacidad de costumbre—. No es malo mi Llewellyn, no tiene nada

de malo. Fueron esos dos hombres los que le embaucaron con sus mentiras y sus promesas. Tentaron a mi pobre Llewellyn prestándole el dinero para comprar la posada. ¿Cómo podía sospechar él que eran unos ladrones malvados, unos hombres tan importantes como sir Ricardo y el profesor...? ¡Y cocinaba tan bien mi pobre Llewellyn!

Morgan «el Cojo» y Jim, también recibieron la visita de los policías, y desaparecieron de la pequeña aldea de Penrhyndendraith por largo, largo tiempo.

La señora Jones, deshecha en llanto, rogó a la señorita Pi que no se marcharan.

—¡No tengo dinero! —sollozaba—. Si se quedara aquí con los niños, por lo menos podríamos contar con este ingreso para ayudarnos. Si se van, ¿qué será de nosotros? Yo también sé cocinar bien. No tan magníficamente como el señor Jones, pero bastante bien. ¡Oh, señorita Pi, tenga piedad de nosotros y quédense!

—Bueno, la verdad es que no tenemos ninguna intención de marcharnos por ahora —dijo la señorita Pi—. No podemos regresar a casa de momento, y aquí estamos muy a gusto. Y lamento mucho, mucho, lo que les ha ocurrido, señora Jones. Nos quedaremos por lo menos otras dos semanas, y confío en que serán para nosotros unas auténticas vacaciones, con paz y sosiego..., ¡y sin ruidos por la noche!



Y efectivamente, fueron unos días maravillosos, con un sol radiante, cielos serenos, un mar azul y la playa solitaria y tranquila... Los niños se pasearon en barca, pescaron, se bañaron y efectuaron bellas excursiones por las montañas. Los cuatro estaban tostados como cangrejos..., y otro niño se había unido a la pandilla..., un niño muy chiquitín y tan tostado como ellos. Dafydd los seguía a todas partes como su sombra, acompañado de su ganso «Patoso»... y de su maravilloso despertador.

Toda la gente del pueblo les oía cuando bajaban a la playa. La alegre charla de los niños se mezclaba con el cloqueo del ganso, los ladridos de «Ciclón», el parloteo de «Miranda» y los fuertes timbrazos del despertador. ¡Guau, guau, guau...! ¡Chat, chat, chat...! ¡Coc, coc, coc...! ¡Ring, ring, ring!

—Alguien debiera escribir un libro acerca de estos niños y sus aventuras —solía decir la anciana señora Jones, cuando pasaban frente a su tienda.

¡Bien, señora Jones..., alguien lo ha hecho!

**FIN**



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.